

Cuarta parte

ESCRITOS EN LA SENECTUD



Sobre la autenticidad de Pech-Merle (1952)

Suscitada por gentes más excitadas que informadas una campaña sobre la autenticidad de los frescos de Cabrerets, y habiéndose mencionado mi nombre al respecto, me permito aportar sin ningún reparo mi testimonio en favor de la misma.

A finales de agosto de 1923 visité por primera vez la caverna de Pech-Merle, progresivamente explorada, a costa de grandes dificultades y de serios peligros, por el joven Abate Lemozi y André David, su descubridor (1920), muchacho de su catecismo. Entonces era realmente un recorrido penoso, con 417 metros de galerías rotas por corredores bajos, cascadas estalagmíticas y simas de descenso arriesgado. Acaso sea el más difícil itinerario subterráneo que nunca conocí, a excepción de La Pilleta (Málaga) y de las cuevas del Conde Bégouën. A pesar de tales obstáculos, el Abate Lemozi (ahora Canónigo), con la ayuda del joven David, puso en marcha y terminó la labor de calcar las figuras, conjunto muy convenientemente publicado en 1929. Mi única contribución personal se redujo a descifrar de forma parcial el plafón de arcilla con representaciones auriñacienses (entre ellas las mujeres que dibujé a mano alzada). Nunca hice ninguna fotografía, pero examiné con cuidado todas las representaciones allí visibles. Las volví a encontrar iguales en todas mis sucesivas visitas, la última el 4 de junio pasado.

Tan sólo la figura roja del lucio, superpuesta a un caballo negro torcido, ha disminuido mucho en su tinte. Asimismo, encuentro en los trazos negros de los mamuts, uros y bisontes una atenuación sensible de su color, probablemente debida a que la abertura artificial, practicada para facilitar el acceso del público a la sala pintada, ha modificado esta parte de la caverna, permitiendo la entrada del aire exterior y la condensación de su vapor. Hay en ello un peligro de destrucción progresiva de

las imágenes pintadas, ante el que debería actuarse pronto, al igual como ocurre con la llegada de aire por el nuevo pozo de Le Combel. Con estas excepciones, ningún cambio se ha producido desde 1923.

Si, en mis *Quatre cents siècles d'art pariétal*, nada dije de las huellas de pies humanos en la arcilla del suelo es por no ser obras de arte y porque el espacio para cada cueva estaba fijado de antemano. Uno de los argumentos utilizados ha sido unas supuestas diferencias entre las fotografías (que erróneamente se dicen tomadas por mí en 1923) y otras más recientes, que se venden a la entrada de la caverna. No hay entre ellas ninguna diferencia, aparte seguramente de la calidad de los operadores y de las pruebas y de las desviaciones del ángulo de incidencia de las tomas fotográficas ante un muro fuertemente alabeado. Un poco de buena fe y otro tanto de atención habría podido convencer a los promotores de este argumento ridículo.

Por lo demás, no es la primera vez que se ha utilizado un argumento fotográfico contra la autenticidad de pinturas prehistóricas. ¿Acaso no se ha dicho que el hombre de Lascaux, tal como lo fotografió en 1940 el señor Ichac que lo reprodujo en la *Illustration* de la época, presentaba un órgano viril apenas visible y que, con el tiempo, se había fuertemente desarrollado? Testigo de Lascaux desde los días de su hallazgo, puedo decir que eso no es cierto y que la *Illustration* aligeró este detalle para no ofender la mirada de sus lectores pudibundos. Pero volvamos a Pech-Merle.

Para imaginar que cualquier pintura prehistórica de caverna está fijada por la calcita, hay que gozar, en tal materia, de una inocencia bautismal absoluta, puesto que, si con frecuencia es así los casos opuestos son aún más numerosos: la mayoría de las figuras pintadas o grabadas, tan notables, de La Mouthe, Font-de-Gaume, Lascaux, Pech-Merle, Niaux, Le Portel, Trois Frères, Marsoulas, Gargas, Altamira, Castillo, etc., etc., no están en absoluto protegidas por la calcita. Lo mismo ocurre en los lugares en los que tras la ejecución de los frescos, la superficie calcárea, primitivamente dura, se ablandó hasta convertirse temporalmente en una especie de pasta, sobre la que flota el color, como es el caso de Altamira. Se hace entonces «intocable» y puede ocurrir la destrucción de una pequeña superficie por el simple contacto de la mano o del sombrero. Por ello se rebajó el suelo de la cueva de Santillana.



Mamut de la cueva de Pech-Merle (Cabrerets, Lot).

Todo retoque o contacto sobre una superficie virgen es por lo general indeleble y la señal de los dedos del señor Breton, movidas por una curiosidad pueril y censurable, es tan duradera en el muro que la registró como las deposiciones de las moscas sobre el papel de un grabado precioso. Es evidente que con una curiosidad semejante el niño aprende que el fuego quema, una aguja pincha y un cuchillo corta. Si quiere asegurarse de la solidez del cristal o de la porcelana, los pescozones que recibirá de los suyos pronto le enseñarán que la curiosidad tiene unos límites que no deben ser traspasados.

Bastarían unos cuantos malos muchachos del género del señor Breton para saquear nuestros muscos y nuestras cavernas con arte sin ningún provecho para nadie. No habría otro remedio que cerrarlos al público no suficientemente educado —o demasiado docto—, para reservarlos a las gentes del oficio. Que el temor al policía y una justa penalidad intervengan para corregirlos es una necesidad notoria y esperamos que los jueces de Cahors lo entenderán así, aplicando con severidad las leyes que protegen los bienes públicos y los monumentos nacionales.

Nota fechada el 15 de septiembre de 1952. H. BREUIL, «La caverne du Pech-Merle à Cabrerets (Lot)», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLIX, 1952, págs. 465-466.

El texto refleja la intervención de H. B. en el «asunto» provocado durante una visita a Pech-Merle de André Breton (1896-1966), escritor, poeta y teórico del surrealismo. Según el propio Breton en su declaración ante el juez: «... cuando estábamos en la Capilla de los Mamuts y nos daban las primeras explicaciones, toqué con el dedo una línea dibujada a mi alcance ... con la intención de apreciar el espesor de la capa calcárea que podía recubrirla. En este momento, con el bastón que llevaba, el guía me asestó un violento golpe en la mano ... Naturalmente, protesté con violencia, diciéndole que esto me parecía como un regreso a las costumbres nazis que creía olvidadas. La discusión subió repentinamente de tono y, como seguía amenazándome con su bastón, puse mi dedo pulgar en el mismo lugar de la línea y froté ligeramente, lo que tuvo como efecto el teñirme el dedo con una substancia negra parecida al carboncillo ... Al salir de la cueva, me insultó varias veces. Entonces le di algunos puñetazos ...».

Estos fragmentos ya indican el carácter del incidente, cuyo otro protagonista era M. Bessac, concesionario de la explotación turística de la caverna y diputado. Tomando partido en favor de A. Breton, con textos nada sólidos, el semanario *Arts* en sus números 372 y 373 (agosto de 1952) dedicó amplios

espacios al *affaire*, del que se hicieron eco muchos periódicos y en el que intervinieron prehistoriadores como François Bordes que pedía un castigo ejemplar. Noticia y textos, con las iniciales de G. G (AUDRON) en el mismo volumen XLIX del *Bull. Soc. Préh. Française*, págs. 498-501. En noviembre de 1953, A. Breton fue condenado a varias multas —casi todas simbólicas— por el tribunal de Cahors. Noticia en el mismo *Bulletin*, L, 1953, págs. 577-579.

Cf. en el presente libro: Pech-Merle (págs. 208-211); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

El Padre Teilhard de Chardin y su «Fenómeno humano» (1955)

Me piden que les hable del llorado Padre Teilhard y de su libro *El Fenómeno humano*. Esto se debe, sin duda, al hecho de ser uno de sus más antiguos amigos. Hacia 1909 si recuerdo bien, nos encontramos en el Laboratoire de Paléontologie del Muséum, donde el Profesor Boule nos presentó. Era entonces un joven novicio jesuita, de espíritu sumamente agudo, de trato amable y sorprendentemente simpático.

Desde aquel momento, nunca dejamos de relacionarnos, de forma tan seguida como nuestras carreras lo han permitido. En los trabajos de campo los respectivos senderos se cruzaron con frecuencia: España, Inglaterra, los Pirineos, Etiopía, China, o simplemente en París. Tales encuentros eran siempre ocasión de largas conversaciones acerca de las perspectivas de la Ciencia, así como las reflexiones filosóficas que aquellas nos inspiraban. Los dos pensábamos que el principio de la Evolución no es más que el propio método científico aplicado a toda realidad que se desarrolle en el tiempo, de cualquier naturaleza que sea (así lo reconoció muy pronto el Cardenal Mercier en una larga conversación que con él mantuve, en Malinas, el 27 de enero de 1925).

La Evolución es el único medio a nuestra disposición para intentar comprender la ley del desarrollo y la sucesión, sea cual fuere su substrato ontológico. Sin él sólo sería posible construir un catálogo descriptivo de las cosas, sin intentar comprenderlas. «Saber que toda realidad, sea la que sea, procede en gran parte de lo que la ha precedido y que ella es el manantial de la que sigue», esto sin inferir, fuera del orden de las cosas tangibles, sobre el principio espiritual que rige esta sucesión en desarrollos escalonados. Este proceso no es una hipótesis, es la definición misma del método.

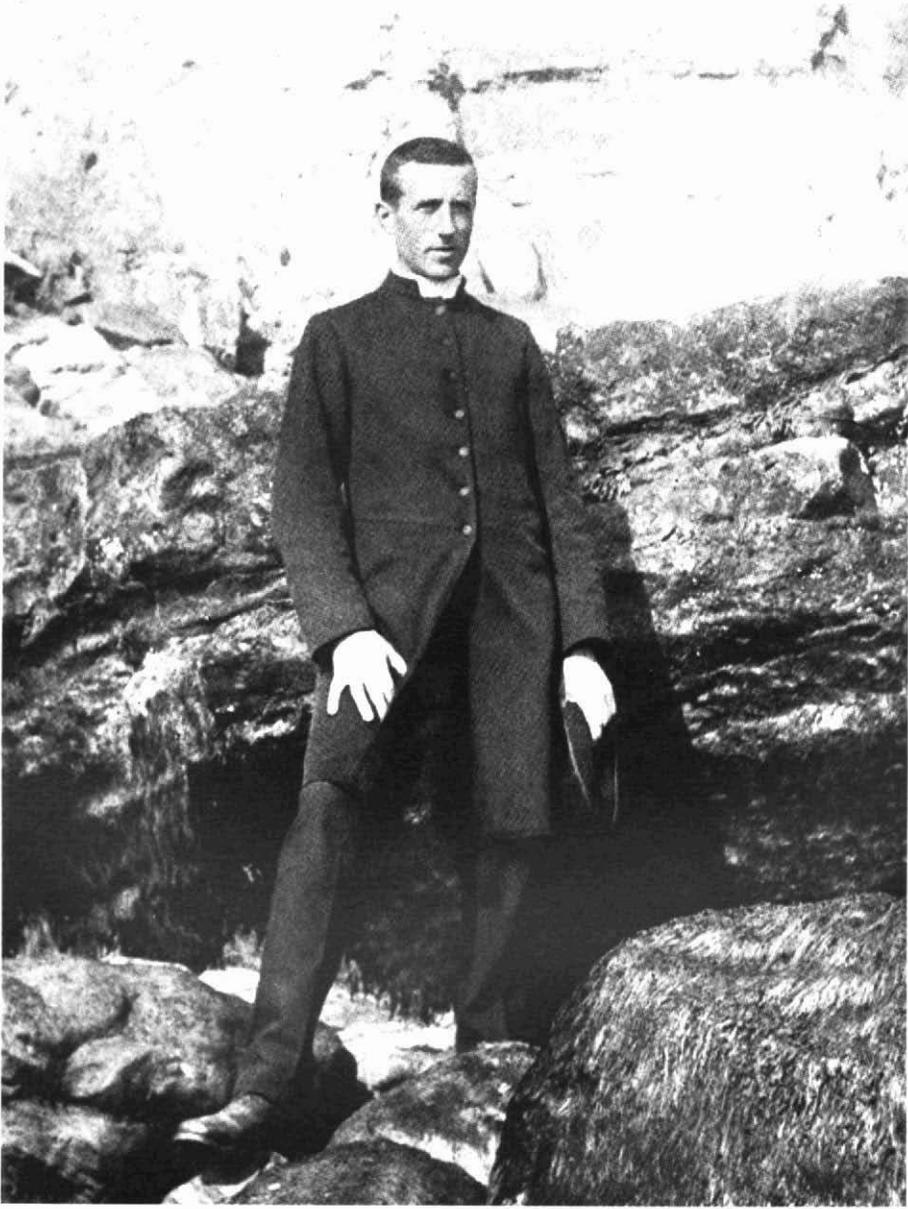
Evolución es también el resultado de su aplicación y la perspectiva que de ella resulta en un momento dado. Si el método es un principio fundamental de nuestro espíritu, tan digno de confianza como las matemáticas, el resultado de su uso está en función del grado de información de los hechos proporcionado por la experiencia. Informaciones de este género, naturalmente en extremo incompletas, se descubren cada día y obligan al investigador, en consecuencia, a modificar sus hipótesis de trabajo. Estas hipótesis son como las hojas de un árbol que le mantienen en vida durante una estación, cediendo su lugar a otras en su función. Sería no entender nada de la Ciencia el reprochárselo. De hecho, la Ciencia no ha dejado de crecer con una increíble rapidez, que aumenta cada instante; un nuevo ensayo prepara el siguiente, y el principio de la Evolución se aplica siempre a la propia Ciencia resultante. Aunque aquella parezca cambiar, es siempre en el mismo sentido, con una creciente aproximación y siguiendo el mismo camino, invariablemente orientado.

Como que el investigador es también un pensador, o sea un filósofo, no cabría prohibirle el adelantar puntos de vista, según su temperamento, en el terreno metafísico. En este campo de la especulación, ya sea tímido, prudente o audaz, de espíritu agudo, abierto u obtuso a los conceptos abstractos, su labor positiva, invariable para todos, se matizará de forma diferente, pero no sin utilidad para la obra.

Tal es la ley que sigue, entre los investigadores, el pensamiento científico que está por igual sometido al principio de la Evolución y conoce crisis.

La primera y fácil constatación de las metamorfosis de los insectos está al alcance de cualquiera: el huevo, la oruga, la mariposa alada, son las diversas fases de un desarrollo único y, lo que todos admiten, esto sucede asimismo en nuestra ontología individual. De manera que, ante nuestros ojos, la Evolución se comprueba en cada ser y en cada realidad, incluida la propia ciencia. Por tanto es racional suponer que ocurrió lo mismo en el pasado y que será siempre igual en el futuro.

He aquí el principio inquebrantable que ha inspirado el desarrollo de todas las cosas, al que el Padre Teilhard confió su perspectiva de los hechos. Ningún investigador podría olvidarlo, sea en sus puntos de vista de conjunto, sea en su campo de investigación más limitado, cualquiera que sea su formación y su temperamento, incluso si lo viste con otro vocablo.



El Padre Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) en el acantilado de Hastings (Inglaterra) el año 1911.

Innecesario decir que constituye un deber para el investigador el esforzarse en dar cuenta de forma inteligible de unas transformaciones contrastadas según los mecanismos ya adquiridos; si fracasa, es que existe algo desconocido que escapa a su determinismo; se desliza en ello una parte de indeterminación, que se reconoce cada vez más. Pero esta realidad imponderable escapa a lo mensurable, condición del conocimiento científico. La vida, la sensibilidad, la conciencia, la reflexión y el pensamiento no deberían ser, sin embargo, tenidos como fenómenos negligibles. Hay en las cosas una cara interna, psíquica si así podemos llamarla, cuya realidad está unida, sin duda, a unos elementos químicos y orgánicos determinados, pero no les es homogénea. En este aspecto, nuestra propia experiencia nos proporciona el único conocimiento directo. En el fondo de nuestra conciencia, que sufre, goza, teme, espera, sueña, piensa, consiente, rechaza, etc., cualquiera que sea el tema de estas experiencias, aunque unidos a nuestro sistema nervioso, ese algo es distinto. Ahora bien, no somos libres para imaginar otro ser que estuviera construido de otro modo (por sustracción o adición) sobre otro modelo: el antropomorfismo es pues obligatorio e inevitable, cuando intentamos interpretar los elementos del no-yo, del que sólo lo exterior nos es accesible. De forma directa, nunca más que lo externo y la experimentación, nos revelará el comportamiento.

Tal es el método de Teilhard y tal será el de todo pensador e investigador, y a ello nada cabría objetar. Con su agudeza espiritual, él intentó mostrarnos la «tapicería del Mundo», de la que la experiencia física nos revela la inconmensurable riqueza, la unidad de estilo según un plan previo y armónico, y de ello infiere un inaccesible demiurgo que rige el inquebrantable desarrollo y que, sin embargo, no está en absoluto cerrado a unas variantes de realización que muestran unos titubeos singulares, algo como una especie de «libertad», a través de aproximaciones sucesivas. Y todo ello desenvolviéndose a lo largo de inmensas duraciones.

Estos principios, Teilhard los aplicó a bosquejar un vasto panorama de la historia natural del Cosmos, desde las lejanas nebulosas y las galaxias del mundo sideral hasta la infinita pequeñez de los átomos o las moléculas y las células, en la frontera de la vida; lo prosiguió con complacencia en el desenvolverse de ésta en nuestro minúsculo planeta; siguió el agrupamiento de los elementos de cada estadio en asociaciones cada

vez más complejas y nos mostró cada fase culminando en un tope del que emerge, casi bruscamente, una propiedad nueva de su vida interior, la de la complicación de organismos en colonias, primero indiferenciadas, luego en diversos grupos viscerales compartidos y especializándose progresivamente en las diversas funciones necesarias para el mantenimiento del conjunto, en los fenómenos vitales elementales de nutrición, reproducción, percepción, ataque y defensa. El Padre Teilhard nos mostró los avances desde la vida orgánica elemental (en la que la propia célula se convierte en un mundo con partes tan diferenciadas y dividiéndose según las necesidades); hasta los grupos animales en los que está presente el aparato nervioso, se diversifica y se reúne, en los que el cerebro cobra forma, a la manera de un centro magnético de recepción de reacciones. Fue él quien nos hizo observar la ascensión concomitante del Psiquismo, inscribiéndole para la especie primero bajo la forma transmisible de instinto, luego sólo para el individuo, con una multitud de informaciones para orientar los futuros contactos exteriores. Esta sensibilidad semi-consciente dio lugar en un momento determinado a un psiquismo más consciente, a una especie de conciencia en la que empezamos a reencontrarnos un poco.

En este estadio, esta «interioridad» se manifiesta al mismo tiempo como el principio y la resultante de estas agrupaciones de miríadas de células diferenciadas hasta el infinito y colaborando racionalmente. La movilidad se asegura, los anhelos y repulsiones se marcan, los fenómenos electivos y efectivos se manifiestan. Todo ello a la manera de como ocurre en nuestra primera niñez: especie de pensamiento difuso que se encamina hacia la conciencia sensible y organizada, o sea una personalidad esbozada, todavía indeterminada. Esta naciente conciencia no es todavía refleja. El registro de las experiencias vividas permite el desarrollo al individuo, que tiene su temperamento y su comportamiento propios, pero, en este nivel, el ser está siempre «en la ventana», aun no se mira a sí mismo, no se analiza, no piensa —si esto es pensar— más que en lo que, del mundo exterior y de sus propios semejantes, impresiona o repugna a sus pasiones instintivas.

Pero, el cerebro siempre va creciendo: un paso más y habrá nacido el hombre. La frontera de la reflexión y de la mirada introspectiva ha sido franqueada, siendo el más extraordinario de los límites traspasados hasta el presente. Ha nacido la *introspección*. De ahí, el lenguaje, ya no emo-

tivo y sensible como el del animal, sino expresando unos conceptos abstractos en el discurso. Y esto por la necesidad de exteriorización en la vida familiar de lo que la reflexión y la experiencia personal conjuntas han descubierto. Se forjó, así, un instrumento de intercambio y propagación de los pensamientos interiores, útil para la vida del grupo al extender la experiencia, el descubrimiento de cada miembro de la comunidad como primer paso hacia la vida social, rebasando la pareja y la familia. Éste ha sido el desenlace, primero de una serie de concentraciones cada vez más masivas y de la organización de la masa cerebral alcanzando un techo, que proporciona al espíritu el órgano necesario. La lentitud en el crecimiento humano, al exigir una familia estable en la que puedan instalarse y sentirse protegidos la mujer y la prole, podríamos decir obligan a «sindicarse» con otras parejas, para asegurarse juntos el espacio vital contra los eventuales enemigos, lo que hacen muchos otros animales, pero también para poner en común los descubrimientos técnicos realizados desde muy pronto: el fuego domesticado, la talla de la piedra, el trabajo del hueso o de la madera. De este modo el *Homo faber* conquista el mundo. ¿Pero, dónde está el pensamiento fuera de estas aplicaciones utilitarias? El espectáculo de la muerte, en particular la de un allegado, el teatro de los grandes cataclismos naturales, son una llamada a la meditación sobre las cosas que no se ven. Sugieren un más allá para los muertos y que la defunción no rompe los lazos con los supervivientes. Impotente ante las grandes fuerzas que se desencadenan, le parecen obra de terribles poderes ocultos, llegando a pensar que se deben apaciguar, o mejor, ganarlos para la propia causa ...

La organización familiar, pasando al clan, exige una jerarquía, unos deberes mutuos que rebasan los de la pareja y sobre los cuales hay que instruir a los jóvenes. Se instala el ritual, con sus tabúes y sus precisiones. El grupo humano se ha diferenciado en un organismo que desborda a sus componentes, cada uno desempeñando en él un papel que beneficia a todos. Ha quedado establecido el deber para con el prójimo y con lo misterioso. Éste se desvela a los iniciados en la meditación y el rito.

Por otra parte, un grupo más dotado encuentra en el arte de pintar, grabar o esculpir, una forma de expresar sus plegarias y sus necesidades místicas. Ya no es sólo en el utensilio, la obra de arte florece, atestiguando una confluencia en el «Psiquismo de las cosas».

Luego llegó el día en que, tras centenares de milenios de caza y recolección, hace cuatro o cinco mil años, se domesticaron ciertos animales y se seleccionaron plantas útiles y alimenticias. Había nacido la agricultura. Los graneros exigieron la fijación al suelo, la fortificación de la aldea y la disciplina militar, confirmando la división del trabajo anunciada anteriormente. Para esta vida social más concentrada se necesitan jefes, una jerarquía, pero asimismo un avance profundo de la organización social con formas más apretadas y exigentes.

Por desgracia, la guerra, de defensa o de rapiña, se instala y no ha hecho más que crecer con la transformación de las aldeas en ciudades, y de estas en provincias y estados. La diversidad de lenguas, creencias y costumbres ha hecho de cada «patria» un espacio rodeado por unos confines severamente vigilados. El hombre se ha convertido en el más severo enemigo del hombre ... Las civilizaciones se enfrentan y entrecocan de forma encarnizada.

En esta etapa se descubre un nuevo uso para el arte: de la imagen se ha pasado al ideograma que ya no sirve para fijar unas imágenes de formas bellas; surgen unos signos derivados que expresan unos seres reales o abstractos y sus relaciones. Su sistematización deriva a la escritura, que sirve al principio para transmitir a distancia, gracias a mensajeros, las órdenes de los jefes, pronto para fijar unas nociones menos materiales, fruto de la reflexión de los pensadores del momento que las transmiten a las generaciones del futuro, o bien como recordatorio de las tribulaciones y de las victorias del grupo, invocaciones a los dioses, etc. Con todo ello la cohesión del grupo se refuerza y las experiencias del pasado tienen asegurada su supervivencia.

La Humanidad ha ganado toda la superficie terrestre disponible y sus falanges armadas luchan para sobrevivir. La industria y el trabajo mecánico en serie reclaman cada día más brazos serviles. ¿Cuál será la consecuencia de esta nueva reducción tan amenazadora para el orden establecido? Esta situación no puede prolongarse durante mucho tiempo. Las comunicaciones más rápidas llevan a la mezcla de las razas. Desde el punto de vista del desarrollo social estamos al pie de un nuevo escalón que, por desgracia, con demasiados sacrificios individuales, será necesario dejar atrás ... Sin duda hay razones para esperar que, franqueado el paso, los nuevos descubrimientos adquiridos permitirán asegurar aún largos milenios a la vida humana, encontrando una fórmula que no aplas-

te sino que utilice mejor los valores individuales, instrumento más indispensable que nunca de esta reorganización para que no se convierta en atroz servidumbre. El hombre siente horror ante la vida de las termitas, orden únicamente bueno para el mundo de los insectos.

Tal es el instante patético al que la Evolución nos ha llevado: la aurora de unos tiempos nuevos jamás ha estado cargada de tantos nubarrones sombríos... Las fuerzas atómicas se han convertido en algo increíblemente mortífero.

Sin embargo, confiando en la Providencia que, a pesar de todo, nos dirige y controla, el Padre Teilhard cree en este porvenir y lo prevé prolongándose largamente. Piensa que el Fenómeno Cristiano contiene el remedio íntimo de la reconstrucción, basada social y moralmente en la caridad y el amor mutuo, así como, materialmente, sobre la fecundidad de los descubrimientos que vendrán, entre ellos la heliosíntesis. Hasta este punto yo quiero seguirle, aún sin estar convencido sobre el futuro como estoy de acuerdo con la descripción del pasado.

Más allá todavía, la mirada de águila de Teilhard quiere profundizar y se siente incitado a imaginar un apocalipsis que no da más que como la expresión simbólica de sus sentimientos profundos, un esfuerzo para levantar el velo del universo hacia el que avanzamos.

Prosiguiendo hacia adelante las trayectorias de la evolución del pasado y del presente, encuentra en su convergencia el principio inaccesible pero eficaz que todo lo ha dirigido hasta aquí, y al que, tomando la palabra de los labios de Jesús, llama *Omega*, hacia el cual todas las almas humanas convergen y encuentran su plenitud, en una comunión general de amor en la que estaríamos *super-personalizados* en una *super-persona divina y humana: Cristo*. Con toda razón, Teilhard invoca para esto las perspectivas paulinas. Más allá de la Fe, reemplazada por la visión directa, y de la Esperanza, culminada, tan sólo la Caridad inmensa y radiante subsistirá del mundo consumido. *¡Amen!* he estado tentado de decir, como al final de una hermosa oración en la que alma profética del Padre Teilhard, por desgracia, ha emprendido su vuelo, dejándonos con nuestras sandalias de plomo, como el discípulo cuando la ascensión de su Maestro.

Escrito correspondiente a una alocución radiofónica de H. B. el 2 de noviembre de 1955. Es un texto policopiado que nos entregó el propio Abate, no muy diferente a sendos artículos que él publicó en el *Bulletin de Litterature*

Ecclesiastique (Toulouse, I, 1956, págs. 38-44) y en *La Table ronde* (nº 100, abril de 1956, págs. 109-114). En estos escritos la temática apologética del Abate se muestra muy afin a la de Teilhard de Chardin. Se ha preferido traducir este por ser inédito.

El geólogo, paleontólogo, prehistoriador y gran pensador Padre Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), y el Abate fueron amigos entrañables desde sus años de estudiantes en París. Teilhard entró en la Compañía de Jesús en 1899 y fue ordenado sacerdote en 1911. Discípulo de M. Boule en el Laboratoire de Paléontologie du Muséum. Durante la guerra de 1914-1918 fue camillero en el frente. Se doctoró en Ciencias Naturales en la Sorbona en 1922, con una tesis sobre *Les mammifères de l'Éocène inférieur en France, et leurs gisements*. Luego, participó en varias expediciones científicas en Extremo Oriente: desierto de Gobi (1928), «Croisière Jaune» (1932) y otras. Además, formó parte de las expediciones norteamericanas a la India, Birmania y Java (1935-1938). Pero su principal centro de actividades fue Pekín, interviniendo activamente en las excavaciones de Chukutien en busca del *Sinanthropus pekinensis* (desde 1929). Allí recibió dos veces la visita de H. B., en 1932 y 1935. Cf. RIPOLL, *Breuil*, págs. 157-159 y otras, láms. XX, XXIV y XXVI.

Regresó a Francia en 1948 y fue propuesto para el Institut de France, pero tuvo problemas con sus superiores a causa de sus escritos espirituales, para los que nunca recibió el permiso de publicación. Viajó al África austral para conocer los fósiles de los australopitecos. Desde allí escribía al Abate: «Me produce una sensación rara, por un trastueque de situaciones, tener que escribirle desde su casa, puesto que estoy en África desde hace tres semanas» (20 de agosto de 1951). Al volver a París, solicitó ser enviado a Nueva York, donde, acogido por la Wenner-Gren Foundation, murió el día de Pascua del mes de abril de 1955.

A excepción de algunos amigos, entre ellos H. B., a los que confiaba copias de sus escritos, sus ideas no empezaron a ser conocidas hasta que, tras su muerte, aparecieron *Le Phénomène humain* (1955) y *Le groupe zoologique humain, structures et directions évolutives* (1956), a los que siguieron otros, incluidos los trece volúmenes de sus *Obras* y sus copiosos epistolarios.

Nota acerca de su obra científica: H. V. VALLOIS, «Le Père Teilhard de Chardin, note nécrologique», *Revue Archéologique*, 6ª serie, 47, 1956, págs. 200-202.

En su pensamiento, Teilhard adopta un evolucionismo muy positivo e intenta conciliar las exigencias de la materia, de las que el hombre es la clave y Dios el punto inicial y final. Para él, la noosfera (la esfera pensante) se superpone a la biosfera (la esfera viviente), dando a Cristo una dimensión cósmica, aunque jamás niega la gracia y lo sobrenatural.

Cf. infra: Chukutien (págs. 78-80); con el cardenal Tisserant (pág. 86); los australopitecos (págs. 98-100); M. Boule (págs. 137-140); H. Obermaier (págs.

161-172); Chukutien y el Sinantropo (págs. 288-293); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

Sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos y su influencia sobre el mundo de las ideas (1956)

Es por un privilegio de la edad que debo hablarles hoy con motivo del centenario del descubrimiento, por Schaaffhausen, del hombre de Neanderthal. Era en 1895, hace de ello 61 años, cuando oí hablar de él por primera vez al Abate Jean Guibert, mi profesor de Ciencias en el Seminario de Filosofía de Saint-Sulpice, en Issy-les-Molineaux. Le debo también a él dos cosas de alguna importancia: el haberme abierto objetivamente los ojos sobre la relativamente alta antigüedad del Hombre, el haberme informado sinceramente del descubrimiento, reciente entonces, de diferentes tipos humanos, como Neanderthal, Spy y La Naulette, cuya analogía con el Pitecantropo de Java parecía favorecer la hipótesis darwinista de una continuidad física entre unas formas antropoides animales y la Humanidad dotada de la inteligencia, manifestada en primer lugar por la elaboración de utensilios de piedra, pero despertándose más tarde a las perspectivas del Arte y a los problemas e inquietudes de la vida espiritual, incluso del mundo invisible y de la vida de ultratumba.

Fue el Abate Guibert, en 1896-1897, el primero que me explicó la perspectiva del desarrollo evolutivo del reino viviente, a la que tras Lamarck, Darwin y Huxley, ciertos paleontólogos, católicos, como Albert Gaudry, no dudaron en unirse. Fue el Abate Guibert quien me aconsejó, y me animó después, para que me dedicara a la Prehistoria, prestándome para iniciarme, los libros —generalmente desconocidos en los seminarios— de E. Cartailhac y de G. de Mortillet, incluidos también los *Matériaux* y la revista *L'Anthropologie*.

No era el único en aprovechar esta iniciación, pues en los mismos bancos estaba sentado el joven Abate Jean Bouyssonie, futuro inventor, diez años más tarde, del hombre de La Chapelle-aux-Saints. Fui el primero en ser informado de su gran descubrimiento, y por mi perentorio consejo mi amigo confió su estudio a Marcellin Boule y donó este precioso esqueleto al Muséum.

Me parece de justicia el fijar aquí, para la historia de las Ideas, la influencia que tuvo sobre nosotros ese educador clarividente [Guibert], cuyos consejos y protección me siguieron hasta 1910 aproximadamente, habiendo tenido pues la satisfacción de vernos proseguir con éxito el camino que nos había marcado.

Otras amistades, científicas en este caso, contribuyeron asimismo a guiar mis primeros pasos: D'Ault du Mesnil, que habitaba en Abbeville, fue mi introductor en el importante estudio de las graveras del Somme en las que, de Victor Commont aprendí más tarde (1903) muchas más cosas, esforzándome, tras su muerte (1918) en proseguir y desarrollar su obra.

D'Ault me puso en contacto en 1897 con Edouard Piette, el célebre excavador de cuevas pirenaicas de la Edad del Reno y el descubridor de tantas bellas obras de arte mueble de la misma época y de cuyo estudio heredé la pasión. D'Ault me presentó también al Dr. Capitan, el coleccionista más entendido en su tiempo en técnicas del trabajo de la piedra. Fue D'Ault asimismo quien me aconsejó el ir a ver los yacimientos célebres del Vézère y de los Pirineos (1897).

En aquel tiempo encontré al maestro de escuela Denis Peyrony, que iniciaba sus excavaciones en la Dordoña. Cuatro años después, los tres juntos, Capitan, Peyrony y yo mismo, descubrimos las cuevas pintadas y grabadas de Les Combarelles y Font-de-Gaume. Capitan me encargó la copia, en la que trabajé muchos meses hasta 1910.

Entonces tuve la ocasión de participar (1909-1910) en la exhumación de dos sepulturas neandertalenses de La Ferrassie, mientras que el Abate J. Bouyssonie descubría (1908) la de La Chapelle-aux-Saints [nota a pie de página: En 1925, los dos hermanos, los Abates J. y A. Bouyssonie, remitieron al Santo Padre, por mediación del cardenal alemán Ehrlé, una memoria sobre los problemas prehistóricos que fue acogida con benevolencia], el mercader Hauser la de Moustier (1908), Henri-Martin la mujer de La Quina (Charente, 1911), y Favreau las mandíbulas del Petit Puymoren. Era una fantástica explosión de descubrimientos neandertalenses, que eclipsaban la mandíbula de Mauer, con su prodigiosa antigüedad y su carácter mucho más arcaico (1908).

La fundación del Institut de Paléontologie Humaine por el Príncipe Alberto de Mónaco, que me acogió, bajo la dirección de M. Boule, y desde 1909 a 1914 con mi ya gran amigo (desde 1904) el alemán Hugo

Obermaier, facilitó desde entonces nuestras investigaciones y exploraciones, especialmente en España y en Aquitania. Esta amistad sobrevivió intacta a través de las dolorosas guerras que, luego, sacudieron al viejo mundo y nada enturbió jamás nuestro sincero afecto.

Yo supe, y esto también es Historia, que muchos años antes la Curia Romana le había pedido a Obermaier información de lo que cabía pensar de las perspectivas prehistóricas, y no tengo ninguna duda que su valiente respuesta contribuyó a influir en las susceptibilidades de ciertos altos personajes.

Después de la primera guerra mundial, continuando unidos de corazón y de espíritu, tuvimos que proseguir separadamente nuestros destinos, no sin que hubiese habido, entre los auxiliares de diversas nacionalidades llegados para participar en sus grandes excavaciones de El Castillo (Santander) el tiempo para apreciar el alto valor y la amplia inteligencia de otro eclesiástico, Pierre Teilhard de Chardin, joven jesuita. Bajo la égida de M. Boule, desde hacía unos años (¿1909?) nos unió una gran amistad y viva simpatía intelectual, que tan sólo su reciente óbito ha interrumpido. Le debo el haber visitado el yacimiento, ahora tristemente célebre, de Piltdown, donde Dawson consiguió engañar a los mejores especialistas. A causa del exilio de Teilhard en China pude, en 1930 y 1935, estar asociado a los tan notables descubrimientos de Chu-Ku-Tien, cerca de Pekín, donde fui el primero en establecer que el Sinantropo, primo cercano del Pitecantropo, había utilizado mucho el fuego, tallado la piedra, utilizado el hueso y cortado las astas de ciervo.

En el transcurso de varios viajes por Europa en 1928, tuve ocasión de examinar en casa de Max Lohest los restos de los hombres de Spy y la cueva de la que procedían; en 1924 había visitado a Kramberger en Zagreb (Croacia) para estudiar los numerosos restos neandertalenses de Krapina; en ocasión del Congreso de Amsterdam (1928) y un poco más tarde, tuve en mis manos los del Pitecantropo y del Hombre de Solo (Java), que el Dr. Dubois, en dos ocasiones, y el joven Dr. Von Koenigswald, me presentaron; por último, confiada por las manos de Obermaier, tuve en las mías la mandíbula catalana de Banyoles.

Tras la primera guerra mundial, fue alumna mía una joven y laboriosa inglesa: Dorothy Garrod. Conseguidos sus grados universitarios en Oxford, pudo constatar que en Inglaterra el sexo fuerte dejaba poco



Un momento del llamado «conciliábulo» de Altamira (1925). De izquierda a derecha: Conde la Vega del Sella, H. Breuil, H. Bégoüen y H. Obermaier.

espacio a las mujeres en la investigación de campo y que le era necesario buscar, en ultramar, otro teatro para su actividad. Por ello la orienté hacia Gibraltar, concretamente al abrigo musteriense de Devil's Tower, que descubrí durante una misión diplomática, muy cerca de la Forbe's Quarry donde G. Busk, hacia 1848, había recogido el primer cráneo neandertalense conocido, cuya importancia ya sospechó Huxley. Es bien sabido que D. Garrod tuvo la gran suerte de exhumar allí los restos de un niño de la misma raza (1926). Poco después, habiendo transferido su actividad al Monte Carmelo (Palestina), en sus excavaciones de Mugaret el-Wadi, se vio acompañada de nuevo por la suerte al encontrar en dos cuevas cercanas, una serie de sepulturas neandertalenses y neandertaloides que mostraban una transición hacia el *Homo sapiens*. La visité allí en 1933, al regresar de Etiopía, donde, de la base de los depósitos de la cueva de Diré-Daua, había extraí-

do personalmente una mandíbula neandertalense que más tarde describió el Dr. Vallois.

Fue Miss Garrod —que conoció en la Escuela Inglesa de Roma al cardenal Désiré Mercier [1851-1926]— quien me avisó de la agitación anticientífica promovida por el cardenal R. Merry del Val [1865-1930]. Por ello el 27 de marzo de 1925, en Malinas, tuve una larga conversación con el eminente prelado, Primado de Bélgica y personalidad por encima de cualquier duda. Le informé de las evidencias paleontológicas y geológicas relativas a la historia originaria de nuestra especie. Él mismo reconoció que la Evolución era mucho más que una hipótesis, que era el propio método científico, aplicado a todas las realidades desarrolladas en el tiempo, método que conducía a unas teorías que se desenvuelven a medida que el conocimiento de los hechos se amplía, pero, en sí misma, desprovista de toda explicación metafísica y que esta podía ser abordada por otras certezas. Se trataba de prevenir una cábala organizada en la Curia por el Cardenal Merry del Val y que tendía a renovar, con unas repercusiones mucho más graves, el viejo error, jamás olvidado, del asunto Galileo. Bien informado, el cardenal Mercier realizó la deseada gestión ante S. S. Pío XI, apoyado, indirectamente, por una carta que le había enviado su Nuncio en París. Ese mismo año la había redactado su amigo el Conde H. Bégouën durante una conversación al aire libre que tuvimos él, el Dr. Hugo Obermaier y yo mismo en la explanada que se extiende encima de la caverna de Altamira. Así se evitó la tormenta y los «conspiradores» anticientíficos quedaron al menos provisionalmente, reducidos al silencio.

Algunos años más tarde (1935), huésped en Roma del barón A. C. Blanc, descubrimos juntos en las graveras de Saccopastore (Ponte Nomentano), *in situ* en el depósito interglaciar del Aniano, un cráneo neandertalense (otro ejemplar fue recogido nueve años antes). Recibido en audiencia privada por S. S. Pío XI unos días después, me permití ofrecerle la primera fotografía de esta pieza ósea como respuesta a su pregunta de los motivos de mi viaje a Italia. Cambiando sus quevedos, la examinó atentamente, se levantó y pronunció estas sabias palabras: «Esto es un hecho, no una hipótesis; hay que compararlo con otros hechos análogos; cuando serán suficientes en número, habrá que tenerlo en cuenta». En la conversación que siguió, hablamos de la gran y necesaria obra en Letrán: el Museo y la Escuela Etnológico-Misionera del

Padre W. Schmidt. Le hablé de nuestra amistad y le expliqué que la primavera anterior nos habíamos encontrado en Pekín, donde yo estaba visitando al Sinantropo.

Luego, el magnífico cráneo neandertalense, algo más reciente, de la cueva de San Felice Circeo, también encontrado (1939) por el Barón A. C. Blanc, vino a reforzar el paisaje neandertalense de la Italia central.

Más tarde, los descubrimientos se multiplicaron en todo el Viejo Mundo. El cráneo de Steinheim, del segundo interglaciar, vino a reforzar los datos de Ehringsdorf de finales del mismo; el Asia sur-oriental y Java proporcionaron al Dr. Von Koenigswald toda una serie, escalonada en profundidad y en la larga duración, de nuevos Pitecantropos, algunos de formas gigantes, que recientemente me mostró en Utrecht.

A su vez África empieza a proporcionar los restos de los artesanos de los bifaces, tanto en el sur como en el norte y en el este. En el noroeste, el profesor C. Arambourg, en Ternifine (Palikao), acaba de descubrir tres magníficas mandíbulas de un Pitecantropino, autor de numerosos bifaces de aspecto abbevillense, contemporáneo de una rica y muy antigua fauna. En la costa de Rabat y Casablanca, unos restos comparables han sido descubiertos hace muy poco por Pierre Biberson, en unas playas pre-tirrenienses que yo visité antes con R. Neuvillc y A. Ruhlman en 1940.

Además de otros restos semejantes recogidos en Kenia y Tanganika del Norte, Leakey nos ha hecho conocer de la zona de Victoria Nyanza, un antropoide mioceno, el Procónsul, que, tras el Propliopithecus del Alto Nilo que remonta al Oligoceno, parece colocarse entre los probables precursores de los Australopitecos que pulularon en las cuevas pliocénicas del Transvaal. Hay que añadir el niño de Taungs (Griqualand West) descrito ya en 1925 por Dart, que reconoció su carácter semihumano, y al que el Dr. Broom y su discípulo Robinson han sumado la numerosa tribu de los diversos tipos de Sterkfontein, de Kromdrai y de Swartkranz, cerca de Johannesburgo. Gracias a ellos pude examinar con frecuencia sus restos en Pretoria durante mi larga estancia en el sur de África, visitando, además, los lugares donde fueron encontrados. Tuve el placer de desempeñar un papel en la declaración de dichas cavidades como monumentos nacionales, así como de todo el valle de Makapan, más lejos en el norte del Transvaal, donde los alumnos del Dr. Dart extraían magníficas reliquias análogas asociadas a una fauna

semejante, en el curso de las excavaciones a las que el recordado profesor van Riet-Lowe dedicó sus últimos esfuerzos.

Al parecer se ha encontrado recientemente, debajo del nivel con bifaces achelenses y encima de los niveles con australopitecos, una mandíbula atribuida al más reciente de aquellos que estaría asociada a toscos cantos tallados. Estos australopitecos, casi humanos por su dentición y sus miembros motores, ¿son precursores inmediatos del tipo humano, del que aun les separa una mediocre capacidad craneana? O bien, como piensan otros, ¿habida cuenta del débil desarrollo de los incisivos, caninos y primeros premolares, fallaron y rebasaron la orientación?

Es un problema que queda por aclarar. Que vivieron de la caza parece seguro. En todo caso, se está más cerca que en ninguna parte, de haber descubierto, como pensaba Broom, el *missing-link*. —Pero, ¿realmente se ha encontrado? ¿existe y dónde un *missing-link*?— Personalmente no lo creo, puesto que sin duda los hubo a centenares: un «puente» necesita de más de un ladrillo para ser construido y con él pasar de una a otra orilla; las formas que se han encontrado proceden del puente y demuestran el camino hacia el Hombre más que ningún otro grupo de hechos. Es seguro que el África austral ha sido el teatro, o uno de los teatros (Malasia fue otro), donde tuvo lugar la transición. Aunque más recientes, los cráneos de Broken Hill y de Walvisch Bay se sitúan fácilmente en el proceso. Teilhard y otros, como Le Gros Clark y Von Koenigswald, piensan también que los australopitecos rebasaron la dirección humana, pero saltándose la vía auténtica. Innecesario decir que estos antropinos explican todos los misterios de nuestros orígenes.

En medio de estos pre o protohomínidos, desde tiempos muy antiguos, ciertos restos, aun modestos y poco numerosos, han aparecido y parecen cercanos al *Homo sapiens*. Estoy familiarizado con el yacimiento de Barnfield Pit, en Swanscombe, cerca de Londres, donde, dispersos en un arenoso del «Achelense evolucionado» (Mindel-Riss), el Dr. Marston recogió los restos de un *Homo sapiens* muy antiguo. Con el cráneo de Fontéchevade, probablemente del Riss-Würm, descubierta por la señorita Germaine Henri-Martin, y cuya tosca industria es tayaciense, tenemos otro ejemplo seguro. Kenia libró a Leakey unos muy antiguos vestigios del mismo orden.

Además, se ha observado cómo durante la última glaciación se han acentuado los caracteres toscos del hombre de Neanderthal. Por lo demás, este



Miss Boyle y el Abate Breuil contemplando una reconstrucción del australopiteco (Pretoria, 1950).

no parece haber sido el bruto total que se había pensado. Si, para ser precisos, puede ser discutido el culto de los cráneos familiares protectores de Chu-Ku-Tien y otros lugares, la existencia de costumbres funerarias es segura a causa de su repetición, y los propios sabios rusos han comprobado el hecho en uno de los más hermosos hallazgos de esta edad musteriense: un niño rodeado de seis magníficas cabezas de macho cabrío de la cueva de Teshik-Tash (Uzbekistán, Asia central) (1938-1939).

No he sido, por tanto, el falsario desvergonzado que un cierto escriba de la prensa ex-oficial de la URSS ha pretendido, designándome también como el jefe sin escrúpulos de la Escuela burguesa occidental, una especie de Papa negro de la Prehistoria europea y clerical.

Al igual que Teilhard, he buscado sencillamente la verdad. Ésta era sin duda la opinión de los sudafricanos y su Sociedad para el Avance de las Ciencias cuando me pidieron que el 8 de junio de 1943, en su Congreso de Johannesburgo, expresara al Dr. Broom sus congratulaciones

unánimes por los notables adelantos que habían significado sus descubrimientos de australopitecos. Me apliqué a ello con toda lealtad, recordando la memorable controversia que tuvo lugar, hace 96 años, entre el obispo anglicano Wilberforce y Thomas H. Huxley. Rememoremos que este último le increpó, reprochándole el pretender invadir temas en los que, falto de preparación suficiente, no entendía nada, metiéndose en cuestiones científicas en las que no tenía ninguna competencia, proclamando unas doctrinas a las que oscurecía mediante una retórica sin sentido, alejando a los auditores de los verdaderos problemas con elocuentes disgresiones y llamamientos falaces a prejuicios religiosos.

Ahora, aquellos tiempos han quedado atrás: sabemos que el peor orgullo del espíritu es querer hablar de lo que se ignora, en nombre de principios abstractos que nada tienen que ver con la ciencia objetiva. Pero también, a la inversa, pretender en nombre de ella tratar de metafísica y de religión.

Ya he citado las prudentes observaciones del Cardenal Mercier y del Papa Pío XI. Por su parte, S. S. el Papa Pío XII, de forma muy discreta, en 1948 ha sumado su voz a este entendimiento, dejando expresamente libres a los católicos de adherirse (o no) a las hipótesis nacidas del método que es la Evolución.

Sin duda existen todavía individuos tristes o partidistas que no han comprendido el dualismo fundamental de las vías de nuestro espíritu hacia la verdad, y la relatividad que la naturaleza de nuestra personalidad impone en materia de aprehensión de lo Real profundo, respecto a nuestras experiencias y nuestras concepciones.

Pero, se ha dado el paso y la barrera que pretendía separar a los creyentes de la ciencia objetiva ha sido rota. Para considerar el camino recorrido, no hay más que comparar el oscurantismo de Wilberforce (1856) y la clara visión de Teilhard de Chardin en su *El Fenómeno humano* (1955), a la vez profundamente científico y ardientemente cristiano.

Tales son las perspectivas que tengo el gozo de anunciar, tras 80 años de vida y 60 años de labor: testigo histórico de los descubrimientos desde el Neanderthal hasta los atlantropos y los australopitecos, historiador de las ideas, de Wilberforce y Huxley a Teilhard de Chardin, de los que mi avanzada edad me ha permitido vivir y contemplar el desarrollo.

El primer punto de partida positivo de todo este movimiento sobre el origen físico de nuestra especie fue entrevisto, al parecer por Huxley

a la vista del primer cráneo de Gibraltar, descubierto hacia 1848. Pero el problema no salió a la luz hasta la publicación de vuestro cráneo renano de Neanderthal, que ostenta el justo título de punto de partida de todo lo que siguió. No he citado, como habría sido necesario, a todos los eficaces operarios de esta gran obra que, vivos o muertos, sabrán excusarme.

H. BREUIL, «Soixante ans de découvertes d'hommes primitifs et leur influence sur le monde des idées», en G. H. R. VON KOENIGSWALD (ed.), *Hundert Jahre Neanderthaler. Neanderthal Centenary*, Colonia-Graz, Böhlau, 1958, págs. 1-6. Una forma menos elaborada de este texto fue avanzada por H. B. en una conferencia dictada en Lisboa el 13 de abril de 1957 (publicada en *Bulletin de Litterature Ecclésiastique*, de Toulouse, nº 2, 1957, págs. 102-110, y luego en la *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*, serie III, nº 11, 1958, págs. 5-14).

Del mismo modo que dos años más tarde estará presente en la conmemoración del cincuentenario del descubrimiento de la sepultura neandertalense de La Chapelle-aux-Saints (Corrèze), con la presencia de los hermanos A. y J. Bouyssonie que la encontraron, el Abate, en 1956, tomó parte en el simposio que conmemoró el centenario del hallazgo del esqueleto de Neanderthal (cerca de Dusseldorf) organizado por el paleontólogo G. H. R. Von Koenigswald, del Geologisches Institut der Reichsuniversität (Utrecht). La reunión tuvo lugar del 27 al 29 de agosto de 1956 y este texto del Abate fue la conferencia inaugural. Presentaron sus comunicaciones 27 especialistas en Paleontología humana. El simposio se celebró bajo los auspicios de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research (Nueva York).

El Abate siempre se interesó por la Paleontología humana. Entre sus trabajos antiguos: H. BREUIL, «Les plus anciennes races humaines connues», *Revue des Sciences philosophiques et théologiques*, año 3, octubre de 1909, págs. 710-758, 7 figs. (que sigue de manera aproximada un trabajo anterior del mismo título publicado en el *Bulletin de la Société Fribourgeoise des Sciences Naturelles*, XVII, 1909, págs. 22-102, 7 figs. y 3 láms.); ID., «Chronique scientifique: Paléontologie humaine. L'Age géologique du *Pithecanthropus erectus*. La machoire de Mauer (Würtemberg). Les hommes de la Chapelle-aux-Saints, du Moustier et de la Ferrassie», *Revue pratique d'Apologétique*, X, nº 118, agosto de 1910, págs. 787-795. Años más tarde intervino en el descubrimiento del segundo cráneo de Saccopastore, aludido en su texto y del que se dio noticia en: H. BREUIL y A. C. BLANC, «Il nuovo cranio di *Homo neanderthalensis* e la stratigrafia del giacimento di Saccopastore (Roma)», *Bolletino de la Società Geologica Italiana*, LIV, 1935, págs. 289-300, 1 figs. y 1 lám. (esta fotografía fue la que mostró el Abate al Papa Pío XI).

A través de los recuerdos de su larga vida, H. B. traza una verdadera historia de la Paleontología. Seguramente este es el más completo de sus textos referentes a cuestiones entre religión y evolucionismo y, también, la relación con la jerarquía eclesiástica.

En el homenaje póstumo al Abate, el profesor holandés escribió: G. H. R. VON KOENIGSWALD, «Die Göttin ohne Gesicht», *Miscelánea*, I, págs. 487-494, 2 figs., trabajo en el que identifica las Venus paleolíticas como «diosas de la muerte».

Cf. en el presente volumen: origen del lenguaje abstracto (págs. 80-82); expedición a Abisinia (págs. 82-84); los australopitecos (págs. 98-100); H. V. Vallois (págs. 175-178); Chukutien y el Sinantropo (págs. 288-293); el Padre Teilhard de Chardin y su «Fenómeno humano» (págs. 301-310).

Occidente, patria del gran arte rupestre (1957)

Durante mi larga existencia me ha sido dado estudiar y copiar casi todas las cavernas con arte que, en Europa, se concentran en España y Francia, con escasos ejemplos en Sicilia y la Italia meridional. En la España oriental, uno de los primeros, dediqué varias expediciones al estudio del arte rupestre llamado del Levante, más antiguo que el arte esquemático y el único, entre las manifestaciones, que merece ser calificado como naturalista.

Tan sólo gracias a los exploradores que me confiaron sus descubrimientos, he conocido las rocas pintadas naturalistas del África sahariana. Pero también, en fechas bien recientes, desempeñé un papel en la prosecución de dichas investigaciones por H. Lhote, que se vieron coronadas por un espléndido éxito. También copié algunas frisos de pinturas bastante naturalistas en Etiopía. Luego, dediqué seis años de mi vida a las que abundan en el África austral, desde el Zambeze y el Congo al Cabo de Buena Esperanza. Allí se encuentra un número incalculable de increíbles archivos de piedras pintadas o grabadas, a cuya copia y edición he dedicado mis últimas fuerzas físicas y mentales.

Al comparar esta riqueza artística, en particular en el aspecto animalista, siempre me sorprendió la pobreza del arte rupestre de otros continentes —en el sentido artístico, no en el de su cantidad. El arte rupestre existe en la India y en Asia central, pero está orientado a las formas esquemáticas o simbólicas. Lo mismo ocurre en las dos Américas



Bisonte hembra de Altamira (Santillana de Mar), saltando o revolcándose (invirtiendo el dibujo) (según H. Breuil, 1902) (col. O. Ripoll).

y en Australia. En estos lugares, hay que reconocer que en las regiones costeras de la gran pesca de cetáceos y grandes peces, florecía, o florece aún, un esfuerzo apreciable hacia representaciones bastante notables. En América del Sur, faltan los animales terrestres de gran tamaño, al igual que en Australia. Sin ninguna duda existe una relación entre la caza de fauna grande y el desarrollo del arte en su grado máximo, con la condición, sin embargo, previa e indispensable, que existan para preservarlo, unos *paneles rocosos* de naturaleza bastante resistente para que los frescos se hayan conservado, o que unas cuevas suficientemente profundas hayan estado a disposición de los antiguos cazadores disponiendo de luz para realizar las figuras que su memoria experimentada y fiel les conservaba. Existe una relación entre la caza mayor y el desarrollo del gran arte rupestre naturalista. Se trata pues de dos condiciones previas a su nacimiento, pero no las únicas.

¿Hay que ver en ello la manifestación de ciertas razas favorecidas, mientras que otras no manifestaban la misma disposición? No lo creo en absoluto, pues mientras que, en la Dordoña y los Pirineos, el arte se desa-

rrollaba en las cavernas, los mismos grupos humanos que poblaban el SO del Atlántico o los del Mediterráneo, no mostraban ninguna disposición parecida. La causa me parece debida a su diferente alimentación: mientras que sus hermanos o primos se entregaban a la caza mayor de los mamuts, rinocerontes, bóvidos, caballos y ciervos, la recolección de los bígaros y las patelas recogidos sobre los arrecifes durante la marea baja, era suficiente para las familias que habitaban las zonas litorales. Esto no alimentaba su imaginación y no poblaba sus memorias con movidas impresionantes, profundas y tenaces, indispensables para el nacimiento del arte de la figura y creador de bellas imágenes; e incluso no excitaba la ingeniosidad en la creación de armas eficaces, indispensables para la caza mayor y la fabricación de utensilios: las tribus que se alimentaban de mariscos no son ni artísticas ni industriosas, pues siguen la ley del mínimo esfuerzo en una vida trivial y fácil; incluso la organización social es inferior y la división del trabajo es en ellas rudimentaria.

Hay regiones en el globo en las que la caza mayor existe y no ha producido un gran arte. Son las regiones tropicales en las que la vegetación, excesivamente potente, oculta en la práctica la presa a la visión del hombre que la persigue. En la propia África, casi ninguna roca pintada o grabada de cierta importancia existe en el interior de la gran selva ecuatorial. Los pigmeos, habitantes originarios de la gran foresta, no conocen el arte naturalista, mientras que sus homólogos, por su pequeña estatura, los pequeños bosquimanos amarillos de todos los desiertos y sabanas del África austral, al contrario, se cuentan entre los más hábiles realizadores de frescos sobre roca conocidos. Esta es seguramente una de las causas de la pobreza de Mozambique en rocas pintadas naturalistas. La península hindú, la isla de Ceilán, las regiones insulares y peninsulares de Malasia y de Indochina, donde los animales grandes hormiguean, no presentan, hasta el momento, rocas o cavernas con pinturas. Recuérdese que las cubren vastas zonas boscosas que ocultan al hombre, salvo en distancias cortas, el objetivo de su caza, no pudiendo estudiar sus diversos movimientos, la forma de pastar, las luchas entre los machos para hacerse con las hembras, etc.

Desde este punto de vista, América del Sur, está asimismo descalificada, puesto que, además de la falta de grandes animales, en su mayor parte está cubierta por una vegetación exuberante. En cuanto a América del Norte, donde, sin embargo, el hombre cazó grandes animales



Fragmento del panel de grabados por debajo del «dios cornudo» de Trois-Frères (Montesquieu-Avantès, Ariège) (ancho 1,10 m) (según H. Breuil, 1925²).

en regiones en parte ampliamente abiertas, las tribus que la poblaron, llegadas de Siberia en una fecha relativamente tardía, quizá hace unos 10.000 años –en lugar de los 30.000 o 40.000 de nuestra Edad del Reno–, quedaba en parte confinada en el Gran Norte helado, donde no abundan las superficies rocosas susceptibles de contener frescos o grabados, y las demás, hacia las Montañas Rocosas, igualmente dedicadas a una agricultura incipiente, no desarrollaron en el arte rupestre más que unas facies más o menos esquemáticas o simbólicas.

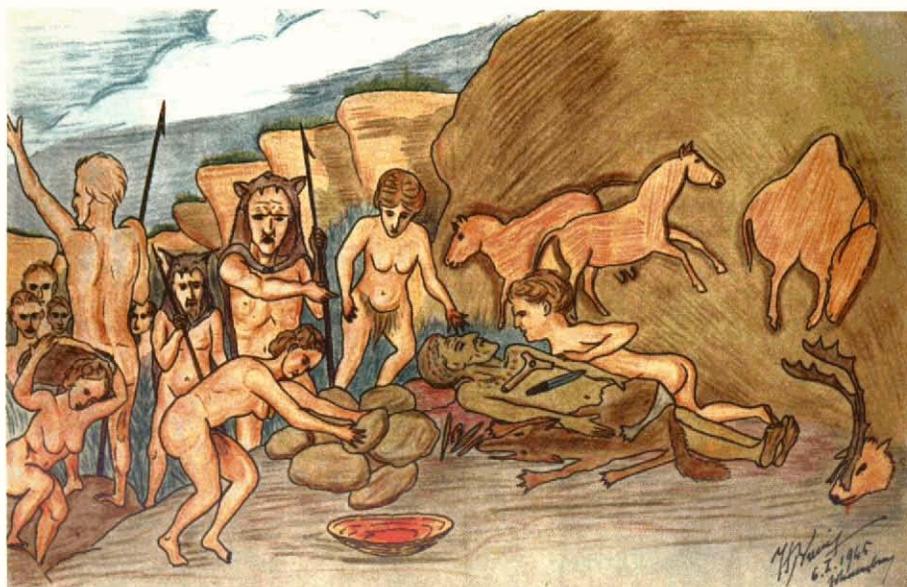
Queda por examinar la Europa occidental, con su telón de fondo del norte y del oeste asiáticos, así como el vasto continente africano. Hasta

el momento, la enorme Siberia no ha proporcionado nada que merezca ser llamado gran arte rupestre: no faltan allí las rocas decoradas, aunque son de una época bastante reciente, pero desde su origen derivan hacia los esquemas, que deben estar parcialmente en los orígenes de la escritura ideográfica china. El sudoeste asiático, en gran parte subdesértico, aún no ha librado obras de arte rupestre antiguo que rebasen el esquema o el burdo dibujo sub-naturalista, siendo reflejo de unas preocupaciones más pastoriles que cinegéticas. Además, sólo se encuentra en las zonas subdesérticas y en los caos rocosos de las altas montañas.

Si examinamos Europa occidental y central, en sus regiones bálticas o del Mar del Norte, el arte naturalista se manifiesta por amplias pero escasas figuras de renos, alces, y cetáceos de línea simple pero muy neta. Con ellas se pone en evidencia el arte mayor realizado con mano maestra por desconocidos, sin duda cazadores neolíticos. Los centenares de renos que les suceden, de dimensiones menores, son ya de un arte degenerado, al que sucede, en la Edad del Bronce, un arte escénico muy convencional pero interesante desde el punto de vista social, aunque fuera de la tradición del arte mayor. Son obra de agricultores y pastores, ya en posesión del trineo y de barcas ligeras, antepasados no lejanos de los vikingos, cuyas elevadas capacidades decorativas de escultores de madera derivarán hacia el arte ornamental lítico y de la joyería ulteriores.

Tanto Inglaterra como Irlanda están desprovistas de este esfuerzo hacia el arte realista y, por seductora que sea la evolución ideográfica de su arte, se escapa igualmente hacia el adorno y la toréutica. Apenas cabe citar algunos grabados sobre pequeños objetos de las cuevas inglesas del Paleolítico superior, lejana influencia del gran centro francés hacia una región todavía helada e inhóspita.

¿Cómo era Francia en este momento de retirada progresiva de las condiciones glaciales? Según los distritos y los momentos, era una región escasamente boscosa y con praderas pobres pero muy amplias, pasando poco a poco hacia el norte a los *barren-grounds* de los países circumpolares; unos inviernos largos y muy fríos, una buena estación corta, con algunos días cálidos en medio del verano. Entonces llegaba el buen momento para la caza, tan necesaria para acumular para el invierno la carne y el pescado ahumados o conservados en silos helados. Era, ante todo, el tiem-



Enterramiento de un personaje del Magdaleniense al pie de los bajorrelieves de Cap-Blanc (Marquay, Dordoña) (dibujo de H. Breuil, en *Beyond the Bounds ...*).

po del trabajo, de los desplazamientos para las cacerías y, pensando en la larga estación invernal, de la preparación del combustible, las vestimentas y los víveres. Para los cazadores la vida debía transcurrir en incansantes desplazamientos persiguiendo las manadas de animales acosados; los demás estaban ocupados en las actividades necesarias al habitáculo o a la educación de los niños por parte de los escasos ancianos cuyo rudo temperamento había resistido la prueba del medio.

Ese era el ambiente en que nació el gran arte rupestre. Si las paredes de los abrigos paleolíticos estuvieron pintadas, tan sólo tenemos la prueba en la España oriental. En Francia, únicamente las esculturas se han conservado en abrigos cuando las han cubierto los roquedos que los protegieron antes de que se hundieran. Pero estas esculturas, en alto-relieve y además de gran tamaño, debían necesitar un tiempo considerable para su realización con útiles de sílex. Durante el invierno, se abandonaban a los crudos elementos los campamentos estivales, para retirarse a las oscuras cuevas, a veces muy profundas, al abrigo de las variaciones de la temperatura, en suma lugares de calefacción gratuita (muy moderada:

11 a 14 grados) que en esos tiempos era casi obligatoria. Había llegado el período en que los vecinos, de ordinario dispersos en el entorno, se reunían a la débil luz de unas lamparillas de grasa o resina. En el exterior, la caza era imposible, como lo es para muchos pueblos circumpolares actuales. Se aprovechaban estos ocios en la persecución de la caza para proceder, a la manera de los esquimales, a la realización de ritos tribales a los que se daba mucha importancia. Era el tiempo en que los ancianos enseñaban a los adolescentes lo que debían saber de su futura vida como hombres y mujeres, con deberes entre sí, con sus padres y sus contemporáneos de los dos sexos que pronto serían sus esposas o maridos, los niños destinados a nacer de esta unión, o incluso, acaso, sus deberes para con otros hombres si conocían su existencia. Como en un catecismo de perseverancia, tras haberles instruido en los deberes dichos, les desvelaban lo que las sucesivas generaciones les habían transmitido acerca de las tradiciones antiguas o en las creencias para penetrar en el juego de las grandes fuerzas que dominan los elementos y disponen su sucesión regular o caprichosa. Se les enseñaba que este orden de cosas sobrehumano era debido a uno o a unos espíritus directores, ante los cuales, mediante ciertas ceremonias, se podía influenciar en el desarrollo de los sucesos, o inducirles a reencarnarse en el espíritu de los animales muertos en las cacerías, de forma que nacieran muchos pequeños renos, bisontes, caballos, etc., tan necesarios para la existencia de la tribu. Al dirigirse a las sombras de los animales abatidos, esperaban ser perdonados del final brutal de sus vidas anteriores o obligados a reencarnarse, lo que era favorecido por el Gran Espíritu que gobierna la Naturaleza y que bendice las expediciones de caza. Todo ello mediante ciertos ritos, en los que intervenía el arte al representar al animal deseado y, en ocasiones, señalándolo ya con una flecha mágica. Durante esas ceremonias, las figuras pintadas o grabadas en las paredes de las cavernas tomaban un sentido preciso: el llamamiento a la potencia celeste o infernal de la que dependía la multiplicación de los animales (lo que explica la gran abundancia de hembras grávidas entre las representaciones). De esas mismas potencias misteriosas se solicitaba el éxito de las expediciones de caza, lo que se deduce de la frecuente presencia de armas arrojadizas en sus cuerpos representados en los frisos.

Sin embargo, hay ciertos temas que no están figurados en las cavernas con arte. En ellas no se encuentra ninguna escultura en alto-relie-

ve, que —salvo las modeladas en arcilla— quedan reservadas a los abrigos con luz natural. La razón es sencilla: la escultura de bulto hecha con útiles de sílex exigía un tiempo considerable y el uso durante el mismo de una iluminación artificial, costosa de mantener pues habría consumido la provisión de grasa o resina que poseía la tribu.

A los abrigos, asimismo, estaba reservada otra categoría de obras escultóricas que faltan habitualmente en las galerías oscuras: hablo de las cuidadas representaciones de mujeres desnudas. Tanto en el Perigordense como en el Magdaleniense, este tema falta en el interior de las cavernas negras, pero empiezan a conocerse, y son frecuentes, en los escasos abrigos conservados que contienen esculturas. Hay que suponer que estas imágenes que deleitaban las miradas de los hombres de la tribu, les parecían tan desplazadas, como nos parecen a nosotros, en un lugar de culto. En estos, a veces, se encuentran figuras masculinas provistas de extraños disfraces: el *dios* de Trois Frères (Ariège), en actitud de danzarín, tiene una cabeza coronada por astas de cérvido, una larga barba baja de su cara sin boca, sumando otros caracteres de animales: es el lejano antepasado del *Kernunnos* galo que presenta los mismos atributos.

El arte al que me refiero se encuentra de forma abundante en el SO de Francia, en la región cantábrica del NO de España y algún día se encontrará en Portugal en alguna cueva calcárea, pues llega hasta la Andalucía meridional. Parece que no existe en la costa mediterránea de Iberia. Se encuentra, menos denso, al oeste del Bajo Ródano y, cosa extraña, en el sur de Italia y en Sicilia, aquí en un islote, Levanzo, separado de la gran isla por un ancho brazo de mar que no existía en el momento de las bajas aguas marinas del último glaciar (por ello presenta una abundante fauna continental).

Volvamos a la España oriental, donde una sorpresa aguardaba a los prehistoriadores: pinturas al aire libre bajo abrigos rocosos. Claramente derivadas, por el estilo de sus figuras animales, de los frescos cantábricos en cavernas oscuras, se suma a ello un carácter infinitamente raro en Aquitania y en el Alto Aragón: la *escena que asocia juntos animales y hombres*, o bien estos con sus semejantes, en cuadros de una notable vivacidad. Es el *arte levantino*, cuya fecha aún se discute. Sin negar que se prolonga más allá de los tiempos cuaternarios en que los renos todavía pastaban en Francia, pero siempre precediendo la llegada de los

neolíticos, agricultores y pastores, la presencia rara, pero segura, al menos en las etapas más antiguas, del alce, el rinoceronte, el bisonte, un felino de gran tamaño y un asno fósil (*Equus hydruntinus*), atestiguan la edad aún cuaternaria de una parte importante de este arte, derivado del de nuestras cavernas en un estadio todavía bastante antiguo, pero que aplicó sus creaciones a otras perspectivas, con aspectos «escénicos»: una cacería, una pelea, una batalla entre arqueros, escenas de familia, etc., incluida la recolección de la miel de una colmena silvestre.

Es obligado constatar que este arte está relacionado con el hallazgo de las plaquetas adornadas con grabados y algunas pinturas (pero sin figuras humanas) de la cueva de El Parpalló (Valencia), cuya edad perigordienne, solutrense y magdaleniense es segura.

La representación abundante del arco y la concepción escénica de los conjuntos atestiguan, al mismo tiempo que la derivación del arte animalista franco-cantábrico (con representaciones generalmente individualizadas), un elemento completamente nuevo que se encuentra también en la cueva siciliana de Addaura en una extraña escena que no puedo describir. ¿No hay ya allí la prueba de un contacto con el norte de África? Estaría dispuesto a creerlo, pero es uno de los problemas que el porvenir deberá resolver.

En todo caso, el sentimiento de las formas y la costumbre de componer escenas se encuentra a lo ancho del Sahara, desde el Atlántico al Nilo, especialmente en el Hoggar y hasta Etiopía. Un arte emparentado se encuentra a lo largo de la costa oriental de África, entre la gran selva y el océano Índico, hasta el Cabo de las Tempestades. Cualesquiera que fueran las razas que poblaron, durante milenios, este vasto continente, la oleada del gran arte se desplegó durante las edades de la Piedra evolucionada. Incluso es posible que haya llegado a reforzar y complicar un arte rupestre anterior surgido espontáneamente de condiciones simétricas.

La primera vez que, en Oxford, hacia 1912, presenté al gran etnólogo Henry Balfour algunas hojas de mis primeros calcos de las rocas catalanas, casi desdeñosamente me dijo: *Bushman paintings*. —«*Bushman paintings*», repliqué yo, «¿donde hay toros salvajes, cabras y ciervos y nada de la fauna africana?». —Un examen más atento del maestro le hizo dudar: «¿Qué es esto pues?». —«La España oriental». —«¡Pero esto es algo nuevo!». —«Pues sí».



Ouan Derbaouen (Tassili-n-Ajjer), rebaño de bóvidos con formas diversas en sus cuernos. Inicio del período Boviense (calco de la Misión H. Lhote).

...No me ha sido dado estudiar personalmente las regiones saharianas y líbicas, las más cercanas al arte levantino de España, pero hace tres años estudié uno de sus grupos más importantes, el del Tassili-n-Ajjer, utilizando los calcos de un oficial, el capitán Brenans, que pasó allí ocho años.

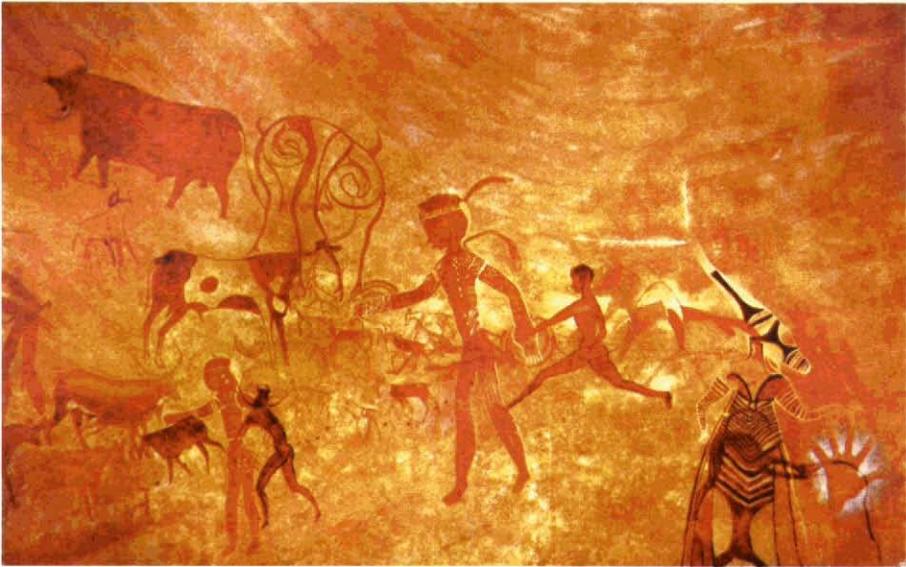
Parece necesario admitir que un tiempo considerable debió transcurrir entre las antiguas rocas con grandes esculturas de Libia y del sur de Orán y las figuras pintadas a todo lo ancho del gran desierto actual.

Las esculturas más antiguas, con gigantescos paquidermos y búfalos, atestiguan unas condiciones aún muy húmedas del medio geográfico, así como una audaz fuerza artística de concepción y de realización que los carneros con esferoides que les suceden ya no tienen. La técnica y las dimensiones degeneran a continuación en figuras que se encuadran en un rectángulo ideal: sus secuelas amenguadas descienden en el tiempo hasta la época líbico-bereber con banales grafitos de carneros, vacas y antilopes o, más hacia el sur, jirafas estereotipadas, caballos con sus jinetes y camellos esquemáticos que son el final de la serie de los grabados.

Mucho más emocionantes son las pinturas sobre paneles rocosos que se escalonan de oasis en oasis a todo lo ancho de la Libia sahariana, desde el Hoggar al Nilo. Su centro principal es sin duda el Tassili-n-Ajjer, en territorio tuareg. Allí se reparten por millares las figuras, a veces todavía grandes, espaciándose hacia el Atlántico, en las que la delicadeza de las formas, el humorismo de los temas ingeniosamente agrupados en divertidas escenas, nos confunden y nos hacen admirar el arte de estos pastores de bóvidos. Se extendió desde el Tibesti y el Ennedi, próximo al Tchad, hasta el Nilo. Era en un momento en que los egipcios aún no tenían el caballo, puesto que fue con caballos tomados a los libios como Ramsés II organizó sus acaballaderos con los que pudo constituir su ejército de carros de guerra para enfrentarse con los saharianos que, a su vez, los habían recibido de sus aliados cretenses.

El caballo montado y el camello prolongaron tardíamente este arte degenerado y ya inclinado de manera definitiva hacia el esquema, aunque en el Tibesti se han encontrado admirables representaciones de jinetes tuaregs, por tanto tardías. No puede dejar de reconocerse en dicho gran arte bovidiense la emocionante reencarnación del espíritu artístico del Levante español, que se prolonga hasta el arte egipcio del Imperio Nuevo (1500 a 1300 antes de la era), e incluso más tarde contribuyó a recrearlo, recibiendo a su vez nuevas influencias.

El arte sahariano, surgido de la caza mayor, se prolongó, por lo tanto en la vida pastoril, *sin mezcla agrícola*, de los saharianos pastores de bóvidos. Una de las patrias de estos bóvidos, pero infinitamente menos modificada por la domesticación antes de su dispersión hacia el oeste, está evi-



Ouan Bender (Tassili-n-Ajjer). Parte de un conjunto complejo con personajes y máscaras del período de las «cabezas redondas», mano negativa y toros de época Bovidiense (calco de la Misión H. Lhote).

denciada por los frescos de Etiopía, mucho menos impregnados de movimiento y de forma que en Libia o en el Hoggar. Allí, sin duda, se constituyó la cabaña que fue al encuentro, mucho antes del Egipto histórico, de las tribus saharianas dedicadas al arte levantino recibido de España. En el Sahara tuvo lugar la fusión entre ambas corrientes, anexionándoles la vida pastoril (que aun practicaba la caza) al gran arte de Occidente.

Para terminar el ciclo de nuestra gira nos queda el ir al Tanganika en cuya parte septentrional empiezan los hallazgos que se escalonan a continuación hasta El Cabo. Es el reino de las *Bushman paintings and engravings*, diversamente distribuidas por toda la alta meseta sudafricana, de unos 2.000 metros. Estas elevadas regiones, en las que están presentes inmensas masas sedimentarias y volcánicas, se interrumpen en las cercanías del alto Zambeze y del Limpopo, donde aparece una base granítica, principalmente en Rhodesia del Sur y el norte de Transvaal. Se forman allí sierras de cimas redondeadas en las que las intemperies han esculpido abrigos y verdaderas cuevas, iluminadas por la luz del día

y abiertas a paisajes muy abiertos y cubiertos con el hermoso bosque del África austral. Entre las lagunas que reúnen las aguas, vastas sabanas herbáceas dejan pastar densos rebaños de elefantes, rinocerontes, jirafas y antílopes. En la mayoría de estos abrigos, el panorama que se extiende de forma agradable a lo lejos, permite ver y seguir las evoluciones de esta rica fauna.

Sus muros han conservado de manera excelente las decoraciones pintadas por generaciones de cazadores. Es el grupo de Rhodesia del Sur del gran arte del África austral. Desde lo alto de sus balcones y ventanas se abren a lo lejos, a veces con gran amplitud, las tierras bajas de Angola. Hacia el norte, el inmenso rosario de los grandes lagos, invitaba a avanzar hacia las forestas y estepas meridionales, a través del Tanganika y el Nyassa. En esta región, otros distritos con pinturas empiezan a aparecer gracias a las exploraciones del Dr. Leakey. Estos frescos parecen emparentados con los de Rhodesia.

Poco antes de que lo hicieran conmigo, estos territorios de Rhodesia del Sur ya habían tentado al explorador Leo Frobenius y su competente equipo de artistas. Sobre sus descubrimientos se le debe un álbum espléndido: el tomo I de sus *Matsimu-Dangara*. Sin embargo, a este equipo se le escapó una región: es la que amasa sus rocas en torno a una de sus salidas al Océano Índico, por la que discurre la Sabi River. Allí, en dos ocasiones, gracias a la señora Ada Patterson Kuhn, pude pasar algunas semanas en los alrededores de Fort-Victoria y en la Chibi Reserve, donde, más que en otros lugares, volví a encontrar las huellas, entrevistas antes por los señores Wilson e Impey, de la influencia de razas exóticas en las pinturas. Parece que ciertos elementos del mismo origen, remontando el Zambeze hacia el oeste, más allá de los que es ahora el vasto desierto del Kalahari, avanzaron hacia el Atlántico, hasta los bordes de la elevada meseta que baja hacia la costa bordeada por el fiero desierto de Namibia. Esta vía les llevaba a la árida sabana, aún muy abundante en caza, del Damaraland. Al norte, la región de Kaokoveld, que acaba en el sur de Angola, está cubierta de bosque claro. En Damaraland, sobre el zócalo ondulado, en ocasiones abierto en extraños y difíciles desfiladeros, se levantan otras altas montañas de un neogranito que ha excavado los sedimentos antiguos en amplias extensiones: el Brandberg, que alcanza los 3.000 metros; el Erongo, que escalona sus grandes masas rocosas más hundidas y permite penetrar con facilidad en su depri-

mida parte central; las puntas agudas, más modestas, de los dos Spitzkoppe, las flanquean al oeste, último mirador antes de hundirse en Namibia hacia la Skeleton-Coast, donde, única, una rada cercana al Cap Cross tentó al navegante portugués Bartolomeu Días en 1486. Enviadas a tierra, sus gentes no encontraron ninguna huella de un hombre vivo.

A pesar de ello, son numerosas las rocas pintadas que decoran abrigos graníticos de estas montañas. El Brandberg, con el Tsisab Ravine, y su «Dama Blanca», así como las rocas del Erongo, atestiguan no sólo pinturas bosquimanas, sino también otras que reflejan, durante un tiempo considerable, la presencia de tribus extranjeras de perfil recto y nariz aquilina, con una organización militar y reclutando sus mujeres en medios indígenas con los que, tras algunas peleas, estos extranjeros parecen haberse entendido. La caza, en efecto, único medio de subsistencia, abundaba para todos. Pero los indicios de la presencia de estos foráneos no rebasan unos pocos centenares de kilómetros en el entorno. Más allá, se encuentran rocas pintadas menos importantes. Parece, por lo demás, que aquellos inmigrantes llegaron más lejos en alguna ocasión durante una fase en que su sangre ya estaba mezclada, habiendo dejado la región en vías de rápido desecamiento a los bosquimanos más antiguos.

En su nueva migración a través de la alta meseta, sin rocas para pintar, parecen haber llegado, aportando su bella técnica polícroma, hasta el sudeste, hacia las orillas opuestas de las tierras sudafricanas. Es el país de las *Tables-Mountains* del East-Orange-Free-State, llegando incluso más allá, franqueando el Drakensberg Basuto. En dicha región, en los profundos barrancos de las vertientes, se ocultan numerosos abrigos pintados: unos disimulando su presencia a lo largo de los valles excavados y a pocos metros de los ríos; otros, situados en los formados por los bancos de arenisca dura o cerrando el flanco de las colinas. Todos ellos dominan vastos horizontes, en los que la vista experimentada de los ocupantes podía escrutar el movimiento de las tribus hostiles y el de las manadas de caza mayor o mediana, a la espera de la llegada de los invasores bantúes con sus rebaños de bóvidos y borregos. Ya entonces, algunos prospectores extranjeros, simples tratantes pacíficos, habían llegado desde el litoral que habían alcanzado empujados por los vientos monzones.

Llegó el día en que los pastores procedentes del norte ocuparon cada vez más el territorio, diezmado implacablemente la caza, ocupando los

puntos de agua y las zonas de pastos. En los paneles de las rocas pintadas se narran las fases sucesivas de esta historia: la vida libre y feliz de los cazadores, la presencia de otros dedicados a la captura de grandes animales, llegados del oeste y con las mismas armas, la aparición de prospectores pacíficos procedentes de ultramar; la presencia, tranquila primero, de los pastores bantúes armados de azagayas y escudos y conduciendo su ganado; las disputas armadas entre estos inmigrantes; los combates entre ellos y los bosquimanos; el robo de los rebaños bantúes por necesidad y sustituyendo la caza, y, por último, la llegada, en el siglo XIX, de los blancos armados de fusiles y montados en sus caballos.

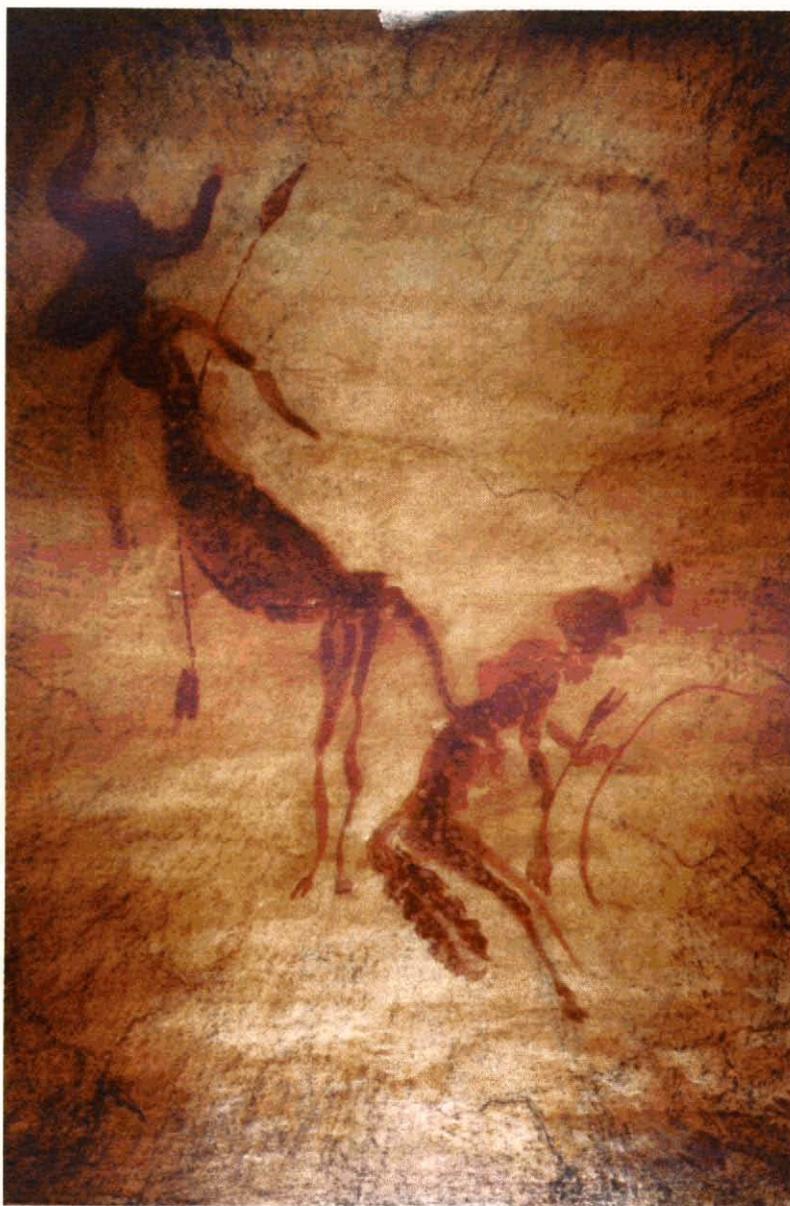
Último y pátético balbuceo, en pleno siglo XIX, del arte naturalista, expresivo de las formas y las actitudes de sus modelos, sucumbiendo, con el aniquilamiento de los cazadores artistas, bajo los golpes de los pastores negros y de los cultivadores blancos. Son precisamente estas víctimas las que trazaron para el futuro duraderos archivos sobre las rocas, que las injurias de las intemperies y de los turistas destruyen poco a poco.

Hoy en día, los últimos bosquimanos, todavía armados con los arcos y flechas envenenadas de sus ancestros —de los que han olvidado el arte—, van acabando de perecer de hambre, de sed y de miseria, en el norte del Kalahari. Por la captura de una vaca, los bantúes despiadados destruyen todo un clan de esos míseros supervivientes a los que los blancos, testigos entristecidos e impotentes, no alcanzan a proteger.

Aquí se extinguió el arte naturalista, nacido de los cazadores de mamuts y de renos de nuestras cavernas de Aquitania, tras cuarenta mil años de creaciones gloriosas.

Veamos lo que la humanidad debe a este primer balbuceo del Arte, que pronto igualó en la perfección de la línea y el sentimiento del movimiento todo lo que se ha creado después: el gesto de encuadrar en dos dimensiones y de inscribir en este espacio, de forma agradable, la percepción visual de las tres dimensiones. Es el primer paso en la evolución del gusto, escapando del formalismo de la imagen sintética, intelectual y abstracta, infinitamente más rica que esta para transmitir a otros humanos la emoción sentida por el autor.

Primero aplicada al ser solitario que se representa, atestigua en el artista una capacidad refleja utilizada en el análisis del modelo, cuyas diversas partes son, cada una, observadas en sí mismas, sin romper por



Escena de un brujo disfrazado de toro y un bailarín con lo que podría ser un instrumento musical. Parte central del abrigo V de Cingle de La Gasulla (Ares del Maestre, Castellón) (calco de J. B. Porcar).

ello las conexiones con las demás, puesto que el conjunto expresa una traza, una emoción del propio modelo y supone en el observador una *impresión complementaria*.

Un nombre debió señalar cada elemento anatómico y con ello se enriqueció el lenguaje, pues yo no creo, como algunos, que haya que retrasar hasta el nacimiento del dibujo el desarrollo del habla. Desde los *orígenes humanos*, el *naciente industrialismo* la había creado, al ser indispensable para la educación de los jóvenes, introduciendo expresiones vocales en conexión con la naturaleza del objeto, la manera de fabricarlo, la forma que se le quería dar, o el papel que se pretendía desempeñara. El arte de nuestras cavernas rebasó por completo esta etapa utilitaria: tendió y sintió lo bello, lo representó y lo completó con su vocabulario.

En el arte levantino español se introduce el concepto de escena y es el testimonio del afán de representar *acontecimientos complicados*, como la memoria nos los representa, tanto respecto al pasado como a un futuro cercano. El arte naturalista con agrupaciones escénicas, muy vivaces, manifestó de este modo unos acontecimientos cotidianos, realizados o deseados. A este estudio del arte figurativo, que evoluciona hacia el cuadro, hay que referir todo, o casi todo, el arte naturalista africano, cuyas olas creadoras se movieron, acaso, desde los diez mil años antes de nuestra era hasta casi nuestros días. Con él se mezcla, especialmente en el Tassili, el deseo de expresar, por el humor de las actitudes y de los grupos, lo pintoresco que despierta la simpatía, matizada en sátira benevolente. El espíritu guasón, expresado por el sentido de las situaciones y de las actitudes, aporta, pues, en la composición, unos matices de detalle que alegran al espectador.

Al cuidado de conservar para la memoria de las generaciones el sentido exacto de los hechos se halla, sin duda, en su etapa preglífica, llegando para sumarse a la preocupación por el abastecimiento, la evocación de lo deseado o su realización en el porvenir de la tribu. Archivos anteriores a la historia, llamamiento a las generaciones del futuro, hojas pétreas de una historia que debemos reconstruir.

H. BREUIL, «L'Occident, patrie du grand Art Rupestre», *Mélanges Pittard*, Brive, 1957, págs. 101-113. El tema lo trató en un pequeño ciclo de conferencias dictadas en el Institut de Paléontologie Humaine durante el mismo año.

También en una disertación en Lisboa (Instituto de Altos Estudios, 27 páginas). Además, se publicó en Estrasburgo: *Bulletin du Service de la Carte Géologique d'Alsace-Lorraine*, 10, 1957, págs. 39-47.

Para el Abate todo el arte rupestre mundial derivaba en el tiempo del arte paleolítico europeo, por tanto dentro de esa especie de difusionismo que le era propio. Sólo en sus años postreros admitió que pudieron existir muchos focos independientes. Seguramente tales ideas provenían de su curso vital como investigador. Fue, sin ninguna duda, el más completo conocedor que ha existido del arte paleolítico y post-paleolítico europeos y de su contexto arqueológico. Además, conoció bien el arte rupestre del África meridional, pero no tanto las culturas a que correspondía. En varias ocasiones pudo examinar abrigos pintados o grabados en el África oriental y septentrional. Para esta última región y para el Sahara, promovió la labor de diversos investigadores. Desde 1899 hasta la segunda guerra mundial, publicó unos cuarenta artículos, notas y recensiones sobre temática africana. Entre aquellos: H. BREUIL, «Station de gravures rupestres d'Aguilet Abderrahman (Sahara central)», *L'Anthrop.*, XXXIII, 1928, págs. 156-160; ID., «Gravures rupestres du désert libyque identiques à celles des anciens Bushmen», *L'Anthrop.*, XXXVI, 1926, págs. 125-127; H. BREUIL, P. DURAND y L. LAUDAUDEN, «Les peintures rupestres de la grotte d'In-Ezzan (Sahara central)», *L'Anthrop.*, XXXVI, 1926, págs. 409-427, 8 figs.; H. BREUIL y Príncipe KEMAL EL DINE, «Les gravures rupestres du Djebel Ouenat», *La Revue Scientifique*, 66, 1928, págs. 105-117, 18 figuras.

En la postguerra, tras su regreso de África del Sur, fue importante la intervención de H. B. en los estudios de arte sahariano que llevó a cabo Henri Lhote (1903-1991) para el que fue un consejero eficaz y generoso. Ambos hicieron posible la publicación de los materiales recogidos antes de la última guerra por el Coronel Brenans: H. BREUIL, Ch. BRENANS y H. LHOTE, *Les roches peintes du Tassili-n'Ajjer d'après les relevés du Colonel Brenans*, París, AMG, 1954, 163 págs. y 144 figuras (tirada aparte de *Actes 2^e Congrès Panafricain de Préhistoire, Alger, 1952*, págs. 65-223).

Luego vinieron las misiones sistemáticas de Lhote. La salud y la avanzada edad impedían al Abate participar en el trabajo de campo, aunque siempre repetía su voluntad de ir a pasar unas semanas al Tassili. Consciente de sus limitaciones escribía a Lhotc: «A pesar de todo esto, mi papel en esta misión es tan importante en París como en el Tassili. Puedo ayudarle más desde la capital que sobre el terreno y si me decidiera a viajar temo sería para usted una carga». Por su parte, Lhote escribió: «Su alegría fue grande cuando los primeros calcos llegados a París fueron desenrollados ante él en el Musée de l'Homme. Sentía la sensación de que estos calcos eran un poco hijos suyos. En esto tenía toda la razón ... Las novedades aportadas por estos frescos le turbaron en gran manera pues muchos de ellos desmentían sus ideas sobre

las pinturas saharianas y sus relaciones con las de la España levantina y las del África meridional». Como explicó el mismo Lhote, la rectificación definitiva del Abate no llegó hasta el simposio de Wartenstein: «Todas estas cuestiones fueron expuestas y debatidas en el simposio organizado en el Burg Wartenstein por la Fundación Wenner-Gren en agosto de 1960. Allí, el Abate cerró la discusión diciendo que, si durante mucho tiempo creyó en el parentesco entre las artes rupestres de Europa, el Sahara y el África del Sur, abandonaba desde ahora esta hipótesis de trabajo ante los hechos puestos en evidencia en el Tassili». Fragmentos de H. LHOÏE, «L'Abbé Breuil et le Sahara», *Journal de la Société des Africanistes*, 32, 1962, págs. 63-74, 4 figuras.

En el volumen de las actas de Wartenstein, L. PERICOT GARCÍA y E. RIPOLL PERELLÓ (eds.), *Prehistoric Art of the Western Mediterranean and the Sahara* (Nueva York, WGF, 1964) se presentaron los siguientes trabajos de temática sahariana: A. C. BLANC, «Sur le facteur fondamental des mouvements des cultures pré- et protohistoriques en Afrique du Nord: la fuite du désert» (págs. 179-184); S. DONADONI, «Remarks about egyptian connections of the Sahara Rock shelter Art» (págs. 185-190); H. LHOÏE, «Faits nouveaux concernant la chronologie relative et absolue des gravures et peintures pariétales du Sud Oranais et du Sahara» (págs. 191-214); ID., «Sur les rapports entre les centres d'art préhistorique d'Europe (province franco-cantabrique et Levant espagnol) et celui du Sahara» (págs. 215-223); y F. MORI, «Some aspects of the Rock-art of the Acacus (Fezzan Sahara) and data regarding» (págs. 225-234, con adiciones posteriores a la reunión, págs. 235-251). Lhote colaboró en el homenaje póstumo al Abate: H. LHOÏE, «L'évolution de la faune dans les gravures et les peintures rupestres du Sahara et ses relations avec l'évolution climatique», *Miscelánea*, II, págs. 83-118, IV láminas. Sobre la figura de este gran amigo e investigador y su obra: E. RIPOLL PERELLÓ, «Henri Lhote i l'art rupestre del Sahara», *Bulletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi*, VII-VIII, 1993-1994, págs. 283-308, 10 figs. (selección de su bibliografía con 62 títulos). Otras obras sobre el arte rupestre norteafricano y sahariano: R. VAUFREY, *L'Art rupestre nord-africain* (París, IPH, 1939); F. MORI, *Tadrart Acacus. Arte rupestre e cultura del Sahara preistorico* (Turín, Einaudi, 1965); A. MUZZOLINI, *Les images rupestres du Sahara* (Toulouse, 1995).

El Abate seguía con gran interés los hallazgos de arte paleolítico de la Europa oriental y su extensión en Siberia. Algunos trabajos posteriores a su muerte: Z. A. ABRAMOVA, «Palaeolithic Art in the USSR», *Arctic Anthropology*, IV, 1967, págs. 1-179, LXII láms.; ID., *L'Art paléolithique d'Europe orientale et de Sibérie*, Grenoble, Millon, 1995; J. K. KOZŁOWSKI, *L'Art de la Préhistoire en Europe orientale*, París, CNRS, 1992 (trad. al italiano, Milán, Jaca Book, 1992); L. IAKOLEVA, «Les représentations féminines du Paléolithique supérieur de Mézina (Ukraine)», *L'Anthrop.*, 99, 1995, págs. 273-285, 9 figs.; ID., «L'Art dans

les habitats du Paléolithique supérieur d'Europe orientale», *L'Anthrop.*, 103, 1999, págs. 93-120, 16 figuras.

No sabemos si el Abate llegó a tener noticia del descubrimiento de la enorme caverna de Kapovaia (Bashkiria). Situada en los Urales del sur, sus pinturas fueron encontradas en 1959 por el zoólogo A. V. Riumine, estudiadas por O. N. Bader entre 1965 y 1978 y más recientemente por V. E. Schéliniski. Sus representaciones de mamuts, caballos, rinocerontes y signos, todo en color rojo, han sido emparentadas con las de las cuevas hispano-francesas. O. N. BADER, *La caverne de Kapovaia, peinture paléolithique*, Moscú, Nauka, 1965; V. E. SCHÉLINISKI, «Nouvelles découvertes dans la grotte Kapovaia», *L'Anthrop.*, 93, 1989, págs. 615-619, 3 figs.; V. T. PÉTRINE, «La peinture des grottes de l'Oural du Sud», *Bollettino del Centro Camuno di Studi Preistorici*, 29, 1996, págs. 111-124.

En los últimos años, gracias principalmente a los investigadores rusos y chinos, se han ido conociendo nuevos lugares siberianos, condicionando estos trabajos la escasez de cuevas. Con todo, la cantidad de arte mueble conocido ha aumentado. A. P. OKLADNIKOV, «The petroglyphs of Siberia», *Scientific American*, 221 (2), 1969, págs. 74-82; Miroslav KSTICA, «Felsbilder in der Sowjetunion. IV, Sibirien», *Anthropologie (Brno)*, XI, 1973, págs. 145-187, figs. 101-156 y 1 mapa; Chen ZHAO FU, *Cina, l'arte rupestre preistorica*, Milán, Jaca Book, 1987; Yakov SHER, «Petroglyphes de Russie. De la Carélie à la Sibérie», *Archéologia*, n.º 385, I-2002, págs. 58-65, con figuras.

No debe olvidarse que las poblaciones paleolíticas del Asia nord-oriental fueron las primeras que, en varias oleadas, poblaron América, dando lugar a muchas provincias de arte rupestre. Entre ellas, constituye un enigma y es sin ninguna duda un caso de convergencia, el de las pinturas rupestres y los frisos de manos del Alto Río Pinturas (Santa Cruz) y el Cañadón de las Manos Pintadas (Chubut) en la Patagonia, con fechas posteriores al 2.000 a. C. Estos conjuntos han sido estudiados en un buen número de trabajos por Carlos J. Gradín, C. A. Aschero y sus colaboradores. Entre otros: C. J. GRADÍN, «Pictografías de la estancia Alto Río Pinturas, provincia de Santa Cruz (República Argentina)», en E. RIPOLL PERELLÓ (ed.), *Simposio Internacional de Arte Rupestre, Barcelona, 1966* (Barcelona, IPA, 1968), págs. 297-308, 11 figs.; ID., «El Alero de las Manos Pintadas (Las Pulgas, provincia de Chubut, Argentina)», *Bollettino del Centro Camuno di Studi Preistorici*, X, 1973; C. A. ASCHERO, «Secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas, Las Pulgas, departamento Río Senguer, Chubut», *Relaciones* (Buenos Aires), IX, 1975. Asequible obra de conjunto: J. SCHOBINGER y C. J. GRADÍN, *Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos. Arte rupestre de la Argentina*, Madrid, Encuentro, 1985 (hay ediciones en otras lenguas). Para el conjunto del continente: J. SCHOBINGER, *Arte prehistórico de América*, México, CNC, 1997.

Cf. infra: exilio en el África meridional (págs. 94-98); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); E. Piette (págs. 115-125); E. Cartailhac (págs. 127-129); H. Alcalde del Río i (págs. 152-154); H. Obermaier (págs. 161-172); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351); «testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-374).

Nuestro arte de la Edad del reno (1959)

Ninguna institución del mundo más que el Musée des Antiquités Nationales del castillo real de Saint-Germain-en-Laye (Seine-et-Oise), puede presentar al público una colección más copiosa y selecta de pequeñas piezas de arte, esculpidas o grabadas, obras de nuestro Paleolítico superior que, por comodidad, llamamos Edad del Reno. Esto se debe, ante todo, al hecho de ser principalmente en el sudoeste de Francia donde la civilización de esta época glaciár terminal se desarrolló y se diversificó con más amplitud y, en particular, en su última fase, el Magdaleniense.

Durante unas décadas, antes del siglo xx, el British Museum pudo rivalizar con él, sea por el reparto del producto de las excavaciones de Édouard Lartet y Henry Christy en los yacimientos de las orillas del Vézère, sea por la adquisición antigua (1867) de los materiales de las excavaciones hechas en Bruniquel por el Marqués de Lastic que también cedió una parte al Museo de Berlín. [Nota:] 1, Ignoro cuál ha sido su suerte después, tras la ocupación rusa. Cabe suponer que estos objetos, si no fueron destruidos por los bombardeos, se llevaron a Rusia como botín de guerra, al igual que los esqueletos de Le Moustier y de Combe-Capelle y los bloques esculpidos de Laussel robados al Dr. Lalanne.

Los museos regionales de Périgueux, Les Eyzies, Brive-la-Gaillarde, Toulouse, Foix, Angulema, Poitiers, Châteroux, Agen, Montauban, Carcasona, Burdeos, Nimes, Bourg-en-Bresse, Saint-Antonin, Cabrerets, Avallon, Lyon, etc., poseen también apreciables series o piezas singulares que proceden, en general, de su propia provincia o de sus cercanías. Fuera de Francia, algunos museos estatales o locales conservan asimismo importantes conjuntos recogidos en yacimientos de sus respectivos territorios.

En París, el Musée de l'Homme, que ya poseía la colección Vibraye (procedente en casi su totalidad de Laugerie-Basse), acaba de enrique-

cerse con una parte de la colección del Conde Bégouën, procedente, en su mayor parte, de sus excavaciones en la caverna de Trois-Frères (Ariège). La sección de Paleontología del Muséum ha cedido también al Musée de l'Homme algunos objetos especialmente notables, tales como el bastón perforado y adornado con focas y serpientes de Montgaudier (Charente), donativo de M. Peinon, y la Venus de Lespugue, de marfil, que lo fue por el Conde R. de Saint-Périer.

El enriquecimiento progresivo del Museo de Saint-Germain-en-Laye se debe, ante todo, a la donación que le hizo Édouard Piette en 1902, cuatro años antes de su muerte, de su vasta colección formada por los materiales de sus excavaciones, en particular las de Brassempouy (al sudeste de la región de Las Landas), así como las pirenaicas de la cueva de Arudy (Basses-Pyrénées), Gourdan (Haute-Garonne), Lortet (Hautes-Pyrénées) y sobre todo de Mas d'Azil (Ariège). Piette había aumentado esta galería, fruto de sus propias excavaciones, con la adquisición de una parte de las estatuillas de esteatita descubiertas en Grimaldi (cerca de Menton) por un canadiense, M. Julien, que ya había cedido una de ellas, recogida en la cueva de la Barma Grande, al Museo de Saint-Germain. Además, Piette también compró un pequeño pero interesante lote de objetos descubierto por el abate Landesque en Laugerie-Basse.

La extraordinaria colección que Piette reunió, antes de 1890, en su casa de Rumigny (Ardennes), fue la que decidió, en 1897, si puedo decirlo, mi vocación por el arte paleolítico.

Durante los diez primeros años del siglo, gracias a las facilidades que me dio Salomon Reinach, conservador del Museo de Saint-Germain, pude negociar en 1902 la compra de la pequeña colección Maury (Mas d'Azil); en 1910, la mucho mayor de M. de Maret (cueva de Placard, en Rochebertier, Charente), en 1911, las de Léon Nelli (cueva de Les Espélugues, en Lourdes) y Mascaroux (cueva de Saint-Michel de Arudy, Hautes-Pyrénées); y por último, en 1930, la de diversas series sacadas de la caverna de Bédeilhac (Ariège) por Mandement y Jauze [Nota:] 2. Una serie menos excepcional de este lugar fue adquirida, a las mismas personas, por el Field Natural History Museum de Chicago. El Museo de la Harvard University, Cambridge, Mass., se enriqueció en dos ocasiones, con objetos de la colección Rivière -Laugerie-Haute- y de las excavaciones de L. Didon en el Abri Labattut -en Sergeac, Dordoña-,

alguna de cuyas partes fueron compradas por M. Mac Curdy y otros, en el momento de la venta de la colección E. Rivière.

Por otra parte, el Museo de Saint-Germain obtuvo de los herederos del Dr. Paul Girod, muerto en 1911, la colección formada por Élie Massénat, muerto en 1903, procedente principalmente de Laugerie-Basse, de Gorge d'Enfer y de La Madeleine, recogida durante los últimos treinta años del siglo XIX. [Nota:] 3. Massénat, que la reunió en Brive, donde pude verla en 1897, hacia el final de su vida la cedió al Dr. Girod a cambio de una renta vitalicia que disfrutó muy pocos años.

Además, Salomon Reinach y Raymond Lantier consiguieron preciosos objetos aislados: de E. Rivière, una lámpara grabada de La Mouthe y unos peces recortados de la cueva Rey (Les Eyzies), y de H. de Ferry, dos pequeños renos esculpidos en caliza procedentes de Solutré (Saône-et-Loire). El mismo museo compró, en 1913, una parte importante de la colección de Denis Peyrony, producto de sus excavaciones con Louis Capitan en La Madeleine, Laugerie-Haute y Laugerie-Basse; y una serie de bloques y de plaquetas encontrados en Limeuil (Dordoña), en las excavaciones efectuadas por el canónigo J. Bouyssonie, así como los bellos materiales de las dos cuevas de Teyjat (Dordoña) exhumados por P. Bourrinet. Yo mismo les entregué unas plaquetas grabadas perigordieneses que encontré en la caverna de Gargas (Hautes-Pyrénées), haciendo que se adquiriese una de la misma época encontrada en la cueva de Pêchialet (Dordoña).

Otra y muy importante entrada fue la adquisición por Raymond Lantier del fruto de las amplias excavaciones, ricas en obras de arte, realizadas por el matrimonio Passemard en la caverna de Isturitz (Basses-Pyrénées). En el mismo momento, algunas plaquetas del yacimiento del Magdaleniense III de la cueva de La Marche en Lussac-les-Châteaux (Vienne) fueron donados por J. Blanchard al Museo de Saint-Germain. Otros objetos de la misma procedencia fueron adquiridos a Paul Fittc, así como una losa grabada entregada al museo por M. Schaeffer. En el museo se encuentran asimismo diversos objetos de Mas d'Azil depositados hacia 1940 por los señores Saint-Just Péquart.

Supongo, sin embargo, que el primer objeto de arte paleolítico recogido en Saint-Germain es el fragmento de un hueso de reno grabado, la primera obra de arte paleolítico conocida, encontrada por Brouillet, hacia 1837, en la cueva de Chaffaud, en Savigné (Vienne) y que fue entrega-



Anverso y reverso de un hueso grabado de la cueva de Mas d'Azil, del nivel con flechas ahorquilladas (según H. Breuil).

do en 1867, el mismo año de la inauguración del Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain. Hay que recordar que fue Joly Le Terme quien se había encargado de ingresarlo en el Musée de Cluny con una denominación falsa y ridícula al describirlo como «objeto romano encontrado en un dolmen», igualando el número de palabras al de errores.

Esta es, forzosamente incompleta, la historia, en el Museo de Saint-Germain, de la más importante colección de objetos de arte paleolítico, todos ellos franceses.

Con todo, un estudio de este arte debe tener en cuenta diversas colecciones extranjeras. El Museo de Bruselas conserva algunas esculturas y piezas grabadas paleolíticas procedentes de las excavaciones de Dupont. Por su parte, el de Lieja posee unos pocos objetos, dos procedentes de los trabajos en Spy y los de la excavación de Hamal-Nandrin en la cueva del Coléoptère (Luxemburgo belga). Las vitrinas del Museo de Munich contienen algunos objetos descubiertos en Neue Essing (Baviera) por H. Obermaier y P. Wernert. El Museo de Maguncia exhibe las estatuillas auriñacienses en piedra encontradas en el loess del entorno. Tubinga y Ulm, también conservan escasas piezas. El Museo de Ginebra guarda el antiguo descubrimiento del Verrier, realizado en 1834; el de Zurich unas pocas obras de arte halladas en el Magdaleniense final de Schweizersbild, cerca de Schaffhouse; mientras que en el de Constanza se puede admirar el hermoso reno grabado sobre un bastón perforado que fue encontrado en Kesslerloch, cerca de Thayngen (Suiza) y diversas figuras de bulto redondo.

En la Europa central, el loess de Willendorf contenía la célebre estatuilla femenina encontrada *in situ* en el Perigordense regional por Obermaier y Szombathy, conservada en Viena, donde se encuentra asimismo el pequeño grabado magdaleniense de la Gudenus-Hoehle (Austria). Moravia dio a Charles Maska y luego a K. Absolon, las magníficas series del loess de Prédmosti y de Vistonice (Museo de Brno), así como la figura de marfil recuperada en una tumba de esta ciudad [Nota:] 4. Cf. *Cahiers d'Art*, años 1931-1932, págs. 70-96. Las cuevas de Kůlna y de Kostelik (Moravia) proporcionaron huesos grabados de estilo naturalista, de sabor en parte occidental, al contrario de los notables marfiles con bella decoración geométrica de Prédmosti (entre ellas una figura grabada de mujer completamente esquemática). Estas decoraciones son características de las obras de los cazadores de mamuts de las llanuras danubianas y se prolongan hasta Ucrania, en la región de Kiev, y más allá hasta el Baikal. Este tipo de decoración sólo ha sido encontrado una vez en Francia sobre un fragmento de marfil recogido en Laugerie-Basse por el abate Landesque (Colección Piette).

[Tipología y periodización] El complejo industrial del Paleolítico superior se distingue netamente del que ofrece el Paleolítico antiguo. Para designar este nuevo período de la industria algunos han creído útil forjar un nombre que es un verdadero barbarismo, el de Miolítico, ex-

presión que es absurda puesto que significa «menos de piedra». Es evidente que la palabra imita ciega y servilmente la denominación geológica Mioceno, tercera subdivisión de la era Terciaria, así llamada para indicar que, en este período, existen menos especies análogas a los de los tiempos actuales que en el Plioceno que le sigue. Habría que utilizar la palabra Leptolítico, propuesta antaño por E. Piette y considerada por mí como susceptible de ocupar el lugar de la estúpida denominación señalada. Leptolítico corresponde bien al utillaje ligero de este período, parece el nombre más aceptado por los prehistoriadores. Significa Edad de la Piedra Ligera para subrayar que las lascas se presentan, con frecuencia, con el aspecto de hojas finas, largas, ligeras y de pequeñas dimensiones. Para designar el utillaje mucho más pesado de las épocas anteriores, Piette propuso el nombre de Barylítico o Edad de la Piedra Pesada. En tiempos de Piette sabían griego, pero ahora me guardaré mucho de proponer su uso.

El Leptolítico queda circunscrito, por el momento, a los períodos en que todavía vivían especies animales ahora extinguidas como el mamut, el rinoceronte, el oso de las cavernas, o las que emigraron como el reno, el toro almizcleño, el saiga, el bisonte, etc. E. Lartet subdividió aquellos tiempos en el orden de la desaparición de dichos animales. Un criterio paleontológico y climático como este no dejaba de tener sus inconvenientes, puesto que, según se trate de la llanura o de la montaña, al norte o al sur, al este o al oeste de Europa, el hábitat faunístico no es el mismo. Los Pirineos y los Alpes son un límite que el reno rebasó muy poco. Lartet distinguió, como más antiguas, las estaciones de tipo Aurignac y, como más recientes pero sin afirmar su orden, las facies de Laugerie-Haute (puntas de sílex en hoja de laurel) y de La Madeleine, Laugerie-Basse y Les Eyzies, con utensilios en piedra, en hueso y asta de cérvidos, en la que el reno queda como último superviviente abundante de la fauna glacial. Esto no le impidió observar que, en los Pirineos, los bóvidos (bisontes y toros) primero y los équidos después, predominaron antes de que el reno pasara a primer lugar.

Édouard Piette que, durante mucho tiempo, sólo conoció los yacimientos pirenaicos excavados por él mismo (Arudy, Mas d'Azil, Lortet y Gourdan), aceptó aproximadamente aquel punto de vista y estableció las subdivisiones paleontológicas sucesivas de Bovidiense, Equidiense o Hippiquiense, seguidos del Cervidiense, que dividía en Tarandiense o

Rangiferiense (en que dominaba el reno) y, terminando la serie paleolítica magdalenense, estableció el Elapho-Tarandiense (en el que el ciervo elafó toma cada vez más importancia) en los comienzos del Post-Glacial, seguido del Elaphiense (en el que el ciervo sustituye al reno). Basándose en las obras de arte que recogió y estudió, paralelamente a estas denominaciones paleontológicas introdujo otras, caracterizadas por las esculturas en alto-relieve, luego las trabajadas en bajo-relieve, asociadas hacia su final, con recortes de siluetas en huesos delgados (contornos recortados) y relieves muy atenuados (género medalla) que llamó tallas en hueco. A continuación llegaba en los Pirineos el reinado del grabado simple, que ya existía de manera abundante —lo que olvidaba con demasiada facilidad— en los niveles precedentes. Para subdividir este estadio de los grabados, se basaba en la aparición y evolución de los arpones dentados. [Nota:] 5. Para sus subdivisiones del Magdalenense, Piette también utilizó los términos Arudiense —pronto abandonado—, Gourdaniense y Lortetiense, que escribía erróneamente con una h intercalada.

[Sigue la clasificación de la última época de los grabados en relación con los arpones según Piette]:

1º, primitivos, pero raros y variados, asociados a las esculturas de bulto redondo o en relieve y a los recortados;

2º, con una sola hilera de dientes y enriquecidos con grabados al trazo. Estos dientes son al principio numerosos y cortos, haciéndose a continuación más anchos y curvados en uña;

3º, con dos hileras de dientes, también con grabados de trazo, por lo general más bastos y profundos que los anteriores. Los dientes, primero largos y curvados, se hacen a continuación anchos y angulosos; y

4º, de forma aplanada y en asta de ciervo (en el momento en que el reno desaparece), con una o dos hileras de dientes y la base en ocasiones perforada por un agujero primero redondo y luego fusiforme. Era su Aziliense, el período en que, llegado a su final el gran arte, le había substituido una simple forma artística sobre guijarros, adornados con símbolos pintados o grabados, con puntos y barras, así como, con menos frecuencia, con signos más complicados, vagamente alfabéticos o completamente abstractos.

Paralelamente a los esfuerzos de Piette, a partir de 1880, Gabriel de Mortillet adoptó, para la determinación de los niveles paleolíticos, el

criterio de los utensilios de piedra, sustituyendo por nombres de yacimientos las denominaciones paleontológicas de Lartet. Desafortunadamente suprimió el Auriñaciense, que Piette apenas conoció en un momento avanzado de su vida y en los Pirineos, aunque no dejó de tenerlo en cuenta al considerarlo como una simple base del Gourdaniense regional de Chalosse.

Así, sucediendo al Musteriense, Mortillet hacía que el Paleolítico superior empezara con el Solutrense (el estadio de Laugerie-Haute de Lartet), época durante la cual floreció el arte de la talla muy fina del sílex, mediante presión, con las puntas y hojas de sauce o de laurel, y luego las puntas de muesca. Para este período, Mortillet negaba arbitrariamente la existencia del trabajo en hueso. Venía a continuación el Magdaleniense, al que sumaba, como fase antigua, el Auriñaciense de Lartet, y en el que sí reconocía la presencia de industria ósca.

Cartailhac tuvo siempre muchas dudas sobre si era acertada esta supresión del Auriñaciense, a causa de la fauna rica en paquidermos y osos de las cavernas de los varios lugares que conocía. Cuando, por sugerencia suya, me ocupé del tema, pronto me convencí de que tenía razón, al igual que los belgas Dupont y Rutot que se dieron cuenta del error. Entonces se llevaron a cabo algunas excavaciones hechas con más cuidado, como las de Adrien Arcelin, Peyrony, Lalanne y Didon, que hacían inaceptable la supresión de Mortillet y por tanto la sucesión de sus períodos. Dichas excavaciones me permitieron examinar de nuevo la cuestión. Lo hice en el congreso de Périgueux, en 1905, y en el de Clermont-Ferrand, en 1906. En dichas reuniones, así como en el congreso de Mónaco (1906), tuve que librar la gran batalla del Auriñaciense, que gané al restablecer, antes de la época solutrense, la de Aurignac, no sin observar que los niveles de este lugar eran diversos. Pero en aquel momento no cabía pensar en crear muchas fases, por el hecho mismo de que el Auriñaciense solo, que formaba un conjunto, suscitaba ataques de extrema violencia, ahora olvidados por completo. Esta diversidad no me escapó, pero quedaba el identificarlos, cuales tenían un carácter local y cuales debían ser considerados como teniendo una vasta extensión geográfica, lo que todavía ahora no está muy claro. Pero ya en este momento, sabía que existían niveles particulares y coherentes: el de los cuchillos de Châtelperon y el de las hojas de La Gravette, finalmente apuntadas y con el dorso rebajado, asociadas o no a las puntas de

pedúnculo de La Font-Robert (Corrèze), y los que contenían buriles del tipo de Noailles (Corrèze), etc.

Hacer que todo esto fuera admitido y se situara antes del Solutrense fue obra mía. La diferenciación de estas varias fases me fue facilitada por las excavaciones de Jean Bouyssonie en los alrededores de Brive, de D. Peyrony, Lalanne, Lacorre y Didon en la Dordoña, etc.

Había fijado su orden de sucesión aproximado, pero corresponde a D. Peyrony el mérito de haber visto que era posible establecer unos cortes más concretos: lo intentó con la separación de los niveles de Châtelperron y de La Gravette del Auriñaciense típico. El Chatelperroniense, todavía mal conocido al comienzo, se manifiesta cada vez más como la industria de base del Leptolítico. Hasta ahora no se le pueden atribuir más que un escaso número de huesos trabajados. Su tipo característico es una hoja de borde rebajado, curva y convexa, denominada de Châtelperron. Es probable que en esta época haya habido obras de arte, pero la pésima conservación, bastante general, de las materias óseas en este nivel no permite afirmarlo. De todas formas, en Brassempouy, entre las escasas piezas de sílex que se puede asegurar que proceden del mismo nivel que las estatuillas de marfil, se ha recogido una punta de Châtelperron, aún no publicada, de aspecto evolucionado, que puede hacer pensar que este nivel pertenece, antes que al Auriñaciense típico local (como me confirmó siempre Piette), a un nivel análogo al de Châtelperron. [Nota:] 6. En ocasión de mi visita a Brassempouy, en julio de 1897, Piette, que excavaba allí por última vez, hizo abrir en mi presencia una pequeña trinchera a la derecha y delante de la entrada de la cueva, lugar en que los huesos no se habían conservado, pero donde me mostró, superpuesto a un nivel más profundo —el correspondiente a las estatuillas de la entrada del vestíbulo— un segundo estrato con sílex, bien definido como Auriñaciense) [...] Por lo demás, con esta única excavación, Piette no había entendido todo el significado del estrato. Era la primera vez que encontraba niveles mucho más antiguos que el Magdaleniense. Pero era consciente de que acababa de descubrir una facies más antigua que la que le había librado, en los Pirineos, las esculturas por lo general en asta de reno y raramente en marfil. Lo llamó Elephantiense o Eburneense (este último nombre ya fue utilizado por P.-E. Dubalen, el primero que descubrió estatuillas), pero Piette vio sólo en esta riqueza de paquidermos la prueba de un clima local más

húmedo, sin duda debido a la proximidad del litoral atlántico. Por ello hizo de él una simple subdivisión de su fase Gourdaniense, con esculturas de bulto redondo. Colocaba entonces al «Sulistriense» —como llamaba al Solutrense— en el estadio de los grabados simples, correspondiente a mis Magdalenienses V y VI. En efecto, los niveles de la Grotte du Pape, en el interior del corredor, a causa del riachuelo que allí corría, era una total mezcla de todo el depósito, desde el Auriñaciense típico al Magdaleniense IV incluido. En tales condiciones, el interior de la cueva no podía servir de base para ninguna estratigrafía. [Nota 7:] Véase mi trabajo sobre las ideas de Édouard Piette en la *Revue Archéologique*, 1912.

Denis Peyrony, maestro de escuela en Les Eyzies, efectuó excavaciones muy cuidadosas en La Ferrassie, primero para sí mismo y luego para el Estado, que demostraron, como las del Dr. Lalanne en Laussel, un nivel de base del tipo de Châtelperron, siguiendo en ciertos lugares, tales como el Abri Audi y Le Moustier, un nivel más o menos de transición con el Musteriense típico subyacente. En La Ferrassie, reconoció que el propio Auriñaciense típico podía descomponerse en varios estratos, claramente diferentes por sus tipos de azagayas de materia ósea y sílex algo diferentes; en Gorge d'Enfer, encontró, superpuestos al Auriñaciense típico, unos niveles con puntas de dorso rebajado, del mismo tipo que las del mismo nivel encontradas por Lalanne en Laussel, por L. Didon en Sergeac, por Cartailhac y J. Bouyssonie en Tarté (Haute-Garonne), y por Cartailhac y por mí en Gargas (Hautes Pyrénées), etc.

Peyrony tuvo entonces la notable idea de dar a conocer la independencia de estos estratos respecto al Auriñaciense típico, idea que sin duda era exacta y a la que me adherí. Pero tuvo otras dos discutibles. La primera llamar «Perigordense» al nivel más reciente, cuando la realidad es que está repartido por casi toda Europa. La segunda, era el unir, a causa de los dorsos rebajados comunes, el nivel de Châtelperron con el de La Gravette, entonces y después siempre separados por todo el Auriñaciense. Es posible que esta analogía real no sea fortuita; pero no está en absoluto probado que, al menos en nuestro país, se encuentren yacimientos intermedios como él había supuesto, que establecerían una continuidad entre los dos conjuntos supuestamente emparentados. Había en todo ello algo absolutamente inverosímil en esta cuestión: en Francia y en otras partes de Europa no se ha hecho ningún avance en el sentido por él indicado. Otro aspecto muy discutible de su tesis era el

nombre de Perigordienne dado a este conjunto hipotético. Es evidente el hecho que tanto el nivel de Châtelperron para Francia, como el nivel del Gravetiense para toda Europa, no están localizados en la región de Périgord y donde se encuentran juntos, están siempre superpuestos al nivel del Auriñaciense típico. Otra tentativa, aún más desgraciada a mi juicio, es el haber pensado en relacionar cada una de estas industrias, Perigordienne y Auriñaciense, a un determinado tipo humano: el de Cro-Magnon al Auriñaciense típico, y el de Roc de Combe-Capelle al Perigordienne. Está establecido que el hombre de Combe-Capelle es un individuo que fue enterrado en el período Perigordienne en el estrato musteriense subyacente, revuelto al abrir la fosa. Pero, ignoro si se pueden citar otros casos de este tipo en Europa. Al contrario, la casi totalidad de los restos óseos humanos encontrados en diversos niveles de la Europa occidental, central y meridional, del Auriñaciense y del Gravetiense, son variantes locales del hombre de Cro-Magnon. Dado que ni Peyrony ni yo somos especialistas en Antropología física, pienso que somos los menos calificados para establecer una relación de raza-industria para aquellos tiempos.

Aparte de estas tres facies, debemos señalar otra que se situa entre el Auriñaciense y el Gravetiense en el yacimiento de La Gravette (Dordoña) excavado por Lacorre. La industria de este complejo está caracterizada por unas puntas en sílex de tamaño pequeño, fusiformes y con escaso retoque. En su utillaje, esta facies no guarda relación ni con el Auriñaciense subyacente ni con el Gravetiense superpuesto, de tal manera que sería posible darle otro nombre y se le habría podido llamar Couziense puesto que se encuentra en la pequeña cuenca del río Couze, pero Lacorre prefirió la denominación Bayaciense, derivada del nombre del municipio donde se halla el yacimiento. Es todavía imposible determinar cual es la extensión geográfica de esta industria. Otra forma de puntas de sílex, de largo pedúnculo, del tipo Font-Robert, se encuentra en el Périgord encima de los estratos gravetienses, pero cuando se pasa a la Charente, que no está muy alejada, parece que la situación se invierte... [Sigue una sumaria descripción de las demás culturas del Paleolítico superior y un apartado sobre su distribución geográfica].

H. BREUIL, «Notre art de l'époque du Renne. Sa répartition, sa succession, ses Musées», págs. 13-20 de Christian ZERVOS, *L'Art de l'époque du Renne en*

France (*avec une étude sur la formation de la Science Préhistorique, par Henri Breuil*), París, Cahiers d'Art, 1959. De este trabajo se han seleccionado las partes correspondientes a las colecciones del arte mueble del Musée des Antiquités Nationales (Saint-Germain-en-Laye) y otras instituciones, así como su visión de en que forma se creó la terminología que individualiza las civilizaciones del Paleolítico superior. No se han traducido las páginas finales, muy técnicas, pero se han intercalado las notas por su interés histórico.

El propio Chr. Zervos ofreció al Abate el escribir esta obra magníficamente ilustrada, lo que él rehusó. Aunque H. B. tenía 82 años en el momento de la publicación, hay que subrayar sus recuerdos –cincuenta años después– de la «batalla del Auriñaciense» (cf. infra, págs. 60-66) –de la que nos da una nueva versión– y sus opiniones sobre el Perigordense creado por su amigo D. Peyrony (infra, págs. 154-160), demostrando que en él persistía el carácter combativo y reivindicativo.

Cabe recordar que la primera catalogación que se hizo del arte mueble conocido a mediados del siglo XIX fue la de E. LARTET y H. CHRISTY, *Reliquiae Aquitanicae, being contributions to the Archaeology and Paleontology of Perigord*, Londres, Ballière, 1865-1875. Luego siguieron los grandes hallazgos de que habla el Abate.

Transcurridos cuarenta años del texto aquí parcialmente traducido, como es lógico el panorama es ahora mucho más amplio. Así, para citar un ejemplo, la gran colección de losas grabadas de La Marche ha sido estudiada en diversos trabajos y monográficamente en L. PALES y M. TASSIN DE SAINT-PEREUSE, *Les gravures de La Marche. I, Felins et ours* (Burdeos, Delmas, 1969); II, *Les humains* (París, Ophrys, 1976) y otros.

Cf., además, en el presente volumen: E. Piette (págs. 115-125); E. Cartailhac (págs. 127-129); H. Bégouën (págs. 143-151).

Cine y arte prehistórico (1960)

En una de las bellas películas dedicadas a la vida natural de los animales en la estepa norteamericana por el célebre cineasta Walt Disney, hay una que incluye un episodio bastante largo dedicado a los bisontes en libertad. La he visto con un placer especial como el único documento auténtico que conozco acerca de la vida en libertad de estos bóvidos de las llanuras de América del Norte.

Creo que estas escenas me han permitido interpretar de manera definitiva el significado de tres o cuatro figuras de bisonte del techo de

Altamira. Allí, unas protuberancias de la roca se utilizaron para representar a estos animales acurrucados sobre sí mismos, con las extremidades contraídas. Es evidente que se trata de bisontes revolcándose en el polvo del suelo, como muchos lo hacen en dicha película. Por lo demás, el conjunto de los bisontes policromos de la cueva cantábrica representa a los animales de un rebaño pastando apaciblemente en la pradera, al tiempo que varios de ellos dan vueltas por tierra con las patas contraídas. Idéntica actitud se representa en el único bisonte del mismo estilo de la no lejana cueva del Castillo (lám. LXXXIX de *Cavernes de la région cantabrique*).

De igual modo, puede examinarse la postura de los rabos de estos bóvidos, para comprobar si el cuarto trasero de un rumiante incompleto, asociado a una figura de mujer sobre un hueso grabado de Laugerie-Basse encontrado por el Abate Landesque y bautizada por él como *La femme au Renne* (Museo de Saint-Germain, Colección Piette), corresponden a un reno o a un bisonte. Las dos extremidades posteriores corresponden a un rumiante plantado. Como es sabido, el rabo del bisonte pende verticalmente y el espacio en que debería colgar se ha conservado. Aunque la parte de la grupa ha desaparecido por la pérdida de una porción del hueso decorado, tendría que verse pues —si se tratara de un bisonte—, la mitad de la cola pendiente, lo que no es el caso. La cola de este animal, en las actitudes de marcha o de carrera, se agita levantada o, en ocasiones, se apoya curvada sobre el anca. No se trata pues de un bisonte, y la denominación del Abate Landesque, aceptada por E. Piette y E. Cartailhac, está completamente justificada. Se trata de un reno y no de un bisonte.

Nota inferior a una página publicada en el *Bull. Soc. Préh. Française*, LVI, 1960, pág. 547. Cincuenta y ocho años después de haber visto y copiado por primera vez los bisontes altamirenses, ahora H. B., gracias al cine, contempla vivos a sus parientes los «búfalos» norteamericanos. En cierta manera —la cita de sus maestros Piette y Cartailhac—, es un regreso a los orígenes.

La famosa plaqueta de Laugerie-Basse fue ampliamente utilizada en las nuevas teorías interpretativas del profesor André Leroi-Gourhan (1911-1986) dadas a conocer en los años sesenta, principalmente en *Préhistoire de l'Art occidental* (París, Mazenod, 1965). Para Leroi-Gourhan el cuadrúpedo parcialmente representado es un bisonte y no un reno. La interpretación tradicional fue defendida por Henri LOTHE, «La plaquette dite de 'La Femme au Renne', de Laugerie-Basse, et son interpretation zoologique», en E. RIPOLL

PERELLÓ (ed.), *Simposio Internacional de Arte Rupestre, Barcelona 1966*, Barcelona, IPA, 1968, págs. 79-97, 10 figuras.

El Abate siempre se interesó por el cine como vehículo de divulgación científica, aunque no llegó a conocer la masiva producción de documentales de este tipo en los años recientes. Así, cabe recordar su temprana nota «Conférence au cinéma Récamier faite avant la projection du film "Art paléolithique dans les grottes des Pyrénées et de la Dordogne"», *Bull. Soc. Préh. Française*, XXVII, 1930, pág. 197.

En la primavera de 1954, H. B. estuvo unos días en Barcelona. Una mañana dedicamos casi una hora viendo los búfalos americanos del zoo de la ciudad. Aunque el medio no era el apropiado, varios de ellos se revolcaban por el suelo. El Abate dibujaba algunos croquis en su libreta de notas y habló de Altamira.

Cf. infra: la capacidad artística (págs. 46-47); Altamira (págs. 53-56); lecciones técnicas de Altamira (págs. 56-58); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

«Testamento levantino» de Wartenstein (1960)

Las rocas pintadas leptolíticas de la España oriental. Desde los comienzos del Auriñaciense-Perigordense, la fauna cantábrica conservó su aspecto templado. El rinoceronte de Merck e incluso los elefantes antiguos desaparecieron entonces definitivamente. Algunos renos llegaron en este momento hasta estas regiones. Los moluscos marinos árticos se desarrollaron en las costas (*Chlamis islandica*), alcanzando la litorina unas grandes dimensiones. Anteriormente se podían franquear los pasos de la cordillera cantábrica, abiertos hacia el sur en las migraciones a la Meseta, llegando hasta Castilla la Vieja central y oriental, y hasta Andalucía. Los caminos estrechos de las orillas del Mediterráneo siempre fueron practicables para los movimientos de los pueblos solutreo-magdalenenses, cuyas industrias se infiltraron principalmente a lo largo del litoral catalán, de Valencia, Alicante y Almería, entrando en Andalucía. Lo mismo ocurría en Portugal.

La cueva de Los Casares (Guadalajara) atestigua el avance del arte auriñaco-gravetiense hasta dicha provincia, conservando un estilo aquitano-cantábrico. Los toros, con cuernos en perspectiva torcida, son numerosos, están representados el rinoceronte y el león, así como unas

extrañas figuras humanas, también grabadas, que son más abundantes en este lugar que en todos los demás conjuntos contemporáneos.

A trescientos kilómetros más al este se encuentran otros toros, realizados según los mismos principios gráficos, pero pintados, en diferentes momentos, en colores variados. Se hallan en los abrigos bajo roca de las dos vertientes de la Sierra de Albarracín (Teruel), mezclados únicamente con algunas figuras humanas, raras en los Toricos de Albarracín y más numerosas y más variadas en Tormón.

Desde el Ebro hasta la provincia de Almería, a todo lo largo de las serranía costeras que bordean la parte oriental de La Meseta, un arte rupestre al aire libre se despliega bajo los abrigos rocosos, evitando cuidadosamente las cavernas oscuras. Es el arte de la España oriental, contemporáneo, por lo menos, de todo lo que, en el Leptolítico de la región clásica, es posterior al Auriñaciense típico. Se conocen actualmente una cincuentena de lugares, de importancia desigual, que se incluyen en esta provincia artística: los más importantes fueron descubiertos en Cogul (Lérida), Cretas [Calapatà], Val del Charco del Agua Amarga, Albarracín, Tormón (Teruel), Morella la Vella, Barranco de la Valltorta, La Gasulla (Castellón), La Araña (Valencia), Alpera, Minateda (Albacete), y Cantos de la Visera (Murcia). Se cuentan cuatro en Cataluña, diez en la provincia de Teruel, dos en la de Tarragona, dos o tres en la de Cuenca, dos en el extremo oriental de Sierra Morena (Aldeaquemada) y dos en cada una de las provincias de Murcia, Almería y Valencia.

Bajo el clima mediterráneo, infinitamente más templado que el de la región aquitano-cantábrica, vivieron unas tribus, igualmente leptolíticas, gravetienses, solutrenses y magdalenenses. Separadas de su país de origen por vastos espacios de tierras altas y por la cordillera de los Pirineos, desarrollaron un arte original, siguiendo una concepción diferente y emparentada al mismo tiempo.

Parentesco: si se consideran aisladamente, las figuras animales, ciervos y toros presentan las mismas convenciones artísticas de la perspectiva torcida que en el Perigordense, pero no las del Magdaleniense. Tienen la misma silueta elegante, la misma soltura e idéntica precisión en sus contornos. Los ciervos de Lascaux y del bloque de Sergeac (Dordoña), tanto como los de La Pasiega (Santander), parecen como si hubieran sido pintados en la España oriental. Con pequeña diferencia en su escala, ocurre lo mismo con los toros y las vacas. Pero la fauna es diferen-



Retrato de H. Breuil al carbón, hecho por el pintor J. B. Porcar durante el Simposio de Wartenstein (Austria), el 2 de agosto de 1960 (Col. Sergio Ripoll).

te, como impone la latitud: dos bisontes en Cogul, uno de ellos mal conservado, y el otro, joven, no ofrece dudas; los équidos ([nota 1:] En su mayoría parecen corresponder al caballo sin crines y cabeza grande, el *Equus hydruntinus*, identificado también en la cueva siciliana de Levanzo –en un islote de la costa de Palermo–, actualmente extinguido), poco abundantes, son con frecuencia diferentes de los del norte; bastantes alces, uno en Alpera, al menos dos en Minateda y tres en La

Gasulla; bastantes jabalíes y una gran cantidad de machos cabríos, con cuernos de perfil; algunos pájaros y raros conejos, abundantes estos en los yacimientos paleolíticos de estos territorios. El tamaño de las figuras es pequeño, en ocasiones minúsculo, y sólo en casos excepcionales alcanza el de los dibujos de pequeñas dimensiones de las cavernas nórdicas. Algunos, sin embargo, en Le Portel y en Mas d'Azil (Ariège) y en Lascaux (Dordoña), han dado tal tipo de imágenes, tan reducidas en sus proporciones como sus hermanas del Levante español. En él se encuentran asimismo representaciones de insectos, abejas, arañas, moscas (?), realizadas toscamente.

Entre las representaciones más notables de este arte, hay que recordar las siguientes:

—un jabalí herido, pero corriendo, de Val del Charco del Agua Amarga, velozmente perseguido a grandes zancadas por el cazador;

—otro cazador de Tormón que avanza hacia el cervato que ha derribado;

—un arquero de La Tortosilla, dirigiéndose con calma hacia un rebecco (?) echado, sin duda herido de muerte;

—la banda de jabalíes de La Gasulla, sorprendida por un grupo de cazadores que los acorralan con sus flechas, unos huyendo a todo correr y otros rodando por el suelo, atravesados por los proyectiles;

—una pequeña manada de cuatro ciervas y un ciervo, un cervato y dos cervatillos, empujada por una banda de ojeadores hacia una línea de arqueros emboscados, en La Valltorta. La disposición de la escena atestigua un notable ensayo de composición: la manada pasa de derecha a izquierda sobre el frente de cuatro cazadores escalonados en altura; el primero, arriba, expresa con gestos que ha agotado su provisión de flechas, el segundo dispara la última que le queda, el tercero está en plena acción y el cuarto empieza solo a lanzar sus dardos;

—en Alpera, una hilera de machos cabríos huye hacia la derecha, acosada por una manada de lobos que la flanquean por los dos lados y por detrás;

—más excepcional es la recolección de la miel, en La Araña: el colector está subido a la parte superior de una escalera de cuerda de tres ramas, cuya base es sostenida por un compañero; ha alcanzado el agujero (una abertura natural de la roca) que representa la colmena y va sacando los panales que coloca en un cesto, mostrándolo a su auxiliar mientras las abejas se arremolinan a su alrededor.



Escena de guerra con figuras en miniatura. Del abrigo IX del Cingle de La Gasulla (Ares del Maestre, Castellón). Destaca el grupo de la parte superior izquierda (calco E. Ripoll).

Entre las escenas de la vida cotidiana, cabe destacar:

–un hombre joven de Minateda que parece cortejar a una muchacha vestida con la corta falda tradicional y una madre que, con el mismo atuendo, lleva de la mano a su hijo, desnudo;

–los dos grandes danzantes de Alpera, de perfil aquilino, con la cabeza cubierta por una cabellera emplumada, sosteniendo con una mano tres flechas con la punta hacia abajo, y con la otra el extremo de un arco tendido, con la cuerda vuelta hacia afuera.

También se representaron vívidas escenas de lucha:

–en Morella la Vella, un grupo de arqueros, de trazo muy sencillo, pero llenos de movimiento, maniobra asatándose con energía los unos contra los otros, en un espacio subcircular muy restringido;

–la gran escena de Minateda es más artística: un grupo de arqueros, de cuerpos estriados y muy airosos, armados con arcos de triple curva, se precipita con rapidez sobre otro grupo desarmado, acribillándolo con sus disparos.

La gran diferencia entre este arte y el francocantábrico está en la enorme abundancia de la representación humana anecdótica y en la multiplicidad de escenas con figuras más o menos numerosas: de caza, de guerra o de vida social y familiar.

En el arte franco-cantábrico, en efecto, las imágenes están muy raramente reunidas en escenas. En el arte parietal gravetiense de Lascaux, la escena de estilo semiesquemático del hombre muerto, entre un bisonte y un rinoceronte, es la más notable. Igual ocurre, en el arte magdalenense, con otros ejemplos excepcionales: el oso levantado que derriba a un hombre, con un compañero que quiere ayudarle, grabados sobre la plaqueta de Péchialet (Dordoña); el cazador de bisonte de Laugerie-Basse (Magdalenense IV); o las procesiones de Raymondén y del Chateau de Les Eyzies (Magdalenense VI).

Las diferencias son notables. El uso de la máscara ceremonial, frecuente en el mundo franco-cantábrico, es raro o inseguro en el Levante. Entre ambos grupos se constata una oposición total en la concepción de la figura humana. Pesadas o esquemáticas en el arte aquitano-cantábrico, en el Levante las figuras humanas, a pesar de su imperfección, están llenas de vida y en ocasiones desbordantes de movimiento. La reproducción de este movimiento puede alcanzar en su dibujo una especie de expresionismo, por lo general respetuoso con la realidad de las formas, a pesar de su apariencia estilizada, siempre al servicio de la acción y deslizándose en más de una ocasión al esquematismo de ciertas partes, cuando no están aplicadas a una actividad que interesa al artista. El torso es lineal, achicado, y los brazos simplificados.

Otra diferencia profunda: el arte aquitano-cantábrico jamás representó un vestido, un arma o un adorno. Por el contrario, en el arte del Levante, las mujeres van vestidas con faldas cortas, mientras que los hombres, por lo general desnudos, llevan a veces una especie de «delantal» o unos calzones ([nota 2:] Como un ancho pantalón corto que el cazador usa para moverse entre las zarzas y los matorrales) [al que los prehistoriadores españoles han dado en llamar «zaragüelles» por su analogía con los que vestían hasta hace poco los campesinos en las zonas mediterráneas]. Con frecuencia van adornados con plumas, dispuestas o no en penachos y jarreteras. Llevan arcos, flechas y aljabas, raramente lanzas, mientras que en Aquitania sólo se representaron el venablo y el propulsor.



Escena de recolección de la miel, con las abejas volando alrededor del personaje, de la Cueva de la Araña (Bicorp, Valencia) (según E. Hernández-Pacheco y F. Benítez).

Que las pinturas de la España oriental sean de edad paleolítica queda bien establecido por el género de vida representado en sus conjuntos: son gentes cazadoras que no conocen en absoluto los animales domésticos. Asimismo lo son por la presencia en sus frisos del alce, el bisonte y el rinoceronte. También lo son por el descubrimiento del yacimiento paleolítico de El Parpalló (Valencia) con sus tres niveles, gravetiense, solutrense y magdalenense (que no rebasa la fase IV), y la gran cantidad de plaquetas, algunas grabadas con ciervos de astas en perspectiva torcida, parecidos a los de los abrigos al aire libre. Allí se descubrieron asimismo plaquetas pintadas que también conoció el Magdalenense francés. Sobre ellas se representaron unos animales que igualmente podrían encontrarse en las pinturas parietales al aire libre.

Queda por investigar el origen de este arte levantino. Desde mucho tiempo estas regiones conocieron probablemente el arte casi puramente geométrico de otras tierras mediterráneas –Capsiense de África, Grimaldiense del norte y del sur de Italia–, cuyos sílex y ciertas obras de arte

llevan la huella de las estaciones del Gard y que se encuentran en El Parpalló (grabados y pinturas). En Minateda, la más antigua capa pictórica oscila entre el esquematismo y un débil e incipiente naturalismo. Luego, una corriente naturalista, llegada a estos territorios a través de las dos Castillas (por la caverna de los Casares) o a lo largo del litoral mediterráneo, pasa a predominar, aportando su imaginería animal del período gravetiense, que permanece como fondo de este arte provincial hasta su decadencia.

¿Hay que reconocer, acaso, en estas figuras humanas, tan llenas de gracia y movimiento, un desarrollo espontáneo, debido a la iniciativa de aquellos intrépidos cazadores que esculpieron Laussel, pintaron Lascaux y grabaron Los Casares? ¿No cabría que existiera otra influencia?

A pesar de la enorme distancia que las separa, un aire de parentesco indiscutible relaciona las pinturas de los cazadores saharianos y sudafricanos con los frisos de los cazadores del Levante. Se plantea entonces otro interrogante: ¿influencia africana en Europa, o influencia levantina en África, o acaso convergencia? Son otras tantas cuestiones que no se pueden resolver, pero que hay que plantear.

Una cierta complejidad se manifiesta en el estudio de la evolución de este arte rupestre del Levante español. Los colores utilizados por los artistas son los negros, pardos, rojos, las diversas tonalidades del ocre, del amarillo oscuro al sepia, y pasando por el color heces-de-vino y el bermellón; excepcionalmente se usó el blanco. Es la misma paleta que la de nuestras cuevas francesas. Un trazo grabado, muy fino, preparó en ocasiones la silueta. Por lo general, el color se incorporó a la roca, penetrando sin duda por imbibición capilar de la materia grasa mezclada con el color. Sin embargo, si fue aplicado sobre una roca especialmente impermeable (capa estalagmítica o superficie bituminosa natural), la materia colorante no penetró. Puede ocurrir entonces (Lavaderos del Tello, Almería) que haya quedado entre dos capas calcíicas, de las que es posible desprender la más reciente para hacerla aparecer. Si se mojan estas pinturas para reavivar sus contornos, hay que tomar ciertas precauciones pues cuando estos colores no están fijados se desprenden con extrema facilidad, en especial el negro ([nota:] 3. La práctica de mojar las pinturas, aunque necesaria, presenta serios inconvenientes, no porque destruya las figuras, sino por el hecho de que el agua de que se dispone en muchos de estos lugares es muy calcárea. Dicha ope-

ración reiterada con frecuencia vela las figuras con una capa de depósito que acaba por enmascararlas [este es el caso del friso de Minateda]. Un lavado con agua pura, ligeramente acidulada, les devolvería su antiguo color. En Lavaderos del Tello, un ligero contorno negro se borró por completo en el primer lavado. Sin duda no se habría conservado sin esa protección caliza).

Otra dificultad se encuentra en la manía de la restauración, ya conocida en Lascaux, de los pintores de estos frescos. Esto hace que muchas veces se convierta en incierta la verdadera sucesión de las técnicas e incluso complica la interpretación de las figuras. Una representación de alce de la Cueva del Queso, en Alpera, ha sido realizada a partir de un macho cabrío borrado. Unos toros de la Cueva de la Vieja, en la misma zona, ocuparon el lugar de ciervos y fueron asimismo restaurados como tales por añadidos ramiformes a sus astas. La escena de danza del pequeño sátiro de Cogul es el resultado de adiciones sucesivas: dos de las nueve damas son más antiguas, habiéndoles añadido otras análogas a continuación, luego se pintaron las últimas mujeres, y sólo en época muy tardía se colocó el pequeño sátiro en el centro de la escena. Este es, por tanto, obra del último artista, que con seguridad no conoció a sus predecesores.

Numerosas rocas pintadas del Levante presentan superposiciones en sus pinturas, diferentes matices y colores que pertenecen de forma evidente a diversos estadios del desarrollo de estas manifestaciones. El abrigo más característico desde este punto de vista es el gran friso de Minateda (Albacete), donde unas trece capas aproximadamente fueron reconocidas por H. Breuil. Esto no significa que sólo haya habido trece fases durante el período que nos interesa, pues algunas que existen en otros frescos no están representadas en Minateda.

Una primera serie está caracterizada por figuras muy pequeñas, en rojo pálido, con frecuencia humanas —de estas unas sesenta, frente a sólo una veintena de animales. El dibujo muy simple oscila entre el esquema puro y un comienzo de realismo muy vivo. Los animales reconocibles son un ciervo, un caballo, una liebre y una cigüeña. Entre las representaciones humanas predomina el sexo masculino. Los arqueros son numerosos, provistos de arcos pequeños, por lo general de una sola curva. Las flechas son muy elementales. Muchos de estos arqueros sostienen, además, un objeto curvado, acaso un bumerang. Con frecuen-

cia aparecen agrupados, y tan sólo una escena parece representar una justa o un combate.

La segunda, poco abundante, está formada por figuras bastante grandes, dibujadas con anchos trazos rojos, o rellenas en toda su superficie. Un ciervo de la primera técnica ya presenta todos los caracteres generales de estas siluetas. Hay que anotar tres rinocerontes, uno de ellos absolutamente seguro. Entre las raras siluetas humanas, bastante completas, se distinguen una mujer vestida y un hombre itifálico.

La tercera serie, con muy pequeñas figuras negras, presenta once hombres y catorce animales. Estos son cinco cápridos, un caballo, una cierva y dos ciervos. Entre las imágenes humanas únicamente se puede identificar una mujer desnuda, de grandes nalgas, pequeñas trenzas de cabello y un gran arco. Un hombre sostiene un arco sinuoso, muy grande. Hay otros dos arcos pequeños, uno de ellos es sostenido al revés de la posición de tiro por un arquero con la cabeza coronada de plumas y llevando una aljaba; otro, con un gorro de cortos cuernos, luce jarreteras en ambas piernas.

Los dibujos de la cuarta serie están formados por una línea fina, de color rojo, con algunos rellenos y perfilados, así como parcialmente cubiertos de trazos. Hay una sola representación femenina y cuatro grandes animales, un caballo con las crines levantadas y tres ciervos. Uno de ellos, muy bello, con una magnífica cornamenta en perspectiva torcida, tiene un gran parecido con los animales gravetienses de la costa cantábrica (La Pasiega).

La quinta serie sólo tiene muy pequeñas representaciones de trazo fino y color negro, en ocasiones con relleno de líneas en el cuerpo de los animales. Hay cinco figuras humanas y sólo una completa; tres son arqueros con arco simple y dos tienen la cabeza en forma de seta. Los zoomorfos son relativamente numerosos —veintiocho— y se reconocen dos machos cabríos, un jabalí, tres caballos, dos ciervas y un lobo.

Las de la sexta serie son de mayor tamaño, de color pardo bastante oscuro, por lo general de trazo fino e interior de líneas a lo largo o a través, pero también las hay por entero rellenas de color. Los animales son menos numerosos que los seres humanos; tan sólo trece: tres cápridos, uno muy hermoso, dos caballos, un toro y siete ciervos con los cuernos vistos en perspectiva torcida. De las veintitres representaciones humanas, destacan dos hombres de gran tamaño y los restos de otros dos. La



Abrigo de Minateda (Agramón, Albacete), estudiado por H. Breuil en 1915 (Col. E. Ripoll, 1962, antes de ser colocada la reja que debería protegerlo).

parte de arriba del cuerpo de los primeros es esquemática, con los brazos en forma de asa y ambos con jarreteras. Uno tiene la cabeza adornada con dos pequeños cuernos y blande un arco diminuto. Los demás son los actores de una gran escena de combate, en la que unos arqueos foráneos, con el cuerpo estriado y grandes arcos sinuosos ([nota:] 4. Este tipo de arco, que existe en Alpera y otras partes, atestigua un contacto con los neolíticos del norte de África, quizás ya instalados al final del Cuaternario), atacan a otro grupo desarmado, con una mujer desnuda, acribillada de flechas.

Las figuras de la séptima serie están pintadas en color rojo parduzco, de línea más gruesa y rellenas de trazos más bastos, en ocasiones de color unido. Los animales dominan, diecinueve en número, entre ellos nueve capridos, cinco ciervos y un toro, netamente menos artísticos aunque elegantes como lo atestigua la cornamenta de los ciervos, muy convencional. Hay sólo siete personajes representados: cinco mujeres con

su falda, un único arquero y un muchacho que corteja a una joven. Los dos hombres llevan a la espalda un paquete indeterminado.

En la octava serie, casi todo son animales: seis ciervos, una cierva, un alce, un gamo, quizá la cabeza de un reno, cuatro toros, dos de ellos con las astas vistas de frente, un caballo pastando, siete caprinos, acaso un rebeco, un felino y una grulla. Las figuras humanas, de un estilo pesado, incluyen tres mujeres vestidas y una desnuda, así como cuatro hombres, tres de ellos arqueros, uno de fuertes espaldas con doble jarratera ornamental y pequeño arco sencillo. Aparecen diversos elementos esquemáticos. El arte realista está en decadencia.

La novena serie, polícroma, es algo insegura como consecuencia de las numerosas restauraciones de diversas edades, aunque segura en otros lugares, en Albarracín por ejemplo. Sólo incluye siete animales: un caprino, un ciervo, un alce seguro, dos toros, un posible saiga y un pez.

Las pinturas, en negro parduzco unidos o con anchas manchas y trazos, de la serie décima, probablemente hay que desdoblarlas. Se representaron en ella once animales, cuatro de ellos de buen tamaño: una gran vaca y tres équidos sin crines ([nota:] 5. *Equus hydruntinus*, conocido grabado en Sicilia y fósil en otras partes), y siete pequeños, entre ellos cuatro ciervos y un toro. Son todos de un arte inferior. Los personajes son siete: un arquero de cabeza puntiaguda con un arco, una mujer desnuda y otra vestida que pasea a un niño desnudo cogido de la mano, una de las escenas más emotivas de este arte.

En las figuritas de tinta plana unida, de la undécima serie, dominan los animales, pero de una calidad tan mala que su determinación es insegura. Con todo, se pueden reconocer un lobo o zorro, dos cápridos, cuatro ciervas, una acostada, al igual que un cervato, ambos sin representación de las patas, un ciervo con gran cornamenta convencional y cuatro o cinco ciervos que han perdido sus cuernos o que no los tienen desarrollados. Las figuras humanas son bastante buenas, contando con un arquero con un gran arco. Una de las imágenes es lineal. En ella hay extrañas representaciones como un hermafrodita sin cabeza y pies de rana, así como un personaje acéfalo, que parece viste un pantalón.

Las figuras, rojas o pardo-negruczas, de la serie duodécima son de mala calidad y los animales casi indescifrables. Presenta dos figuras compuestas con elementos animales y humanos y un hombre grueso, itifálico de un arte semiesquemático.



Cévido de la Cueva Remigia (La Gasulla, Ares del Maestre, Castellón), interpretado a veces como representación de un alce (calco E. Ripoll).

La serie decimotercera no contiene más que figuras negras, exclusivamente esquemáticas, representando personajes de pie o sentados, vistos de frente, completamente fuera del arte naturalista oriental paleolítico y en relación segura con las pinturas neoneolíticas de la Península.

Es cierto que el análisis único de la roca de Minateda no es suficiente para agotar el estudio de los diversos estadios de este arte rupestre de la España oriental. En efecto, en Minateda faltan varias etapas. Así, en este magnífico conjunto no se encuentran los hermosos ciervos, profundamente realistas, en rojo bastante claro, de los abrigos de Calapatà,

Cogul o Tormón, cuyos vestigios semiborrados reaparecen en Alpera bajo frescos análogos a las series cuatro y siete de Minateda.

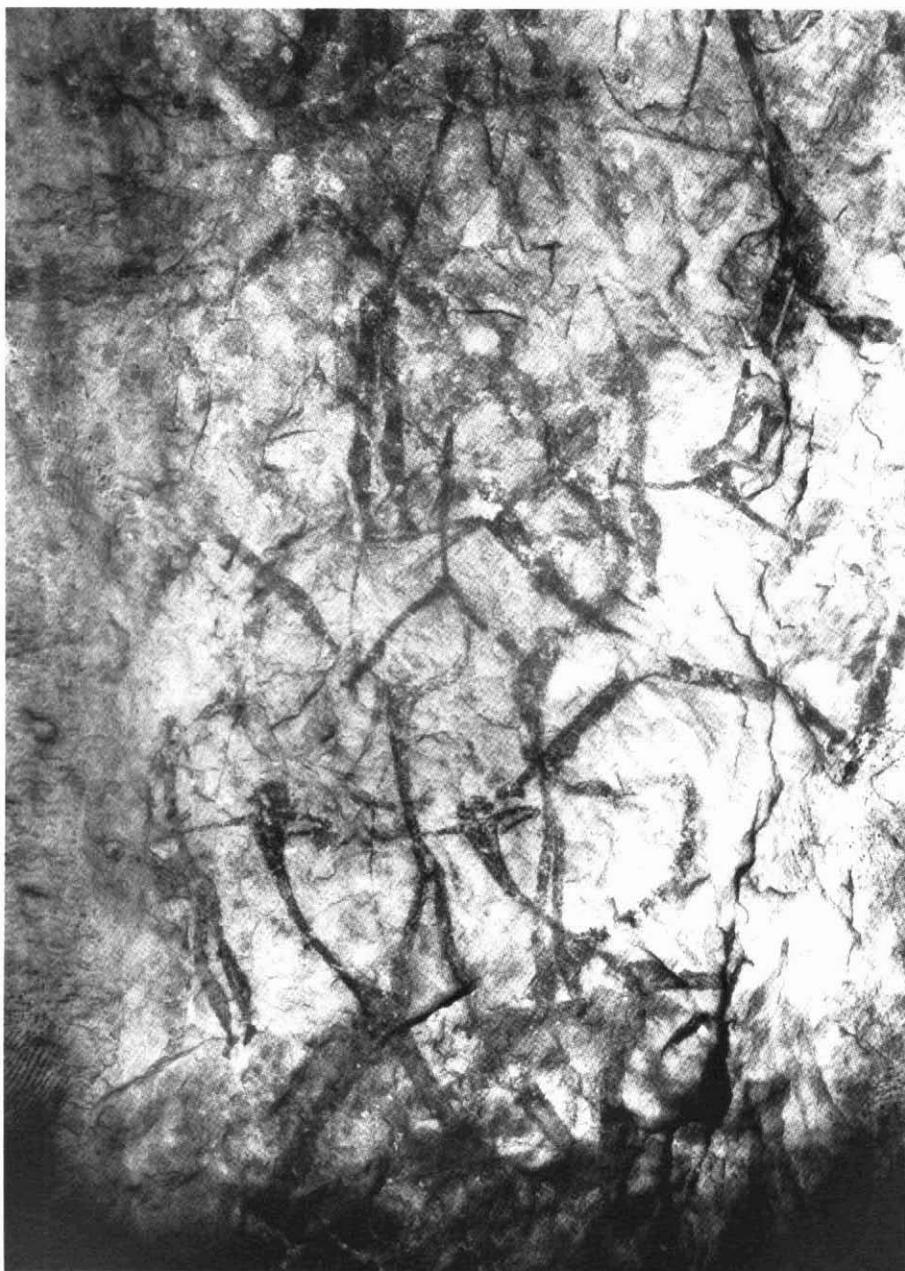
El estudio de las figuras humanas, tan diversas y complicadas, del Barranco de la Valltorta, ha hecho conocer numerosos detalles de estilo, vestimenta y armamento, que no se encuentran en Minateda, aunque las representaciones están emparentadas con las series séptima y octava. Lo propio ocurre con las figuras blancas, o blanco-rosadas, perfiladas en color o no, de Albarracín o de Tormón, debidas acaso a la necesidad de utilizar tintas claras en la realización de figuras sobre la roca oscura de algunos de estos abrigos.

Además, no se encuentran en Minateda, las escenas en que la caza es perseguida por el cazador, con el camino señalado (Valltorta, La Gasulla, La Araña), que corresponden a una fecha relativamente tardía en la evolución de este arte y que al menos habría que colocar en un momento tan reciente como la serie duodécima.

En Cantos de la Visera (Murcia), los estadios de degeneración del arte naturalista en arte semi-realista, luego en semi-esquemático y por último esquemático, se extienden sobre varias fases, sin duda más o menos cercanas a las tres últimas series de Minateda.

Si la mayoría de estos estadios se vincula sin dificultad al Leptolítico, a partir del Auriñaco-gravetiense de origen, se puede admitir que, en sus fases de degeneración, este arte pasa al Mesolítico y llega a darse la mano con el arte esquemático posterior, primero mesolítico y después neoneolítico.

Cabe preguntarse si todas estas pinturas representan sólo a los autóctonos. Esto es incierto. En la escena de guerra de Minateda aparecen hombres grandes, bien plantados, abigarrados con trazos de relleno, manejando grandes arcos de triple curva, llamados reflejos, que los especialistas declaran ser de tipo asiático ([nota:] 6. El arco de tres curvas, llamado «asiático» por los etnógrafos, ¿lo es realmente?, o ¿acaso no puede ser de origen occidental puesto que sus más antiguas representaciones son las del Levante español? Esta es una pregunta que fue hecha a H. Breuil por el Barón A. C. Blanc. La realidad es que este tipo de arco está ampliamente representado en África al norte de la Gran Selva, en particular en las rocas pintadas de Libia. De allí, bajó a los grandes lagos africanos, para extenderse en los frescos de Rhodesia y del Sudoeste Africano, pero no tocando hasta momentos muy avan-



Parte central del friso de la Cova del Civil (La Valltorta, Castellón).

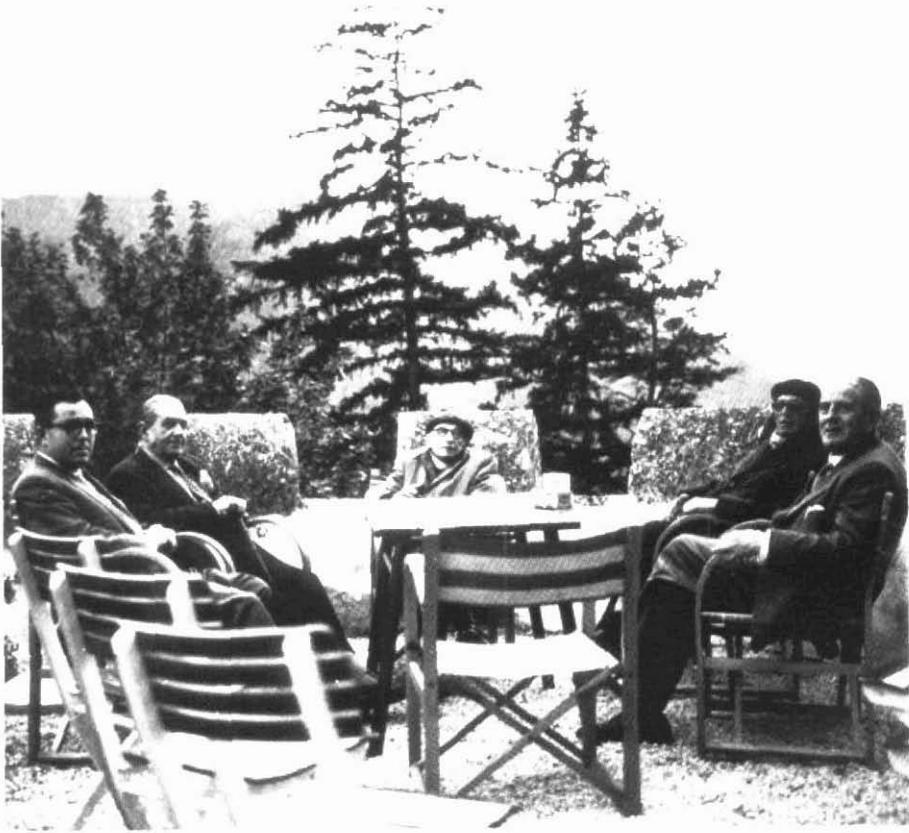
zados la parte centro-oriental –Drakensberg, Basutolandia y Orange oriental–).

La roca de Minateda precede al despertar de un arte nuevo por la presencia del esquema, asistiendo, en estos frisos, al bastardeo progresivo del arte realista. Los animales están trazados con el mínimo de líneas, caligrafiados si puede decirse, según unos modelos convenidos y no reavivados por el examen de la forma viviente. El dibujo de la figura humana deja de ser realista, vuelve a ser más o menos esquemático, y los animales, a su vez, siguen esta tendencia. Hay entonces un deslizamiento hacia un mundo nuevo de pastores y agricultores, a los que las formas artísticas han dejado de interesar. Los límites del Leptolítico, y probablemente los del Mesolítico, han quedado atrás y unos intrusos han llegado de Asia para colonizar un Occidente deseado para beneficiarse de sus tierras.

Las excavaciones de L. Pericot en la cueva de El Parpalló (Valencia) dieron lugar al descubrimiento de numerosos grabados y algunas pinturas naturalistas sobre losas y plaquetas, recogidos en todos los niveles desde el Gravetiense hasta el Solutrense y el Magdaleniense antiguo y medio de la cueva. Esto atestigua con seguridad un parentesco con las rocas pintadas de la región, aunque, hasta ahora, estos materiales del arte mueble no hayan dado figuras humanas. Diferencias de temas representados existen igualmente en el arte franco-cantábrico en el que, por ejemplo, los peces, numerosos en el arte mueble, faltan casi por completo en el arte parietal. A la inversa, las muy abundantes figuras humanas realistas del Magdaleniense III de La Marche no tienen representaciones análogas en el arte parietal contemporáneo.

Por otra parte, el descubrimiento, en las excavaciones del mismo prehistoriador en La Cocina (Valencia), en la base de los estratos con microlitos, de losas pintadas con figuras muy borrosas, posiblemente animales, confirma la persistencia de este arte hasta dicha época, pero no permite de ningún modo atribuirlo en cualquiera de sus aspectos a tiempos neolíticos, o incluso más recientes. Relacionar el arte naturalista con esta civilización neolítica que lo ignora de forma tan absoluta, constituye una verdadera aberración.

La presencia bastante constante al pie de los abrigos pintados del Levante de menudos sílex microlíticos, y en ocasiones de esporádicos objetos más recientes, ha dado lugar a especulaciones tendentes a re-



En el patio del castillo de Wartenstein (Austria) durante el simposio organizado por la Wenner-Gren Foundation (agosto de 1960). De derecha a izquierda: P. Bosch Gimpera, J. B. Porcar, H. Breuil, R. Lantier y E. Ripoll (foto F. Mori).

bajar su fecha en bloque hasta el Mesolítico e incluso más tarde. Según diversos autores españoles, los pintores de las rocas del Levante que realizaron estas pinturas, serían mesolíticos y no contemporáneos del arte franco-cantábrico, habiendo proseguido su género de vida en el Neolítico y acaso hasta más tarde: de este modo habrían pervivido en los macizos montañosos del borde oriental de la Meseta española. Desde el principio, H. Breuil escribió que las últimas fases de Mínededa podrían ser contemporáneas del Neolítico, precisamente por su carácter declinante. Había admitido también un fondo esquemático primitivo en relación con

el arte de las poblaciones franco-cantábricas de un estadio gravetiense evolucionado. Como por todas partes, parece que esta colonización gravetiense haya sido, en la periferia del mundo solútreo-magdalenense, en los orígenes de las civilizaciones microlíticas postpaleolíticas locales, pero aparte de las evidencias faunísticas y geológicas que se poseen en Italia, es imposible decir, para España y más allá, donde acaba el Leptolítico epigravetiense y el Mesolítico que de él deriva y precede en parte al de Francia. Tales datos faltan en España (salvo los alces señalados en las pinturas), incluso en El Parpalló, sin embargo admitido como completamente leptolítico y que, con La Cocina, es el único yacimiento con fauna conocida y con plaquetas pintadas y grabadas.

La teoría de los autores españoles es pues la hipotética prolongación de las condiciones anteriores en las montañas orientales de La Meseta. Pero basta con consultar un mapa para constatar que Cogul, Cretas [Calapatà], Val del Charco del Agua Amarga, Alpera, Minateda, La Visera, etc., se hallan en la linde de las llanuras, junto a caminos que llevan desde las tierras altas a las zonas costeras, de manera que no se trata en absoluto de gentes refugiadas en las montañas, como es posible que sea el caso del valle occidental de Las Batuecas, en un rincón perdido de la Sierra de Francia ([nota:] 7. Los partidarios de rebajar a cualquier precio la fecha del arte oriental han hablado de caballo doméstico, basándose en el único testimonio de la roca de Villar del Humo -Cuenca-, con pinturas decadentes, donde un hombre sujeta un caballo con una larga cuerda, que puede ser también un lazo. La pintura corresponde al arte sub-esquemático ulterior. En otros lugares se han denominado asnos ciertos animales subesquemáticos que podrían ser ciervas. Asimismo se han incluido en el arte del Levante otros frescos que de él pueden derivar, pero del que son netamente posteriores).

Completamente en la España occidental, en dicho salvaje y pintoresco valle de Las Batuecas, que recorta profundamente el flanco meridional de la Sierra de Francia, se encuentra, aún aislado, un grupo de rocas pintadas, entre las cuales la más célebre es la de «Las Cabras pintadas», que ya sospechó Lope de Vega en el siglo XVI y que menciona en el XIX el geógrafo Madoz. Allí se superponen varias capas de pequeñas pinturas seminaturalistas, representando primero machos cabríos pardos, con los cuernos vistos de frente, luego otros, rojos, negros, blancos, con los cuernos vistos de perfil que se asocian con figuras completa-

mente esquemáticas de perros, ciervos y arqueros y con gran número de puntuaciones y barras. Por último llega el esquema puro, simple, pobre en motivos. Igual como seguirá ocurriendo en las rocas situadas al norte del Tajo (Sierra de Estrella, Sepúlveda, cuevas cantábricas).

La capa más antigua de algunas otras rocas de la región de Cabeza de Buey (Badajoz), compuesta por minúsculas figuras de esquemas humanos y de algunos signos geométricos curvilíneos, finamente trazados, puede remontarse al Mesolítico, al igual que los diminutos ciervos y cápridos de algunas otras de la provincia de Almería. Es el mismo caso de los conejos y de los perros esquemáticos de la Cueva Negra de Meca (Albacete), al pie de la cual ha sido encontrada una industria tardenoisiense, y que se superponen a restos de figuras naturalistas.

Pero, otra fuente de arte esquemático, muy fecunda, viene a mezclarse y a superponerse al elemento indígena: la influencia neolítica, llegada del Mediterráneo oriental, acaso con un origen mucho más lejano, el Asia oriental y siberiana. De ello no tenemos que tratar aquí.

La última reunión científica a la que asistió el Abate fue el simposio del castillo de Wartenstein (Austria) organizado por la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, de Nueva York (27 de julio a 3 de agosto de 1961). Fue presidido por el profesor Luis Pericot García, participando una quincena de investigadores especialistas en arte prehistórico: M. Almagro Basch, H.-G. Bandi, J. Blanchard, P. Bosch Gimpera, H. Breuil, F. Jordá Cerdá, R. Lantier, H. Lhote, F. Mori, L. Pericot, J. B. Porcar, E. Ripoll y H. Schulz. Enviaron sus contribuciones A. C. Blanc —fallecido poco antes de la reunión—, P. Graziosi y S. Donadoni. El antropólogo Paul Fejos (1897-1963) era el director de la Wenner-Gren Foundation y estuvo presente en el simposio: J. W. DODDS, *The several Lives of Paul Fejos. A Hungarian-American Odyssey* (Nueva York, W-GF, 1973).

La recopilación de los textos definitivos y su edición, labor de la que nos ocupamos, se prolongó un cierto tiempo y H. B. ya había fallecido cuando apareció el vol. 39 de las Viking Fund Publications in Anthropology: L. PERICOT GARCÍA y E. RIPOLL PERELLÓ (eds.), *Prehistoric Art of the Western Mediterranean and the Sahara*, Nueva York (Barcelona), Wenner-Gren Foundation, 1964, XIV + 262 págs., con figuras.

Durante los trabajos de impresión de dicho volumen, la Wenner-Gren Foundation recibió un escrito conminatorio del editor Arnold Fawcus prohibiendo la publicación del texto de H. B. en virtud de unos derechos que decía tener sobre la obra científica del maestro. Como protesta tangible deci-

dimos saltar las págs. 132-144 de dicha publicación, señalando la ausencia de aquel texto que había suscitado un animado debate tanto en las sesiones como en los intermedios del simposio. Tras aquel hecho lamentable y transcurridos 25 años del fallecimiento del Abate, nos decidimos a dar a conocer el original en francés de este texto fundamental que ahora hemos traducido: H. BREUIL, «Les roches peintes leptolithiques de l'Espagne orientale», *Ars Praehistorica*, V-VI, 1986-1987, págs. 21-30, con figuras. Le antepusimos una breve presentación: E. RIPOLL PERELLÓ, «A los veinticinco años de la muerte del Abate Henri Breuil», págs. 13-19 del mismo volumen.

En los días del simposio de Wartenstein, H. B. habló largamente de las más diversas cuestiones de arte prehistórico, las etapas de cuyo conocimiento coincidían con su propia vida. Pero sólo deseaba que se publicara el artículo que aquí presentamos: el tema de la cronología del arte rupestre naturalista de la España oriental, que él, desde 1908, creyó que era una variante del gran arte paleolítico de las cavernas. Durante muchos años H. B. y H. Obermaier, con algunos de sus discípulos y amigos, se enfrentaron con la teoría de la edad postpaleolítica del mismo que defendían algunos investigadores españoles. Eran ideas cuya sistematización inició E. HERNÁNDEZ-PACHECO, *Las pinturas prehistóricas de las Cuevas de la Araña (Valencia). Evolución del arte rupestre en España* (Madrid, CIPP, 1924) y luego amplió con sólida argumentación M. ALMAGRO BASCH, *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)* (Lérida, IEI, 1952).

En Wartenstein estuvieron presentes las dos tendencias: en favor de una edad paleolítica (P. Bosch Gimpera, J. B. Porcar y R. Lantier), postpaleolítica (M. Almagro, E. Ripoll y F. Jordá), e incluso una intermedia o matizada (L. Pericot). Ya antes de que tuviera lugar el simposio se trató del tema en conversaciones en París y por correspondencia (cf. el apéndice de *Prehistoric Art of the Western ...*, citado, págs. 255-262 y los «proceedings» del mismo volumen, págs. VII-XII; una carta la tradujimos en RIPOLL, *Breuil*, págs. 169-172). En vista de la disparidad de opiniones, propusimos que cinco de los presentes fijáramos gráficamente nuestra posición sobre la cronología del arte levantino, su posible entronque inicial con el arte paleolítico y su relación final con el arte esquemático. Se trata de un cuadro que se ha publicado en varias ocasiones y que también reproducimos aquí, conscientes de que tiene cuarenta años de antigüedad.

En este texto se aducen con frecuencia los nombres del Parpalló y de Minateda. Sobre la cueva de Gandía, cabe recordar que fue H. B. el primero en señalarla como yacimiento paleolítico (1913) y que incluso tuvo la intención de excavarla. La monografía básica es el libro de L. PERICOT, *La cueva del Parpalló (Gandía)* (Madrid, CSIC, 1942). Su arte ha sido estudiado en los últimos años por V. VILLAVERDE BONILLA, *Arte paleolítico de la Cova del Parpalló. Estudio de la colección de plaquetas y cantos grabados y pintados* (Valencia, SIP, 1994, 2 vols.).

	BREUIL	PERICOT	ALMAGRO	RIPOLL	JORDA
AURIGNACIAN					
GRAVETTIAN					
SOLUTRIAN		?			
EPIGRAVET. IN EAST SPAIN MAGDALENIAN	MINATEDA 8-9	?	?	?	
MESOLITHIC	PARTIALLY				
NEOLITHIC					
BRONZE AGE					BR. I
IRON AGE					

Hipótesis de la cronología del arte levantino (punteado) y del arte esquemático (rayado) (según E. Ripoll, 1964).

En cuanto a Minateda: a principios de junio de 1914 encontró el lugar Juan Jiménez Llamas, prospector de H. B. y Federico de Motos. El Abate realizó los calcos en abril-mayo de 1915, pero el conjunto no se publicó hasta después de la primera guerra mundial: H. BREUIL, «Les peintures rupestres de la Péninsule Ibérique. XI, Les roches peintes de Minateda (Albacete)», *L'Anthrop.*, XXX, 1920, págs. 1-50, 46 figs. y IV láminas. Acerca de aquel momento: E. RIPOLL PERELLÓ, «Cartas al Abate Breuil referentes al descubrimiento de Minateda (Albacete)», *Homenaje a Samuel de los Santos Jener*, Albacete, IEA, 1988, págs. 59-64 (diez cartas de F. de Motos y una de J. Jiménez Llamas). Asimismo, trata de Minateda: H. BREUIL, *Les peintures schématiques de la Péninsule Ibérique*, vol. IV, *Sud-Est et Est de l'Espagne* (Lagny, 1935) págs. 46-57, figs. 16-26, láms. XXXIV y XXXV. En este lugar resume su interpretación de la estratigrafía de las pinturas. En ella como se ha visto, sólo reconoce como esquemáticas las dos últimas series, descritas aquí en detalle, así como las figuras claramente de este estilo en varios abrigos cercanos. Tratamos de la fecha del arte levantino y de la secuencia pictórica de Minateda en E. RIPOLL PERELLÓ, «Cuestiones en torno a la cronología del arte postpaleolítico en la Península Ibérica», *Seminario Internacional de Arte Rupestre, Barcelona, 1966*, Barcelona, IPA, 1968, págs. 165-192, 9 figuras.

En el homenaje póstumo al Abate se publicaron: M. ALMAGRO, «El problema de la revisión de la cronología del arte rupestre cuaternario», *Miscelánea*, I, págs. 87-100 (sobre las innovaciones que estaban surgiendo acerca de la periodización del arte paleolítico); F. JORDÁ CERDÁ, «Sobre posibles relaciones

del arte levantino español», *Miscelánea*, I, págs. 467-472; y L. PERICOT, «El Abate Breuil en España: algunos recuerdos personales», *Miscelánea*, II, págs. 273-280.

Las páginas traducidas, escritas a los 83 años, demuestran que H. B. seguía en plena posesión de su capacidad combativa y con un amplio dominio de los argumentos. Aunque cedió en algunos aspectos concretos, le costaba deshacerse de su convicción: el gran arte de las cuevas paleolíticas tuvo su reflejo en otros territorios antes del cambio de las mentalidades y los modos de vida que significó la extensión del Neolítico.

Entre muchas otras, he aquí algunos títulos de trabajos sobre arte rupestre post-paleolítico peninsular además de las que se han ido citando: M. ALMAGRO BASCH, *Las pinturas rupestres levantinas* (Madrid, UISPP, 1954); E. RIPOLL PERELLÓ, *Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel)* (con nota preliminar el Abate Breuil y prólogo de L. Pericot; Barcelona, IPA y WGF, 1961, traducción al inglés, 1967); ID., *Pinturas rupestres de La Gasulla (Castellón)* (Barcelona, IPA y WGF, 1963, traducción al inglés, 1968); F. JORDÁ CERDÁ, «Notas para una revisión del arte rupestre levantino» (*Zephyrus*, XVII, 1966, págs. 47-76, 17 figs.); A. BELTRÁN, *El arte rupestre levantino* (Zaragoza, Universidad, 1968); ID., *De cazadores a pastores. El arte rupestre del Levante español* (Madrid, Encuentro, 1982); ID., *Arte prehistórico en Aragón* (Zaragoza, 1993); F. J. FORTEA, «Algunas aportaciones a los problemas del arte levantino» (*Zephyrus*, XXV, 1974, págs. 225-257, 15 figs.); R. VIÑAS VALLVERDÚ y E. SARRIA BOSKOVITCH, «Las representaciones faunísticas de Ares del Maestre (Castellón)» (*Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, 5, 1978, págs. 143-181, 12 figs.); R. VIÑAS, J. ULLASTRE, et al., *La Valltorta* (Barcelona, Castell, 1982); F. JORDÁ (ed.), *Actas del coloquio internacional sobre arte esquemático de la Península Ibérica, Salamanca 1982* (= *Zephyrus*, XXXVI, 1983); y L. DAMS, *Les peintures rupestres du Levant espagnol* (París, Picard, 1984).

Mención especial hay que hacer de dos hechos que hubieran interesado mucho al Abate. El primero es el sorprendente arte rupestre llamado «macroesquemático», relacionado con las cerámicas cardiales: M. S. HERNÁNDEZ PÉREZ, P. FERRER MARCET y E. CATALÀ FERRER, *Arte rupestre en Alicante* (Alicante, 1968); M. OLIVER BERNAT y M. S. HERNÁNDEZ PÉREZ, *El Neolític valencià. Art rupestre i cultura material* (Valencia, SIP, 1988). El segundo está en el conjunto de abrigos del Pirineo oscense, con representaciones que van de lo paleolítico a lo esquemático. Cf., entre otros de este mismo autor, V. BALDELLOU, «El arte rupestre postpaleolítico del Río Vero (Huesca)» (*Arx Praehistorica*, III-IV, 1984-1985, págs. 111-137, 21 figuras).

Cf. infra: viaje por Murcia, Valencia y Alicante (págs. 67-70); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); en Madrid, *in memoriam* (págs. 182-192); Calapatà (págs. 249-252); Cogul (págs. 252-256); Albarracín (págs. 256-260); El Arabí (págs. 260-263); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

Lección sobre el Solutrense (1960)

Definición.— Es una industria del Paleolítico superior de la Europa occidental, caracterizada por la presencia de piezas de sílex y otras rocas susceptibles de ser talladas en forma de hojas de mayor o menor longitud, con retoque plano y alargado. La acompañan hojas sencillas, utensilios derivados generales (raspadores, buriles, etc.) y huesos trabajados. Incluye, asimismo, algunos objetos o placas grabados o esculpidos.

Sabemos actualmente que en Occidente, donde se ha encontrado, esta industria no penetra en el interior de las superficies cubiertas por glaciares wurmienses de los diversos macizos montañosos, en las que, más tarde, se adentrarán los últimos cazadores de renos del Magdalenense con arpones. De manera constante, el Solutrense se mantiene fuera de estas zonas montañosas, al igual que el Auriñaciense y el Magdalenense antiguo. Por la fauna asociada está cerca de este último a causa de la abundancia del reno y la presencia frecuente del antílope saiga. Al mismo tiempo pertenece al período en que los grandes paquidermos (mamut, rinoceronte lanudo) y carnívoros (gran oso, león) están ya en vías de desaparición.

Como en otras fases del Paleolítico superior, la talla de los utensilios de piedra atestigua una hábil asociación de diversas técnicas, en las que intervienen con maestría la percusión directa o con punzón-percutor de piedra o de hueso, también utilizado como compresor.

Seguramente le corresponde una porción del llamado arte cuaternario. En efecto, en él se encuentra el arte mueble, por lo general no muy abundante. Pero se hace difícil, en el estado actual de nuestros conocimientos, el saber con certeza cual pueda ser su parte en el arte parietal.

Esta industria, en extremo abundante en el Périgord y la Charente, se desarrolló especialmente al oeste y al noroeste de nuestro Macizo Central, pero existen otras facies, incluidos yacimientos muy importantes, entre el Saona y el Ródano y dicha zona montañosa. Igualmente está presente en las planicies o en los contrafuertes prepirenaicos, en la vertiente norte de los Montes Cantábricos, las provincias orientales de España (de Valencia a Alicante) [ahora en Almería y en Portugal] y en los areneros del Manzanares (Madrid). Fuera de este ámbito, relativamente restringido, existen vestigios del Solutrense, raros y difusos, en Inglaterra, Bélgica, Alemania occidental y hasta en Polonia (dejando de

lado el Swidiriense y el Swalybogoviense, más tardíos) y algunos grupos en Rumanía, Rusia y Siberia oriental. Pero falta en absoluto en Italia.

Tales son, en pocas palabras, los datos elementales sobre el Solutrense que se han ido reuniendo en poco más de un siglo de Prehistoria.

Historia.— Desde 1815 a 1834, F. Jouannet [1765-1845] excavó el yacimiento de Badegoule, al norte de la Dordoña, observando que pertenece a una edad en que el reno abundaba. En 1863, Edouard Lartet y Henry Christy determinaron la «facies» de Laugerie-Haute como una variante de las civilizaciones posteriores a las de Aurignac y de Gorge d'Enfer, así como cuales eran las diferencias en la variación de La Madeleine, Laugerie-Basse y Les Eyzies, sin atreverse a precisar las relaciones entre los varios períodos.

En 1866, H. de Ferry y Adrien Arcelin descubrieron el muy importante lugar de Solutré (Saône-et-Loire), del que Gabriel de Mortillet (1868) tomó la denominación, siempre conservada después, de Solutrense. Al comienzo Mortillet lo colocó acertadamente antes del Magdaleniense y, al igual que Lartet, después del Auriñaciense. Posteriormente, Mortillet modificó el orden de estas dos últimas industrias, siguiendo el punto de vista teórico según el cual el Auriñaciense, con abundantes huesos trabajados, debía preceder al Magdaleniense y seguir al Solutrense, en el que él decía que faltaban —o casi—, lo que no es cierto.

Las excavaciones de M. de Maret (de 1873 a 1888) en la cueva de Le Placard, y la continuación de las de Laugerie-Haute, permitieron a G. y A. de Mortillet el reconocer dos etapas del Solutrense, la de las hojas de laurel y la de las puntas de muesca.

La sucesión del Solutrense por el Auriñaciense, siempre discutida por A. Arcelin, E. Cartailhac y los belgas (Dupont, a causa de Montaigne), llevó, de 1906 a 1909, a la batalla del Auriñaciense, en la que, con E. Cartailhac, establecí o restablecí la anterioridad del Auriñaciense respecto al Solutrense. Todo ello a pesar del confucionismo causado por A. de Mortillet, que pretendía mezclar con el Auriñaciense el Solutrense de puntas de muesca de Le Placard, y también de los falsos cortes [estratigráficos] —que demostré como tales— del Dr. Paul Girod para los yacimientos de Cro-Magnon y Gorge d'Enfer.

Clasificación. Actualmente, en Francia, al oeste del Macizo Central, contamos con tres grandes subdivisiones del Solutrense, que, con variantes, también se encuentran en España:

- el Solutrense inferior, llamado de hojas planas;
- el Solutrense medio, denominado de hojas de laurel; y
- el Solutrense superior, llamado de puntas de muesca, pero en el que siguen las hojas de laurel y en el que el hueso se hace en extremo abundante.

La distribución geográfica de estos tres niveles puede presentarse completa o parcialmente según los lugares.

El *Solutrense I*, de hojas planas, se encuentra en la Dordoña y regiones vecinas, con algunas extensiones masivas. Incluso, en Laugerie-Haute, se subdivide en dos subniveles. En los estratos perigordienes evolucionados de Corrèze, Dordoña y Charente se pueden observar raros indicios que lo anuncian: retoques por percusión en la base y en la punta de ciertas hojas, especialmente en el dorso, tendentes a rectificar su curvatura y a regularizar su extremidad. Sucede lo mismo en las puntas de pedúnculo de La Font-Robert (el nivel con puntas de La Font-Robert se sitúa ahora en la base del Perigordiese, tras las nuevas observaciones de los doctores Cheynier y Pradel y de la señora Bordes). El hecho se comprueba en Le Trilobite (Yonne), igual que en Bélgica y en Inglaterra, donde las puntas de tipo Font-Robert son frecuentes. Muchas veces incluyen esta peculiaridad desde antes del Solutrense I que en ellos está bien representado en estrato individualizado. Son indicios que no están presentes, o sólo de manera ocasional, anteriormente en el Auriñaciense. Pero, una golondrina no hace verano.

Si se pasa al valle del Ródano, este horizonte cultural toma de repente en el Ardèche y el Gard, un poderoso desenvolvimiento. Allí -pero sólo en la orilla derecha del gran río-, este Solutrense I se expande en grado sumo en un único nivel hasta ahora conocido e insuficientemente descrito, aunque es probable que tenga raíces antiguas. Hecho curioso: parece haber sufrido, en varias ocasiones, aportaciones del Perigordiese superior, con finas hojitas y puntas de muesca perigordienes, de un Perigordiese mediterráneo -o Grimaldiense-, en Pont-du-Gard. Más al norte hay raros fragmentos de apariencia solutrense y hojas de laurel típicas, parecidas a las del Solutrense II de la Dordoña, con raros fragmentos de azagayas en asta de reno y otros huesos trabajados, e incluso grabados, comparables en todo al Magdalenense IV del Périgord. Ocurre como si el Solutrense I de estos lugares, al prolongarse, hubiera recibido la visita y aportaciones de elementos de regiones cercanas, sea

en el Perigordense avanzado o en el Magdalenense más o menos antiguo. Pero, en Pont-du-Gard, un verdadero hábitat del Magdalenense V le sucede de manera clara. Hay en todo ello un conjunto de hechos que denota la precocidad y la perduración del Solutrense I. Unas excavaciones bien llevadas y publicadas permitirían definirlo mejor y sacar consecuencias (el señor M. Escalon de Fonton, acaba de darlos a conocer).

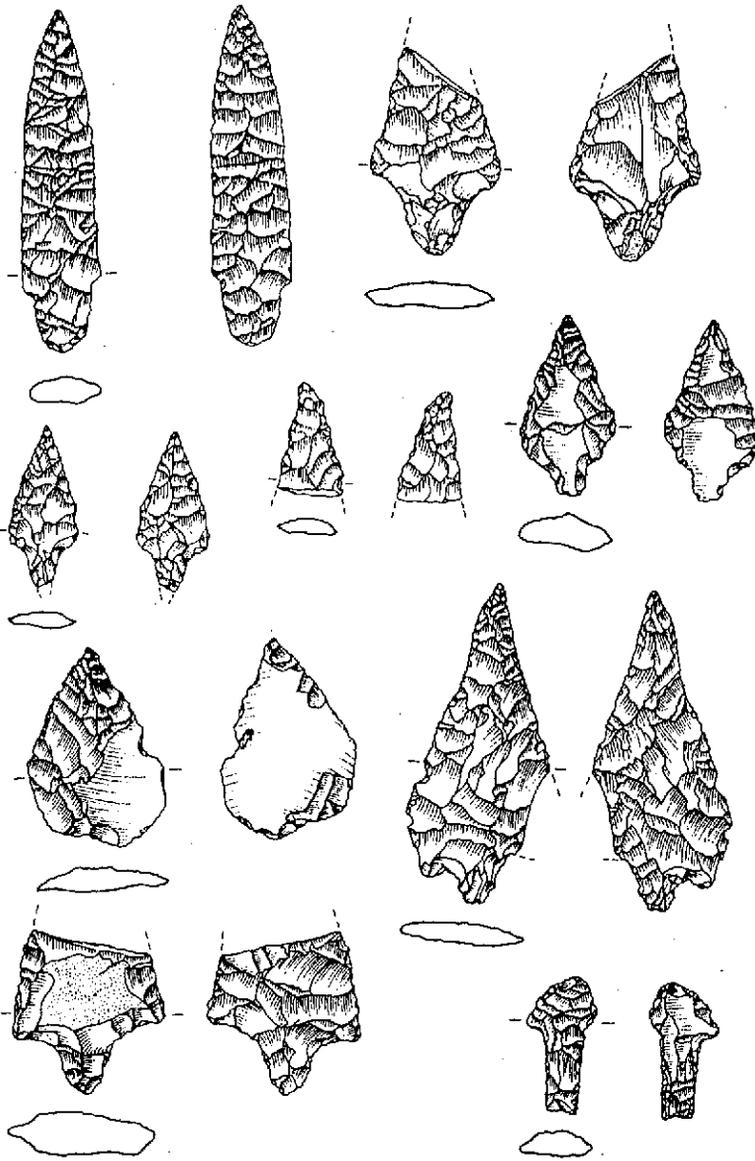
El Solutrense I existe también en la región cantábrica —es cierto que de forma muy esporádica— y en El Parpalló (Gandía, Valencia), aquí claramente definido.

El *Solutrense II*, con hojas de laurel que a veces alcanzan grandes dimensiones, existe en Solutré y Volgu (Saône-et-Loire). Su mayor desenvolvimiento se halla en el Périgord, extendiéndose del Loire a la Charente y del Lot al Garona.

Al pie de los Pirineos occidentales se le encuentra en Isturitz y (variación asimétrica) en Montaut (Landas), aquí asociado a una punta de musca. Pero, incluso en Brassempouy, donde existen indicios, su tipo tiende a variar, presentando largas puntas de base redondeada o cuadrada y hasta un poco cóncava. Es una forma que se encuentra en Isturitz y a lo largo de la región cantábrica. En los Pirineos centrales, existen vestigios —débiles— en Gourdan, Rochecourbon, Mas d'Azil (inédito) y Lespugue (cueva de Les Harpons). Existe en El Parpalló y, esporádico, en algunos lugares cercanos. Algunos escasos materiales lo definen en Inglaterra, Baviera y, más al este, en las montañas cercanas a Cracovia y hasta la llanura de la Bucovina.

En el centro de la Dordoña debe ser señalado en Laugerie-Haute, identificado por D. Peyrony, y en Badegoule, donde lo hizo el Dr. Cheynier. Este último encontró algunos paquetes de plaquetas grabadas en la mitad superior de su nivel. Hay que indicar que en Isturitz no existe más que un estrato, de poca potencia, con hojas alargadas y debajo de un estrato del Magdalenense VI (lo mismo en Mas d'Azil).

El *Solutrense III* presenta una enorme plenitud en Le Placard (Charente), donde soporta un gran desarrollo de los Magdalenenses antiguos I y II (llamados Protomagdalenense por ciertos autores). A su vez, estos subyacen a un Magdalenense III normal y sólo a indicios de los Magdalenenses IV a VI. Ya he citado lo característico del Solutrense III: la punta de muesca típica asociada a hojas de laurel, por lo general



Puntas de aletas y pedúnculo del yacimiento de la Cueva de Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería) (según Sergio Ripoll).

de dimensiones bastante o muy pequeñas, mostrando en muchas ocasiones una tendencia al pedúnculo asimétrico. Abunda el hueso trabajado: Placard, Laugerie-Haute, Beauregard.

Estratigráficamente no falta al pie de los Pirineos centrales, así en Lespugue, donde abundan todas las variantes, desde la base cóncava de las hojas largas y la verdadera punta de muesca. Lo mismo ocurre en la región cantábrica: Altamira y Cueto de la Mina (con raras piezas del Magdaleniense I y II en su base, un Magdaleniense III parecido al francés, seguidos por formas emparentadas con el Magdaleniense V-VI, pero sin Magdaleniense IV). Los omóplatos grabados son comunes entre el Solutrense superior de Altamira y el Magdaleniense III del Castillo.

En Parpalló, como más al norte en Cau de les Goges (Gerona), las facies de la industria se hacen muy diferentes de las de Francia. Existen las puntas de muesca emparentadas con las bases cóncavas, pero una parte muestra un pedúnculo lateral convertido en diente curvado en la base. Para las puntas con pedúnculo, su forma se exagera y llegan a desarrollar verdaderas aletas, haciendo que se parezcan a puntas neolíticas muy elaboradas, del tipo sahariano o eneolítico más cuidado. ¡Y no sólo hay una, sino más de cien! Además, esto coincide con un florecimiento del arte sobre plaquetas grabadas o pintadas, ya manifiestas desde el Perigordense y los solutrenses anteriores del mismo lugar.

Por todo ello, cabe plantear un problema: ¿desenvolvimiento espontáneo o influencia africana? Rechazo en absoluto el origen aterriense de la punta pedunculada del Parpalló. El Occidente se basta para esto. Es un contrasentido el buscar en el Aterriense el origen del Solutrense. Aquel es una industria arcaizante del grupo levalloiso-musteriense, con puntas de pedúnculo ancho y fuerte hechas sobre lascas no seleccionadas. Sin la inspiración foránea es muy dudoso que deban interpretarse como puntas de dardo. Si el problema existe, podría ser planteado al revés, pero esto escapa de nuestro tema (H. BREUIL, «À propos de l'industrie atérienne», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLVII, 1950, págs. 56-61).

Es un hecho que en toda África la evolución de las industrias mustero-levalloisienses se efectuó paralelamente a la de Europa y dando lugar a formas solutroides: el Stillbayense desde África del Sur a Somalia; la transformación del Fauresmith en bifaces alargados; el Djokociense y el Kaliniense [ahora ambos facies del Sangoense], con el Lupembiense, del Congo, en formas de puñales y de tipos solutroides.

Todo esto nos lleva a la última parte de esta nota: el *origen del Solutrense occidental* y la existencia en el centro y oriente de Europa de una facies derivada del Paleolítico medio con hojas solutroides. Se trata del problema expuesto con claridad por el Profesor Zotz y su alumna la señorita Gisela Freund (G. FREUND, *Die Blattspitzen des Paläolithikums in Europa*, Quartär-Bibliothek, 1, 1952). Ya H. Obermaier y P. Wernert observaron la tendencia foliácea de ciertos elementos «micoquienses» de La Klause, producida de manera necesaria por la talla sobre placas delgadas de sílex. Lo mismo ocurre en Kick-Koban (Crimea) y en Las Carolinas (Madrid). Esporádicamente esto también ocurre en Francia desde el Achelense final, en el nivel micoquiense de La Baume-Bonne (Var) excavado por Bernard Bottet.

Pero hay más que esto. En varios yacimientos de diversas facies de la Alemania central se produce una multiplicación de esos tipos foliáceos, pudiendo ocurrir que predominen frente a los tipos musterienses. H. Obermaier y P. Wernert lo observaron en los yacimientos al aire libre de Kösten, cerca de Lichtenfels-am-Main, donde hay 3/7 de piezas retocadas (el Prof. Zotz acaba de publicar una memoria detallada sobre este yacimiento: *Kösten, ein Werkplatz des Praesolutréen im Oberfranken*, Quartär-Bibliothek, 3, 1959). El yacimiento de Mauern proporcionó 49 ejemplares. Acaso de estas cuevas del Weinberg se podría derivar el termino Weinbergiense para sustituir el de Presolutrense, palabra que en otro tiempo utilicé para el Auriñaciense. En Weinberg hasta el 50% de las piezas que se encuentran encima del Auriñaciense son de tipo «presolutrense» (L. ZOTZ, *Das Paläolithikum in der Weinberghöhlen bei Mauern*, Quartär-Bibliothek, 2, 1955).

En Ondratice (Moravia), al aire libre, ocurre lo mismo y hay otros casos más al norte y al este. La situación stratigráfica de esta facies en Ramis es debajo del Auriñaciense. En la Baume-Bonne (Var), mi primo Bottet también ha observado un cierto número de bellas hojas solutroides en el Musteriense subyacente al Paleolítico superior local.

Y queda por citar Hungría, donde, desde 1912, sugerí que acaso nació el Solutrense derivando de una industria de facies musteriense (?), pero demasiado antigua (con fauna de gran oso, muy fosilizada). Se han constatado dos niveles: 1, Szeletense inferior: numerosas lascas musterioides, puntas bifaciales bastante toscas, cortas y anchas. Pocos utensilios secundarios de tipo paleolítico superior. Falta de hueso trabajado.

2, Szeletense superior: con hojas alargadas y bien conseguidas y otras, nunca retocadas, para dar lugar a tipos del Paleolítico superior (buriles, raspadores, etc.). Se trata de un parasolutrense y no de un protosolutrense. Esta facies existe también en Bulgaria (D. A. E. GARROD, J. H. GAULE, B. HOWE y POPOV, «Excavations in the Cave of Bacho Kiro, NE Bulgaria», *Bull. of the American School of Prehistoric Research*, 15, 1939).

Si estos parasolutrenses, derivados del Paleolítico medio, contribuyeron en su día a formar nuestro Solutrense occidental por combinación con una industria superopaleolítica, es un problema no resuelto.

En Moravia, rarísimas formas solutrenses (7 piezas entre más de 100.000 sílex) se han encontrado en el Perigordense de Predmostí.

No hay que olvidar que, en los estratos con Yoldia de Suecia, los únicos sílex característicos recogidos son puntas solutrenses alargadas. Las hay, asimismo, en las arenas de la terraza baja del Manzanares (Madrid), pero allí están mezcladas con hojas, raspadores carenados y buriles de ángulo.

¿Cómo concluir? Que en el mundo y en diversos puntos, unas formas solutroides nacieron del Achelense final; que hay otras originadas en industrias levalloiso-musterienses; que, en la Europa central y en diversos lugares de forma esporádica, se originaron formas de este tipo que no son de edad superopaleolítica ... Si alguna de ellas contribuyó a formar el Solutrense continua siendo dudoso, aunque no imposible. En todo caso esto debió producirse de una manera que dejó que se desarrollara el Auriñaciense, seguido del Gravetiense occidental. Los elementos del problema se acumulan, pero continua sin solución.

En todas las ciencias, al avanzar, se plantean muchos problemas que no consiguen resolverse. Por lo demás, es posible, ante una tal amplitud de series solutroides, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, que se deban admitir no uno sino numerosos centros originarios de formas solutroides extrañas entre sí, y que no sea necesario buscar fuera de Francia el de los Solutrenses occidentales, formados por elementos acaso *rhodaniens* [del Ródano], combinados con otros elementos de origen gravetiense, occidentales o no.

Hubiera deseado tener tiempo y espacio para discutir la parte —segura, pero bastante indeterminada— del Solutrense en el arte mueble y parietal de Occidente, pero este es otro tema.

Me siento feliz de dedicar este ensayo al Profesor Zotz con motivo de haber cumplido sesenta años. Le expreso toda mi estima en esta oca-

sión y mis parabienes por su importante contribución, con la de su colaboradora la señorita Gisela Freund, al nuevo planteamiento de este problema.

Han transcurrido más de 50 años desde la batalla del Auriñaciense, en la que establecí, para Occidente, el grave error de los Mortillet al haber colocado el Solutrense occidental antes del Auriñaciense y de los niveles gravetienses que le suceden. Ahora me parece curioso constatar que si Mortillet pudo invertir por completo el orden de su sucesión en estas regiones, la evolución ahora sólidamente establecida, en la Europa central por una parte y en África entera por otra, en esos territorios diferentes, entonces desconocidos o casi, se ha demostrado la aparición de facies ante-leptolíticas (o sea anteriores al Paleolítico superior), de origen achelense final, levalloisiense y musteriense, que empezaron a fabricar piezas foliáceas, llegando hasta la hoja de laurel, precursoras lejanas del Solutrense occidental.

Los puntos de vista de Mortillet adoptaron, por tanto, fuera del país por él estudiado y dentro del determinismo que dominaba el desarrollo del Paleolítico superior, unas perspectivas que se han comprobado, pero no concernientes a Occidente y que no habían llevado a su Solutrense leptolítico, el único conocido en aquel momento. Me es agradable hacerle justicia en este punto.

H. BREUIL, «Le Solutréen», págs. 93-98 de Gisela FREUND (ed.), *Festschrift für Lothar Zotz. Steinzeitfragen der Alten und Neuen Welt*, Bonn, L. Röhrscheid, 1966. Probablemente escrito en 1960. Se han colocado las notas en el contexto entre paréntesis. Hemos considerado que, por su importancia doctrinal y por el interés que tiene para la Prehistoria peninsular, debía incluirse.

Tras el fallecimiento del Abate y dedicado a su memoria, el citado M. Escalon de Fonton describió el Salpetriense como una modalidad del Solutrense por adaptación a un medio diferente: M. ESCALON DE FONTON, «Un nouveau faciès du Paléolithique supérieur dans la Grotte de la Salpêtrière (Remoulins, Gard)», *Miscelánea*, I, págs. 405-421, 9 figs. y 1 lámina.

Ya se ha señalado (pág. 70) como la cueva del Parpalló fue valorada por H. B. como yacimiento prehistórico (1913) y que, por su reiterado consejo, fue excavada y publicada en una notable monografía por L. Pericot (1943). El estudio de su arte mueble ha sido actualizado en años recientes por V. Villaverde (1994).

Ahora se sabe que el Solutrense de tipo Parpalló tiene una mucho mayor extensión en tierras peninsulares extracantábricas, conociéndose una

veintena de yacimientos. Uno de los que ha proporcionado más datos es la Cueva de Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería), lugar localizado por F. de Motos y el Abate en los años 1911-1912. H. B. publicó en sus *Subdivisions* una de las características puntas de muesca, pero sin sospechar que se trataba de Solutrense (la pieza forma parte de la Colección Motos, adquirida por el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia). Por consejo del Abate y de L. Pericot, inició la excavación de sus niveles solutrenses E. Ripoll Perelló (1958-1964), continuada luego por Sergio Ripoll López (desde 1982). Destaca el descubrimiento, en 1992, de grabados y pinturas en estrecha relación con los niveles del Solutrense superior y superior evolucionado: S. RIPOLL LÓPEZ, et al., «Art pariétal paléolithique de la grotte d'Ambrosio (Almería, Espagne)», *Bulletin de la Société Préhistorique Ariège-Pyrénées*, L, 1995, págs. 97-116, 6 figuras. Antes, entre otros: S. RIPOLL LÓPEZ (y colaboradores), *La cueva de Ambrosio (Almería, Spain) y su posición cronoestratigráfica en el Mediterráneo occidental* (BAR International Series, nº 462, 2 vols., Oxford, 1988). Referido a estos yacimientos, es de fecha reciente el libro de Francisco Javier MUÑOZ IBÁÑEZ, *Las puntas ligeras de proyectil del Solutrense extra-cantábrico: Análisis tecnomorfológico e implicaciones funcionales*, Madrid, UNED, 2000.

Para el aún no resuelto problema de las industrias superopaleolíticas del valle del Manzanares: J. PÉREZ DE BARRADAS, «Los problemas del Paleolítico superior madrileño», *Investigación y Progreso*, VIII, 1934, págs. 249-254 y diversos otros trabajos de este autor, algunos en colaboración con Paul Wernert. Estado de la cuestión: A. M. MARTÍNEZ DE MERLO, «El Paleolítico superior en el Valle del Manzanares: el yacimiento de El Sotillo», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, II, 1984, págs. 46-68, 19 figuras.

El mismo año en que apareció el trabajo de H. B. que se ha traducido y que él ya no pudo ver impreso, se publicó PH. E. L. SMITH, *Le Solutréen en France* (Institut de Préhistoire de l'Université de Bordeaux, mem. nº 5, Burdeos, Delmas, 1966). Es un muy amplio estudio que se ocupa de la problemática planteada por H. B. en el ensayo traducido. Smith lo reconoce y lo cita, así como una veintena más de los escritos del Abate.

Cf. en el presente volumen: la «batalla del Auriñaciense» (págs. 60-66); viaje por Murcia, Valencia y Alicante (págs. 67-70); avances en el estudio del

Paleolítico (págs. 84-85).

A manera de Epílogo

Hace poco más de cuarenta años de la muerte del Abate Henri Breuil en su casa de campo de L'Isle-Adam el 14 de agosto de 1961 y al procederse a la presente edición se han cumplido los 125 años de su nacimiento en Mortain (Manche). Las páginas que el lector acaba de recorrer pretenden trazar una perspectiva de su vida, actividades y escenarios. El ritmo acelerado con que se desarrolla la investigación científica actual, no puede dejar de lado los antecedentes. En estos mismos textos y comentarios que dieron lugar al nacimiento y consolidación de las ciencias de los orígenes de la humanidad ya queda explicada la existencia de numerosos papeles inéditos o semi-inéditos con él relacionados. Una nueva generación de estudiosos de la historia de la Prehistoria debería enfrentarse con los documentos, los epistolarios y la bibliografía breuilianos.

Índices

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abramova, Z. A., 338
 Absolon, Karel, 76, 109
 Acosta, Pilar, 249
 Agnel, Georges, 90
 Aguilera Gamboa, Enrique (Marqués de Cerralbo), 166, 183, 186, 187, 243, 245
 Aguirre, Emiliano, 171, 245
 Ajoulat, N., 50, 200
 Alberto I, Príncipe de Mónaco, 27, 56, 66, 107, 129, 132, 137, 165, 175, 184, 231, 311
 Alcalde del Río, Hermilio, 34, 107, 129, 130, 152, 154, 170, 185, 226, 227, 229-231, 233, 235-237, 239-241, 249
 Alcobé, Santiago, 178
 Alfonso XIII, 184
 Allain, J., 91, 174, 212
 Almagro Basch, Martín, 29, 101, 111, 204, 205, 206, 233, 245, 252, 256, 260, 371-374
 Almeida, A. de, 288
 Anciaux de Faveaux, Adalbert, 286, 287
 Anderson, J.-G., 290
 Antón Ferrándiz, Manuel, 186
 Aragonés, Cl., 84
 Arambourg, C., 315
 Arcelin, Adrien, 347, 376
 Arcelin, Fabien, 63
 Arderiu, Enric, 254
 Arderiu, Nicolás, 186
 Artés Signes, Antonio, 68
 Armstrong, Leslie, 167
 Aschero, C. A., 339
 Assas, Manuel, 242
 Aura Tortosa, J. E., 70
 Azais (Padre), 82
 Bader, O. N., 339
 Baldellou, Vicente, 374
 Balfour, Henry, 328
 Balout, Lionel, 92, 106, 174, 178
 Ballester Tormo, Isidro, 70
 Bandi, Hans-Georg, 171, 172, 371
 Bartas, Salluste de, 212
 Barrière, Claude, 200, 201, 206-208, 222
 Bégouën, Henri, 25, 86, 90, 103, 104, 107, 115, 143, 150, 166, 185, 223, 313, 314
 Bégouën, Jacques, 144, 223
 Bégouën, Louis, 144, 147-150, 223
 Bégouën, Max H., 109, 144, 150, 223
 Bégouën, Maximilien, 143
 Bégouën, Robert, 150, 226
 Belleforest, F. de, 206
 Beltrán Martínez, Antonio, 252, 374
 Bénard, Paul, 86
 Benítez Mellado, Francisco, 256, 359
 Benoist, M., 221, 212
 Berenguer Alonso, M., 239
 Bergougnoux, F., 208
 Bermon, Marcellin, 223
 Berr, Henri, 24
 Bertrand, Alexandre, 140
 Biberson, Pierre, 315
 Blanc, Alberto-Carlo, 86, 138, 165, 169, 314, 338, 366, 371
 Blanchard, Jacques, 342, 371
 Bloch, Marc, 24
 Bordes, François, 301
 Bosch Gimpera, Pere, 70, 252, 370-372
 Bosselin, B., 66
 Botín y López, 55, 184
 Bottet, Bernard, 381
 Boucher de Perthes, Jacques de Crèvecoeur, 23
 Boule Marcellin, 50, 78, 107, 128, 130, 132, 137-140, 157, 164, 165, 175-178, 184, 220, 292, 309, 310
 Bourdier, Frank, 81
 Bourrinet, P., 342

- Boutillon, X., 219
- Bouyssonie, Jean y Amedée, 20, 51, 52, 64, 89, 90, 104, 107, 147, 204, 237, 310, 311, 319, 342, 348, 349
- Bowler-Kelley, Alice, 76
- Boyle, Mary E., 27, 56, 77, 94, 97, 98, 109, 152, 167, 170, 171, 180, 280-282, 285, 317
- Brenans, C., 329, 337
- Breton, André, 300
- Briois, F., 150
- Brodrick, Alan Houghton, 28
- Broom, R., 98-100, 177, 315-317
- Brouillet, P. A., 211
- Bru Vidal, S., 69
- Bruhnes, Jean, 60, 106
- Brunet, J., 219
- Bullón Lobato, Tomás José, 189, 268
- Burkitt, Miles Crawford, 69, 72, 73, 81, 137, 165, 167, 261-263, 276, 278
- Bursch, F.C., 89
- Busk, G., 313
- Butter, J., 109, 178
- Butzer, K. W., 245
- Cabré Aguiló, Juan, 34, 72, 73, 107, 154, 186, 189, 190, 242, 246, 248-251, 258, 260, 266
- Cabrera Valdés, Victoria, 233
- Cabu, F., 285
- Cailleux, A., 82
- Calvo, Leandro, 68
- Callède, B., 219
- Callejo Serrano, C., 111
- Camel, François, 223
- Cantalejo Duarte, P., 272
- Capitan, Louis, 34, 50, 52, 53, 106, 126, 129, 138, 142, 147, 151, 156, 197-201, 311
- Carballo, Jesús, 102
- Carcopino, Jérôme, 176
- Carlos III, 186
- Cartailhac, Émile, 22, 27, 34, 50, 54-56, 62, 70, 103, 107, 115, 118, 120, 122, 127-129, 134, 138, 143-146, 148, 156, 157, 164, 184, 186, 216, 219, 221, 223, 226, 229, 263, 310, 347, 349-376
- Cassien, P., 103
- Casterct, Norbert, 147
- Català Ferrer, E., 374
- Clark, J. G. Desmond, 79, 93, 287
- Clot, A., 219, 222
- Clottes, Jean, 150, 218, 219
- Cicerón, 81
- Clavel Andrés, Vicente, 24
- Cobos, Eduardo de, 188
- Coencas, Simon, 90
- Collado Giraldo, H., 111
- Collado Villalba, O., 260
- Collina-Girard, J., 293
- Colominas, Josep, 252
- Commont, Victor, 106, 311
- Comte, Auguste, 22
- Conde de la Vega del Sella, *vid.* Duque de Estrada
- Contador de Argote, J., 264
- Coppens, Yves, 88
- Corbeto, Albert, 285
- Cotteau, 125
- Courtaud, P., 219
- Champion, Benoit-Claude, 86, 140-142
- Champion, P., 77
- Chavaillon, J., 100
- Chenu, 211
- Cheyrier, André, 90, 221, 378
- Chia, Lau-Po, 80
- Childe, Vere Gordon, 24
- Chollot, Marthe, 122-124
- Christy, Henry, 123, 340, 351, 376
- Daubisse, P. y G., 201
- D'Ault du Mesnil, Geoffroy, 42, 48, 106, 116, 125-126, 151, 311
- Damien, Raymond, 132
- Daniel, Glyn, 24
- Daramecourt (Monseñor), 42, 46
- Darbas, 62
- Dart, Raymond A., 99, 100, 177, 315
- Darwin, Charles R., 23, 310

- Dauvois, M., 219
 David, André, 210, 297
 Davidson, I., 82
 Dawson, Charles, 312
 Déchelette, Joseph, 49, 90, 107, 142
 Delmas, André, 178
 Delmas, L., 233
 Delpech, F., 219
 Delporte, Henri, 125
 Delluc, Brigitte y Gilles, 58, 91, 92, 174, 198, 207
 Didon, L., 349
 Disney, Walt, 357
 Djindjian, François, 66
 Dodds, J. W., 371
 Doize, Renée, 105, 167
 Donadoni, Sergio, 338, 371
 D'Orbigny, 125
 Dubois, Eugène, 312
 Duday, H., 219
 Dupont, E., 62, 347
 Duque de Estrada, Ricardo (Conde de la Vega del Sella), 165, 166, 185, 242, 313
 Durand, P., 337
 Durand-Viel (Almirante), 86
 Durkheim, Emile, 25
 Duterre, H., 210

 Escalón de Fontón, M., 378, 383
 Espejo Herreros, M., 272
 Eugenia de Montijo, 123-124
 Fabre, Gabrielle, 105
 Favreau, 311
 Fawcus, Arnold, 27, 371
 Febvre, Lucien, 24
 Fejos, Paul, 371
 Ferré, Gregorio, 68
 Ferrer Marcet, P., 374
 Ferry, H. de, 342, 376
 Filhol, Edouard, 128
 Filhol, Henri, 214
 Fiesa, Jakob, 165
 Finlayson, Clive, 137
 Fischer, H., 120

 Fitz James Stuart, Jacobo (Duque de Berwick y de Alba), 56, 166, 167, 171, 185
 Floridablanca, Conde de, 186
 Florschütz, F., 89
 Fortea, F. J., 374
 Freeman, Leslie Gordon, 56, 245
 Freund, Gisela, 381, 382
 Frobenius, Leo, 78, 332
 Fullola Pericot, Josep Maria, 70

 García Bellido, Antonio, 171
 García Guinea, Miguel Ángel, 204, 219, 233
 García Lorenzo, Alfredo, 102, 232, 234
 Garrigou, Adolphe, 213
 Garrigou, Félix, 61, 214-216, 219, 220
 Garrod, Dorothy A. E., 84, 105, 138, 167, 312-314, 382
 Gâtier, Pierre, 104
 Gaudron, G., 109, 301
 Gaudry, Albert, 23, 125, 126, 220
 Gaussen, Jean, 197
 Geneste, J. M., 50
 Gessain, Robert, 178
 Giedion, S., 46
 Giménez Reyna, S., 272
 Girod, Paul, 342, 376
 Gisbert, Salvador, 258
 Glory, André, 20, 92, 174
 Gómez-Tabanera, J. M., 171, 239, 241
 Góngora y Martínez, Manuel de, 186, 264-266
 González Echegaray, Joaquín, 30, 56, 102, 154, 232, 245
 González Morales, M. R., 231
 González Sáinz, C., 231
 Goodwin, J. G., 179
 Gouvion Saint-Cyr, 210
 Gradín, Carlos J., 339
 Graziosi, Paolo, 205, 206, 371
 Groenen, Marc, 24, 222
 Guibert, Jean, 22, 44, 106, 108, 115, 122, 310
 Hamy, E. T., 27, 128

- Harlé, Edouard, 54, 107, 133, 135, 184
Hauser, O., 156
Heim, Roger, 32, 43, 46, 50, 52, 53, 58,
60, 75, 84-86, 88, 97, 103, 124, 139,
178
Hernández-Pacheco, Eduardo, 73, 102,
166, 255, 359, 372
Hernández Pérez, M. S., 374
Henri-Martin, Germaine, 105, 110, 142,
177, 316
Herpin, 211
Herzog, Presidente, 179
Howell, Clark, 245
Hubert, Henri, 156
Huguet, Ramón, 186, 253, 254
Huxley, Thomas H., 310, 318
Iakovleva, L., 197, 338
Impey (Dr.), 97
Janmart, J., 182, 287, 288
Jeannel, R., 21
Jiménez Llanos, Juan, 373
Jordá Cerdá, Francisco, 101, 231, 371-374
Jouannet, F., 376
Kansu, Sev Ket Aziz, 109
Kelley, Harper, 29, 76, 168, 179
Kemal El-Dine, Príncipe, 337
Koenigswald, G. H. R. Von, 312, 315, 319,
320
Kozlowski, J. K., 338
Kramberger, 312
Ksica, Miroslav, 339
Labarre, Nicole, 27
Lalanne, J. Gaston, 63, 66, 67, 157, 164,
204, 340, 349
Lamarck, 22, 310
Laming-Emperaire, Annette, 24, 174
Landesque, Abate, 351
Lantier, Raymond, 49, 88, 93, 99, 105,
109, 110, 121, 123, 140, 141, 248, 342,
370, 371
Laporterie, J. de, 116
Lapparent, Albert F. de, 125
Lartet, Edouard, 23, 60, 64, 65, 123, 125,
140, 340, 345, 351, 376
Lasalle, C., 231
Lasso de la Vega (hermanos), 54
Laval, León, 90, 91
Lavauden, L., 337
Laydevant, P., 108
Lazorthes, Guy, 178
Lebaudy, Jean, 210
Leisner, C. Y V., 274
Lemozi, A., 20, 208, 297
Léon, Paul, 156
Leroi-Gourhan, André, 66, 92, 174, 201,
222, 352
Leroi-Gourhan, Arlette, 91, 174
Le Rouzic, Zacharie, 142, 151-152
Le Roy, Edouard, 108
Lhote, Henri, 77, 110, 320, 329, 331, 337,
338, 352, 371
Licent, E., 292
Lieberman, Philip, 82
Linares, G., 235
Livingstone, David, 77
Lohest, Max, 312
López de Cárdenas, Fernando (el Cura de
Montoro), 186, 264
López Junquera, G., 171
Lubbock, John, 24
Lorblanchet, Michel, 210, 211
Lyell, Charles, 24
Llamas, Juan, 188
Madoz, Pascual, 370
Malan, 182
Mandement, J., 218
Marconell, E., 260
Maret, M. de, 341, 376
María Cristina de Habsburgo, 184
Mariano Vidal, L., 254
Maringer, J., 170, 172
Marqués de Cerralbo, *vid.* Aguilera
Gamboa
Marsal, Jacques, 90-92
Martin, H., 284, 285

- Martínez de Merlo, A. M., 384
 Martínez García, J., 266
 Mas Cornellà, Martí, 73
 Mason, J. R., 94
 Massénat, Élie, 342
 Meillet, A., 211
 Mélida, José Ramón, 186
 Mena, José, 189
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 54, 184
 Mengaud, L., 241
 Mercier, Desiré (Cardenal), 86, 166, 186,
 301, 314
 Mergelina, Cayetano de, 269
 Merimée, Prosper de, 123
 Méroc, Louis, 64, 65, 148, 218
 Merry del Val, Rafael, 185, 314
 Menu, M., 222
 Miln, James, 151
 Millares, 54
 Millerand, Alexandre (Presidente), 132
 Mollard (Comandante), 215, 216
 Molina, Victorio, 189
 Montfreid, Henri de, 84, 108
 Mori, Fabrizio, 338, 370, 371
 Mortillet, Gabriel de, 22, 61, 63, 123, 125,
 128, 310, 346, 376
 Motos, Federico de, 188, 264, 373, 384
 Moure Romanillo, J. A., 111, 171, 231
 Movius, Hallam L., 66, 197
 Mowbray, Cecile, 167
 Muñoz Ibáñez, Francisco Javier, 384
 Muzzolini, A., 338

 Nelson, Nels C., 167
 Neuville, Henri, 93, 108, 132, 165, 221
 Neuville, R., 138, 315
 Noble, W., 82
 Nougier, L.-R., 198, 206, 207, 219
 Noulet, J.-B., 213, 214, 218

 Oakley, K. P., 293
 Obermaier, Hugo, 20, 26, 56, 60, 72, 86,
 93, 107, 129, 130, 132, 136, 138, 150,
 154, 161-172, 175, 184, 185, 189, 190,
 231, 233, 237, 255, 266, 269, 272, 274,
 312-314, 344, 372, 381

 Octobon, 224
 Okladnikov, A. P., 339
 Oliva Prat, Miquel, 35
 Oliver Bernat, M., 374
 Oriol, G., 219

 Pales, Léon, 29, 8, 77, 100, 110, 351
 Paredes, Vicente, 186, 246
 Pareja Luna, Tomás, 71, 188
 Paris, Pierre, 49, 185
 Patterson-Kuhn, Ada, 109
 Pci, Wen-Chung, 30, 79, 80, 108, 109, 177,
 288, 290
 Pell, B., 171
 Pérez de Barradas, J., 56, 171, 384
 Pérez del Molino, Eduardo, 54, 184
 Pericot García, Luis, 26, 69, 70, 109, 192,
 234, 338, 368, 371, 373, 374, 383, 384
 Perlès, Catherine, 293
 Pétrine, V. T., 339
 Peyrille, R., 202, 204
 Peyrony, Denis, 34, 50, 52, 53, 63, 64, 66,
 89, 90, 104, 106, 138, 142, 150, 154-
 160, 197, 198, 200, 201, 311, 347-351
 Philipp, Emil, 281
 Piette, Edouard, 43, 48, 106, 115, 117,
 118, 121, 122, 124-126, 140, 142, 144,
 311, 341, 345, 346, 348, 349, 352
 Pinçon, G., 197
 Piñón Varela, F., 260
 Pío XI (Achilles Ratti), 86, 166, 186, 314
 Pitollat, Camille, 73
 Pittard, Eugène, 109
 Pla Ballester, Enrique, 69
 Plassard, M. O. y J., 205, 208
 Plenier, Aleth, 55
 Poincaré, Raymond, 143
 Pollock, Sir Montagu, 73, 137
 Pomarel, A., 52
 Ponz, Antonio, 264
 Porcar Ripollés, Juan B., 26, 168, 171, 190,
 335, 370-372
 Pontremoli (arquitecto), 130
 Puig Larraz, J., 68, 69

- Racovitza, E. G., 21
 Rada y Delgado, Juan de la, 242
 Rames, J. B., 214
 Ramos Muñoz, J., 272
 Ravidat, M., 90, 91
 Régnault, Félix, 143, 215, 220
 Reinach, Salomon, 43, 58, 107, 122, 123,
 140, 141, 341, 342
 Renault, Ph., 219
 Riant, Paul, 144
 Ribeiro, O., 93
 Riet Lowe, C. van, 78, 94, 98-100, 108,
 179-183, 280, 281
 Rigaud, J. Ph., 92
 Ripoll López, Odile, 321
 Ripoll López, Sergio, 111, 379, 384
 Riumine, A. V., 339
 Rivet, Paul, 175, 176
 Rivièrre, Émile, 49, 120, 199, 342
 Robert, Romain, 198, 206, 207, 219
 Robinson, W., 98
 Rocafort, Ceferí, 254
 Rochefoucauld, Condesa de, 90
 Rollinat, R., 211
 Rosselló-Bordoy, Guillermo, 128
 Roussot, Alain, 201, 204
 Ruhlmann, Armand, 93; 108, 315
 Ruiz, Bernardino, 54
 Ruiz Jiménez, J., 88, 191
 Rusinowski, F., 92
 Ruspoli, M., 92
 Rust, A., 168
 Rutot, 65

 Sahly, Ali, 222
 Saint-Just-Péquart, 118, 178
 Saint-Mathurin, Suzanne de, 105, 207
 Saint-Périer, R. de, Conde de, 138, 341
 Salmon, Ph., 151
 Sandars, Horace, 188, 266
 Santa, De (Señora), 93
 Saporta, de, 125
 Sarradet, M., 201
 Sarria Boskovitch, E., 374
 Sautuola, Marcelino Sanz de, 118, 184

 Sautuola, María de, 50, 55
 Sauvage, 125
 Sawicki, Ludwick, 109
 Schaaffhausen, 310
 Schéliniski, V. E., 339
 Scherz, A., 277, 279, 283
 Scherz, E. R., 97, 98, 108, 182, 280-282,
 285
 Schmid, R. R., 165
 Schmidt, W., 315
 Schobinger, Juan, 339
 Schofield, J. F., 280
 Schreider, Eugène, 178
 Schulz, H., 371
 Scoble, K., 171
 Servelle, C., 150
 Serrano Gómez, Pascual, 67, 187, 260
 Serrano, Marino, 67
 Sevillano S. José, M. C., 249
 Sher, Yakov, 339
 Sierra, Lorenzo, 130, 153, 154, 185, 226,
 229, 235, 240
 Simonnet, R., 219
 Siret, Louis, 164, 187
 Smith, Ph. E. L., 384
 Smuts, J. C. (Mariscal), 93, 94, 108, 176,
 180, 183
 Soler y Santaló, Juli, 254
 Sonnevile-Bordes, D. de, 66
 Strey, M., 98, 108, 281
 Svoboda, J., 76

 Taracena Aguirre, Blas, 190
 Tarradell Mateu, Miquel, 35
 Tassin de Saint-Pereuse, Marie, 58, 77, 100,
 110, 351
 Thaon, Maurice y Robert, 90
 Teilhard de Chardin, Pierre, 20, 78, 79,
 82, 84, 86, 107, 115, 138, 139, 149,
 165, 167, 292, 301-309, 312, 317, 318
 Tisserant, E. (Cardenal), 86
 Topinard, P., 27, 128
 Trückenmuller, P., 108

 Ullastre, J., 374

Vallespí, E. J., 252
 Vallois, Henri V., 28, 82, 105, 109, 115,
 132, 139, 175-178, 233, 309, 314
 Van der Klerk, I. M., 89
 Varagnac, André, 123
 Vaufrey, Raymond, 28, 80, 138, 171, 280,
 338
 Vaultier, M., 93, 108
 Vega, Lope de, 186, 246, 370
 Verneau, René, 128, 175
 Verner, William Willoughby C., 72, 73, 107,
 136-137, 164, 170, 189, 263, 266, 269
 Vialou, Denis, 174, 218
 Vidal, P., 201
 Vidiella, Santiago, 186, 249-251
 Vilanova y Piera, Juan, 69, 118, 184
 Villalba, Pere, 81
 Villaverde Bonilla, V., 70, 373
 Viñas Vallverdú, R., 374
 Viré, Armand, 208

 Walker, Ph., 222
 Washburn, S., 293
 Weidenreich, F., 292
 Wernert, Paul, 72, 82, 108, 130, 164, 165,
 167, 168, 185, 189, 233, 266, 344, 381,
 384
 Windels, Fernand, 90, 92, 103, 104, 147,
 172-174
 Wong, W.-H., 79
 Young, C.-C., 288

 Zbyszewski, G., 93, 108, 180
 Zervos, Christian, 350, 351
 Zhao Fu, Chen, 339
 Zotz, Lothar, 381-383
 Zuazo y Palacios, 74
 Züchner, Ch., 172

ÍNDICE GEOGRÁFICO

- Abbeville (Somme), 106, 116, 125, 126
 Abisinia-Etiopía, 108
 Abri Audi (Lcs Eyzies, Dordoña), 198
 Abri Murat (Lot), 208
 Abri Pataud (Les Eyzies, Dordoña), 30, 177, 197
 Addaura (Sicilia), 328
 Afalu-bu-Rhumml (Argelia), 178
 Agua, Cueva del (Denia, Valencia), 69
 Aguas de Novales (Cantabria), 154
 Ahrensburg (Hamburgo), 168
 Ain-Meterchem (Túnez), 178
 Aitz-Bitarte (Landarbaso, Guipúzcoa), 134
 Albarracín (Teruel), 166, 186, 187, 190, 245, 248, 256-258, 260
 Albuquerque (Badajoz), 188
 Aldeaquemada (Sierra Morena, Jaén), 354
 Algeciras (Cádiz), 136
 Alliat (Ariège), 214
 Almanzora, río (Almería), 164
 Alpera (Albacete), 67, 68, 164, 175, 187, 188, 354-357, 361, 369
 Altamira (Santillana de Mar, Cantabria), 20, 26, 35, 50, 53, 56, 90, 107, 118, 120, 122, 127, 129, 130, 134, 152, 159, 164, 166, 167, 169, 184, 201, 209, 216, 221, 226, 229, 314, 321, 351, 353, 380
 Ambrona (Soria), 245
 Ambrosio, Cueva de (Vélez-Blanco, Almería), 264, 384
 Angles-sur-l'Anglin (Vienne); 30
 Angola, 173, 183, 332
 Antelias (Líbano), 178
 Arabí, El, *vid.* Monte Arabí
 Araña, Cueva de la (Bicorp, Valencia), 354, 356, 359, 366
 Ardales (Málaga), 110, 269-272
 Argenton (Indre), 211
 Arize (Ariège), 145
 Arquero, Abrigo del (Albarracín, Teruel), 260
 Arrife (Algarve, Portugal), 274
 Arudy (Basses-Pyrénées), 117, 120, 341
 Asón, río (Cantabria), 229
 Atapuerca (Ibeas, Burgos), 154, 164
 Aurignac (Haute Garonne), 60, 65, 213
 Bacho Kiro (Bulgaria), 382
 Badegoule (Dordoña), 376, 378
 Bambate (Matopo Hills, Bulawayo), 76
 Banyoles (Gerona), 312
 Barranc Fondo (Bajo Aragón, Teruel), 250
 Basutolandia (o Lesotho), 108, 179, 182
 Batuecas, Las (La Alberca, Salamanca), 72, 186, 187, 190, 245-248, 369, 370
 Baume-Bonne (Var), 381
 Baume Latrone, La (Gard), 147
 Beatrix Road (Salisbury, Rhodesia), 76
 Beauvais (Oise), 20
 Bédeilhac (Ariège), 147, 162, 214, 341
 Bezas (Teruel), 102
 Bernifal (Dordoña), 156, 196
 Beune (Meyrals, Dordoña), 195, 196, 198
 Bocairente (Valencia), 68
 Bonarmini, Cueva de (Denia, Valencia), 69
 Bouicheta, 162, 214
 Bouillancourt (Somme), 126
 Bouscat, Le (Gironde), 164
 Brandberg, macizo del (África del Sudoeste), 96, 97, 98, 108, 276-281, 332, 333
 Brassempouy (Dax, Landes), 62, 116-120, 209, 341, 378
 Brive (Corrèze), 89, 90, 162
 Brno (Chequia), 76, 109
 Broken Hill, 316
 Bruniquel (Tarn-et-Garonne), 340
 Bulawayo (Rhodesia), 97, 108
 Bugue (Les Eyzies, Dordoña), 195

- Bunyol (Valencia), 67
 Burdeos, 89, 93, 133
 Cabo, El (África del Sur), 78, 108, 179
 Cabrerizo (Albarracín, Teruel), 260
 Cala, La (Málaga), 269-272
 Calaceite (Bajo Aragón, Teruel), 186, 249
 Calapatá (Cretas, Teruel), 154, 186, 249, 251, 252, 354, 369
 Calaveras (Benidoleig, Valencia), 69
 Cantal (Lot), 210
 Cantos de la Visera (Yecla, Murcia), 74, 354, 366, 369
 Cañadón de las Manos Pintadas (Chubut, Argentina)
 Cap-Blanc (Marquay, Dordoña), 66, 67, 202, 204, 325
 Capilla de Santa Cruz, dolmen de (Cangas de Onís, Asturias), 241-243
 Carnac (Morbihan), 151, 152
 Carolinas, Las (Madrid), 381
 Casablanca (Marruecos), 95
 Casares, Los (Riba de Saclices, Guadalajara), 251, 353
 Castellanas (Bajo Aragón, Teruel), 250
 Casullo, El (Puente Viesgo, Cantabria), 26, 30, 85, 110, 130, 153, 154, 164, 165, 167, 168, 184, 227, 232-234, 298, 312, 351, 380
 Cau de les Goges (Sant Julià de Ramis, Gerona), 380
 Causses del Lot (Lot), 208
 Ceja de Piezarrodilla (Albarracín, Teruel), 260
 Cerrada del Tío José (Albarracín), 260
 Cessac (Dordoña), 155
 Cingle de La Gasulla (Ares del Maestre, Castellón), 335, 357
 Circeo, monte (Terracina), 315
 Clotilde de Santa Isabel (Reocín, Cantabria), 154, 227, 229
 Cocina, La (Valencia), 368, 369
 Cocinilla del Obispo (Albarracín, Teruel), 259, 260
 Coevres (Aisne), 42
 Cogul (Les Garrigues, Lérida), 30, 101, 102, 150, 186, 248, 249, 252-256, 354, 355, 361, 369
 Combarelles, Les (Les Eyzies, Dordoña), 20, 21, 26, 51, 52, 53, 107, 118, 120, 129, 156, 159, 162, 196, 198, 200, 311
 Combe-Capelle (Dordoña), 157, 340, 350
 Combelle de Pech Merle (Cabrerets, Lot), 210
 Comarque, Grotte de (Sireuil, Dordoña), 202
 Cortijos de Leiría (Vélez-Blanco, Almería), 264
 Cosquer (Marsella), 36, 85
 Costales, Cueva de (Ramales, Cantabria), 230
 Covalanas (Ramales, Cantabria), 130, 153, 154, 184, 227-229, 231
 Cro-Magnon (Les Eyzies, Dordoña), 62, 196, 350
 Croze à Gontran, La (Tayac, Dordoña), 198
 Creusse, río (Indre), 211
 Cuevas de Vera (Almería), 164
 Cueva Negra (Gandía, Valencia), 68
 Cueva Remigia (La Gasulla, Ares del Maestre, Castellón), 168, 171, 365
 Cullalvera, La (Ramales, Cantabria), 230, 232
 Cussac (Dordoña), 36
 Chabot (Aiguèze, Gard), 50
 Chaffaud (Savigné, Vienne), 342
 Chancelade (Périgueux), 177
 Chapelle-aux-Saints, La (Beaulieu-sur-Dordogne, Corrèze), 107, 310, 311, 319
 Châteauroux (Indre), 211
 Châtelperron (Allier), 64, 158
 Chauvet (Ardèche), 36, 85
 Chimeneas, Las (Puente Viesgo, Cantabria), 30, 102, 234
 Chinchilla (Albacete), 188
 Chiquita de los Treinta (Vélez-Blanco, Almería), 264

- Chukutien (o Zhukudian) (Pekín), 78, 79, 80, 107, 288-293, 312, 317
- Damaraland (África del Sur), 332
- Dandabari (o Impey's Cave) (Rhodesia), 77, 97, 275-276
- Dar-es-Soltan (Rabat, Marruecos), 178
- Devil's Tower (Forbe's Quarry, Gibraltar), 189, 313
- Diré-Daoua (Etiopía), 177, 313
- Djebel Ouenat (Argelia), 337
- Domboshava (Salisbury, Rhodesia), 76, 77
- Domingo García (Segovia), 111
- Doña Clotilde (Albarracín, Teruel), 260
- Drakensberg (Natal), 108, 181, 182
- Drenthe (Holanda), 89
- Dufaure, Abri (Sordes, Basses-Pyrénées), 118
- Dundo (Angola), 174
- Ehringsdorf (Thüringen), 315
- Ennedi (Tchad), 330
- Erongo (África del Sudoeste), 332, 333
- Escoural (Alentejo, Portugal), 111
- Espélugues, Les (Lourdes, Hautes-Pyrénées), 120, 341
- Estrecho de Santonje (Vélez-Blanco, Almería), 264
- Enlène (Montesquieu-Avantés, Ariège), 144, 146
- Erg-el-Ahmar (Palestina), 178
- Eyzies de Tayac, Les (Dordoña), 42, 89, 135, 155-157, 159, 160, 162, 180, 195, 198
- Ferrassie, La (Savignac-du-Bugue, Dordoña), 64, 150, 157, 158, 160, 311, 349
- Ferrerres (Bajo Aragón, Teruel), 250
- Fitz-James (Clermont, Oise), 161
- Flecha, La (Puente Viego, Cantabria), 234
- Fontanet de Company (Gandía), 68
- Font de Gaume (Les Eyzies, Dordoña), 20, 52, 53, 107, 118, 120, 129, 156, 159, 162, 196, 201, 218, 298, 311
- Font-Robert, La (Corrèze), 64, 158, 348
- Fort Victoria (Rhodesia), 77, 97, 109, 275, 276, 332
- Fontéchevade (Charente), 177, 316
- Fourneau du Diable (Bourdeilles, Dordoña), 158
- Foz-Coa (Portugal), 36
- Friburgo (Suiza), 59, 60, 106, 139, 161, 162, 169
- Fuencaliente (Almadén, Ciudad Real), 164, 186, 188
- Furninha (Portugal), 134
- Gabillou (Mussidan, Dordoña), 30, 197
- Ganda-Biftu (Surre, Abisinia), 82
- Gargas (Aventignan, Hautes-Pyrénées), 62, 110, 143, 144, 162, 164, 220, 222, 298, 342-349
- Garma, La (Cantabria), 36, 85
- Garona, 134, 148, 162, 176
- Gasulla, La (Ares del Macstre, Castellón), 26, 168, 171, 190, 354-356
- Girouteaux (Les Eyzies, Dordoña), 198
- Glozel (Ferrières-sur-Sichon, Allier), 141, 142
- Gourdan (Haute-Garonne), 42, 122, 341
- Gorge d'Enfer (Les Eyzies, Dordoña), 62, 64, 158, 195, 196, 342, 349, 376
- Graja, cueva de La (Miranda del Rey, Jaén), 188
- Gravette, La (Bayac, Dordoña), 64, 158, 350
- Grèze, La, (Marquay, Dordoña), 202
- Griega, La (Pedraza, Segovia), 111
- Grimaldi (Menton, Alpes Maritimes), 341
- Grotte du Pape (Brassempouy, Landes), 116, 117
- Gudón (Cantabria), 167
- Hal-Tarien (Malta), 274
- Harrar (Etiopía), 82
- Haza, La (Ramales, Cantabria), 154, 227-230
- Herrerías (Cuevas de Almanzora, Almería), 187
- Hoëdic (Morbihan), 177

- Horadada, Cueva (Yecla, Murcia), 74
Hornos de la Peña (San Felices de Buena, Cantabria), 130, 153, 163, 167, 227, 235-237
In-Ezzan (Sáhara Central), 337
Issy-les-Molineaux (Ile-de-France), 42
Isturitz (Basses-Pyrénées), 342, 378
Java (Indonesia), 79, 177
Jean-Blancs (Dordoña), 158
Jimena de Jaén (Jaén), 188
Johannesburgo, 94, 97, 98, 108, 177, 179, 180
Kalahari, 334
Kansenia (Congo), 287
Kapovaia (Bashkiria), 339
Katanga (Congo), 286
Kef-el-Agat (Túncz), 178
Kesslerloch (Thayngen, Suiza), 344
Khartum (Sudán), 136
Kick-Koban (Crimca), 381
Kimberley (África del Sur), 180
Klausse (Neue Essing, Baviera), 165, 344, 381
Kostelik (Moravia), 344
Kösten (Lichtenfels am Main), 381
Kôzetang (Chukotien, China), 289, 290
Krapina (Croacia), 312
Kromdrai (Krugersdops, Transvaal), 98, 100, 315
Külna, Cueva de (Moravia), 76, 344
Labattut, Abri (Sergeac, Dordoña), 341
Labastide (Hautes-Pyrénées), 147
Lacave (Lot), 208
Laguna de la Janda (Benalup-Casas Viejas, Cádiz), 73, 189
Lascaux (Montignac, Dordoña), 20, 89, 90, 91, 92, 150, 172, 174, 190, 298, 356, 358, 361
Laugerie Basse (Les Eyzies, Dordoña), 143, 158, 340, 342, 351, 358
Laugerie Haute (Les Eyzies, Dordoña), 61, 64, 89, 156, 158, 195, 196, 342, 376
Laussel (Marquay, Dordoña), 63, 66, 157, 202, 209, 340
Lavaderos de Tello (Vélez-Blanco, Almería), 264, 361
Lespugue (Haute-Garonne), 209, 341, 380
Levanzo (Palermo, Egades, Sicilia), 327, 355
Limeuil (Dordoña), 342
Lisboa, 89, 93, 100
L'Isle-Adam (Seine-et-Oise), 30, 105, 109
Loja, La (El Mazo, Pance, Asturias), 154, 163, 240, 241
Lortet (Hautes-Pyrénées), 117, 120, 341
Lourenço Marques (Mozambique), 94
Lubrín (Cuevas de Vera, Almería), 164
Lubudi, río (Congo), 286
Lulua, cataratas del (Congo), 286
Lledías (Asturias), 101, 102
Madeleine, La (Tursac, Dordoña), 61, 158, 159, 342
Makapansgat (África del Sur), 98, 100
Makumse (Salisbury, Rhodesia), 76, 77
Malinas (Bélgica), 86, 301, 314
Maltravieso (Cáceres), 110, 111, 122
Manauric, valle de (Les Eyzies, Dordoña), 157, 195, 196
Manzanares (Madrid), 170, 190, 375, 382, 384
Marcnac (Lot), 209, 210
Marchais (Laon), 130
Marche, La (Lussac-les-Châteaux, Vienne), 29, 58, 342, 351, 368
Marsoulas (Salies-du-Salat, Haute Garonne), 50, 53, 120, 144, 162, 164, 216, 221, 298
Mas d'Azil (Ariège), 42, 117, 118, 120, 122, 145, 162, 164, 177, 247, 341-356
Mas de Jasanada (Bajo Aragón, Teruel), 250
Mas de les Madelenes (Bajo Aragón, Teruel), 250
Mas de les Perchades (Bajo Aragón, Teruel), 250

- Massat (Ariège), 60
 Matarrubilla, dolmen de (Valentina del Alcor, Sevilla), 272-274
 Mauer (Württemberg), 177, 291, 311, 319
 Mazaculos (Vidiago, Asturias), 154
 Mazouco (Portugal), 111
 Meaza, La (Ruiseñada-Comillas, Cantabria), 154
 Mediodía, Cueva del (Yecla, Murcia), 74
 Melon (Orense), 243
 Meravelles, Cueva de les (Gandía, Valencia), 68
 Micoque, La (Les Eyzies, Dordoña), 157
 Minateda (Agramón, Albacete), 174, 188, 354, 355, 357, 361, 363, 365, 366, 368, 369, 373
 Mirón, Cueva (o del Francés) (Ramales, Cantabria), 230
 Moçamedes (Angola), 288
 Mónaco, 62, 64, 102, 129
 Monedas, Las (Puente Viesgo, Cantabria), 30, 102, 234
 Montaut (Landes), 378
 Monte Arabí (Yecla, Murcia), 67, 68, 73, 260-263
 Montealegre (Murcia), 74
 Montesquieu-Avantés (Ariège), 144, 147, 148
 Montespan (Haute Garonne), 147
 Montgaudier (Charente), 341
 Montières (Amiens, Somme), 162
 Montignac (Dordoña), 172, 173, 195
 Montmaurin (Haute Garonne), 177
 Morbihan, 152
 Morella la Vella (Castellón), 354, 357
 Mortain (Manche), 41
 Motillas, Las (Gaucín, Málaga), 269
 Moustier, Le (Sarlat, Dordoña), 340
 Mouthé, La (Les Eyzies, Dordoña), 49, 50, 120, 196, 298, 342
 Mugaret el-Wadi (Monte Carmelo, Palestina), 313
 Muge (Portugal), 177
 Namibia, 333
 Neanderthal (Düsseldorf), 310, 319
 New Grange (Irlanda), 242, 274
 Niaux (Foix, Ariège), 144, 162-164, 209, 212, 219, 248, 298
 Noailles (Corrèze), 158, 348
 Nswatugi (Matopo Hills, Bulawayo), 76, 77
 Oldenbrock (Holanda), 89
 Olivanas, Las (Albarracín, Teruel), 259, 260
 Ofnet (Baviera), 147
 Ombrive, L' (Ariège), 214, 218
 Ondratice (Moravia), 381
 Orange Free-State, 108, 179
 Ouan Bender (Tassili-n-Ajjer, Argelia), 331
 Ouan Derbaouen (Tassili-n-Ajjer, Argelia), 329
 Pair-non-Pair (Marcamps, Gironde), 50
 Palomas, Las (Alcalá de los Gazules, Málaga), 269
 Parpalló (Gandía, Valencia), 69, 328, 359, 360, 368, 369, 373, 378, 380, 383
 Pasiéga, La (Puente Viesgo, Cantabria), 30, 129, 130, 164, 234, 354
 Pastora, La, dolmen (Sevilla), 273
 Pech-Merle (Cabrerets, Lot), 208-211, 297-301
 Pechialet (Dordoña), 358
 Pekarna (o Kustelik), Cueva de (Moravia), 76
 Pekín, 20, 79, 108, 109, 290, 309
 Pendo, El (Escobedo, Cantabria), 154
 Perigord, 109, 195, 200
 Périgueux, 62, 195
 Petit-Mont (Bretaña), 243
 Petit Puymoren, 311
 Philipp Cave (Ameib, Erongo, África del Sudoeste), 183, 281-285
 Pileta, La (Benaolan, Málaga), 110, 129, 136, 164, 189, 266-269, 272
 Piltown (Sussex), 312
 Pindal, El (Pimiango, Asturias), 154, 163, 164, 167, 237, 239
 Placard, Le (Villhonneur, Charente), 63,

- 341, 376, 378
 Plasencia (Cáceres), 186-187
 Pont du Gard, 378
 Porc-Épic (Diré-Daoua, Harrar), 83
 Porte-du-Bois (Abbeville), 169
 Portel, Le (Loubens, Ariège), 21, 163-164, 298, 356
 Pradières (Ariège), 162
 Prado del Navazo (Albarracín, Teruel), 257, 260
 Predmostí (Moravia), 76, 344
 Pretoria, 177
 Puente de San Miguel (Santander, Cantabria), 53, 55
 Puy Robert (Montignac), 90
 Quina, La (Gardes-le-Pontaroux, Charente), 311
 Quintanal, El, 154
 Rabat, 177
 Ramales (Cantabria), 228, 230, 231
 Raymondén, 358
 Réseau René Clastres (Niaux, Ariège), 219
 Rhodesia (hoy Zimbabwe), 108, 332
 Río Pinuras (Santa Cruz, Argentina), 339
 Rocamadour (Lot), 208
 Roc-aux-Sorciers (Angles-sur-l'Anglin, Vienne), 197
 Rocky Park (Bulawayo), 76
 Rois, Les (Charente), 177
 Rose Cottage (Ladybrand, E. L. de Orange), 182
 Rouffignac (Dordoña), 196-197, 205-208
 Ruán (Normandía), 41
 Rumigny (Ardennes), 118, 120, 341
 Runange (Salisbury, Rhodesia), 76
 Ruth, Le (Tursac, Dordoña), 63, 157
 Saccopastore (Ponte Nomentano, Roma), 86, 314
 Salitre (Ajanedo-Miera, Cantabria), 154, 234, 235
 Salles (Portugal), 243
 Saint Acheul (Amiens, Somme), 162
 Saint-Cyprien (Dordoña), 195
 Sainte-Eulalie (Lot), 209-210
 Saint Marcel (Blanchard, Indre), 211-212
 San Antonio de Calaceite (Bajo Aragón, Teruel), 250
 San Blas (Teruel), 167
 San Román de Candamo (Asturias), 101
 Sandhurst (Gran Bretaña), 136
 Santián (Puente Arce, Cantabria), 154 164
 Sarlat (Perigord), 154, 172, 195, 198
 Senlis (Ile-de-France), 41
 Sergeac (Dordoña), 354
 Serinyà (Gerona), 134, 136
 Siega Verde (Salamanca), 111
 Sierra Morena, 71-73, 85, 164, 186, 190
 Sireuil (Dordoña), 158
 Sloup, Cueva de (Moravia), 76
 Soissons (Ile-de-France), 20
 Solutré (Pouilly, Saône-et-Loire), 61-63, 342, 376, 378
 Somme, 48, 84, 125, 168, 311
 Spy (Namur), 312
 Steinheim (Baden-Württemberg), 315
 Sterkfontein Krugersdop (Transvaal), 98, 100, 315
 Swanscombe (Londres), 316
 Swartkrang (Transvaal), 98, 100, 315
 Tajadas de Bezas (Albarracín, Teruel), 260
 Tajo de las Figuras (Benalup-Casas Viejas, Cádiz), 70, 189
 Tanganika, 331, 332
 Tarascon-sur-Ariège (Ariège), 212, 214
 Tarté, Le (Salies-du-Salat, Haute-Garonne), 62, 349
 Tassili-n-Ajjer (Argelia), 329, 330, 336, 337
 Taung (Transvaal), 98, 315
 Tchad, 330
 Témara (Marruecos), 177
 Tévéc (Morbihan), 177, 315
 Ternifine (Palikao, Argelia), 177
 Teshik-Tash (Uzbekistán), 317
 Teyjat (Dordoña), 156, 342
 Tibesti (Sahara Central), 330
 Tibiran (Hautes-Pyrénées), 222
 Tolmo, El (Agramón, Albacete), 49

- Toricos (Albarracín, Teruel), 354
 Tormón (Albarracín, Teruel), 167, 170, 190, 354, 356
 Tortosilla, Abrigo de (Ayora, Valencia), 67, 164, 356
 Torralba del Moral (Soria), 134, 166, 187, 243-245
 Torrelavega (Cantabria), 153, 185, 235
 Toulouse, 89, 93, 133, 144, 172, 175, 176
 Transilvania, 76
 Trilobite (Yonne), 377
 Trois-Frères (Montesquieu-Avantés, Ariège), 25, 26, 90, 102, 104, 146, 147, 223, 226, 298, 323, 327, 341
 Tuc-d'Audoubert (Montesquieu-Avantés, Ariège), 145, 223, 226
 Tursac (Dordoña), 196
 Ussat (Ariège), 215, 218
 Vaal River, 180
 Vache, La (Alliat, Ariège), 214, 219
 Val del Charco del Agua Amarga (Alcañiz, Teruel), 354, 356, 369
 Valle, El (Gibaja, Cantabria), 130, 230
 Valle, Cueva del (Rasines, Cantabria), 163
 Valltorta, La (Castellón), 354, 356, 366, 367
 Vélez-Blanco (Almería), 72, 164, 186, 188, 263-266
 Venta de la Perra (Molinar de Carranza, Vizcaya), 227-229
 Vereeniging (Transvaal), 180
 Vestonice (Moravia), 76, 147
 Vézère (Dordoña), 156, 159, 162, 195, 197, 208
 Vic-de-Sos, río (Ariège), 214, 216, 219
 Villar del Humo (Cuenca), 369
 Volgu (Saône-et-Loire), 378
 Volp, río (Ariège), 103, 104, 223, 224, 225
 Wartenstein (Austria), 30, 55, 338, 355, 371
 Wezep (Holanda), 89
 Willendorf (Spitz, Austria), 63, 344
 Windhoek (África del Sudoeste), 182
 Witwatersrand (Johannesburgo, África del Sur), 96
 Zarza, La (Alange, Badajoz), 68
 Zimbabwe (antigua Rhodesia), 77
 Zuiderzee (Holanda), 88

Por encargo de la Universidad
Nacional de Educación a Distancia y la
Reial Acadèmia de Bones Lletres de
Barcelona, este libro se ha acabado de
imprimir por Arts Gràfiques Bobalà,
de Lérida, el día 21 de junio del año
2002, festividad de San Luis.

Series Maior

BASTARDAS I RUFAT, Maria Reina, *La formació dels col·lectius botànics en la toponímia catalana*, 1994, 337 pàgs.

RIQUER, Alexandra de, *Teodulfo de Orleans y la epístola poética en la literatura carolingia*, 1994, 285 pàgs.

DARDER LISSÓN, Marta, *De nominibus equorum circensium. Pars occidentis*, 1996, 402 pàgs., XVI láms.

RIPOLL LÓPEZ, Gisela, *Toréutica de la Bética (siglos VI y VII D.C.)*, 1998, 397 pàgs., 51 figs., XLIII láms.

RIPOLL, G., y GURT, J. M. (eds.), *Sedes regiae (ann. 400-800)*, 2000, 620 pàgs., 119 figs.

DURAN, Martí, y DURAN, Eulàlia (eds.), *Joan Baptista Anyés, Obra profana. Apologies, València 1545*, 2001, 448 pàgs., 3 figs.

VERNET, Joan, i ROQUÉ, Lluís (eds.), *Alcorán: Traducción castellana de un morisco anónimo en el año 1606*, coedición con la UNED, 2001, 413 pàgs.

Series Minor

MARAGALL NOBLE, Jordi, *Record de Josep Pijoan*, 1997, 40 pàgs.

RUIZ DOMÈNEC, José Enrique, *Cruzando los Pirineos en la Edad Media*, 1999, 62 pàgs.

FERNÁNDEZ DÍAZ, Jorge, *La Universitat, un repte de futur*, 2000, 45 pàgs.

OLIVAR, Alexandre, *Homilies de les misses d'inauguració dels cursos acadèmics*, 2001, 97 pàgs.

RIU, Manuel, *Mosén Joan Melet i Serra (1879-1958), un misionero catalán en Chile*. En curso de edición.



Boletín, Memorias, Discursos y otras publicaciones disponibles en catálogo.

